

LOS TRES IMPOSTORES

ARTHUR MACHEN

Prólogo

A principios de lo que un historiador holandés llamó, indefinidamente, la Edad Moderna, cundió por toda Europa el nombre de un libro, De tribus Impostoribus, cuyos protagonistas eran Moisés, Jesucristo y Mahoma, y que las alarmadas autoridades querían descubrir y destruir. Nunca dieron con él, por la suficiente razón de que no existía. Ese libro quimérico ejerció un influjo considerable, ya que su virtud residía en el nombre y en lo que involucraba ee: nombre, no en las ausentes páginas.

Como aquel otro escándalo, este libro se llama Los tres impostores. Arthur Machen lo escribió a la sombra de Stevenson, en un estilo que parece fluir, digno de su declarado maestro. La acción transcurre en aquel Londres de posibilidades mágicas y terribles que por primera vez nos fue revelado en las New Arabian Nights y que Chesterton exploraría mucho después en las crónicas del Padre Brown. El hecho de saber que los relatos de los tres personajes son imposturas no disminuye el buen horror que sus fábulas comunican. Por lo demás toda ficción es una impostura: lo que importa es sentir que ha sido soñada sinceramente. En otros libros —The House of Souls, The Shinning Pyramid, Things Near and Far— sospechamos que Machen no cree del todo en lo que nos cuenta; no así en las páginas que siguen en el melancólico Hill of Dreams. En casi todas ellas, como en ciertos textos y en el Quijote, hay sueños adentro de sueños, que forman un juego de espejos. A veces condesciende al aquelarre; la corrupción del espíritu se manifiesta por la corrupción de la carne. Machen inventó la leyenda de los Angeles de Mons, que en cierto duro trance de la primera guerra mundial salvaron a las fuerzas británicas. Esa leyenda es ahora parte de la mitología popular y anda en boca de gente humilde que nada sabe de él. Perdurar más allá de su mero nombre le hubiera complacido.

Tradujo del francés los doce tomos de las no siempre verídicas y no siempre licenciosas Memorias del veneciano Casanova.

Arthur Machen (1863-1947) nació en las serranías de Gales, fuente de la matiére de Bretagne, que pobló de sueños la tierra.

Las literaturas encierran breves y casi secretas obras maestras; Los tres impostores es una de ellas.

Prólogo

—¿Y Mr. Joseph Walters se quedará toda la noche?— preguntó el hombre pulcro y bien afeitado a su acompañante, un individuo de aspecto no muy cuidado, cuyos bigotes color jengibre iba a confundirse con un par de patillas que le llegaban al mentón.

Esperaban ante la puerta de la casa, sonriéndose el uno al otro con aire maligno. Un momento después una muchacha bajó corriendo las escaleras y se unió a ellos. Era muy joven, de cara graciosa e interesante, ya que no hermosa, y de ojos pardos y brillantes. Llevaba en la mano algo envuelto en un papel y se rió con sus amigos.

—Deje usted la puerta abierta —dijo el hombre pulcro al otro cuando salían—. Sí, por... —prosiguió, con un atroz juramento—, dejaremos entreabierta la puerta. Tal vez quiera tener compañía.

El otro miró en torno, titubeando.

—¿De veras le parece prudente, Davies? —preguntó, con la mano puesta en la aldaba vieja y gastada—. Creo que a Lipsius no le gustaría. ¿Qué dice usted, Helen?

—Estoy de acuerdo con Davies. Davies es un artista y usted, Richmond, un hombre vulgar y un poco cobarde. Dejemos la puerta abierta, por supuesto. ¡Qué lástima que Lipsius haya tenido que irse! Se hubiera divertido mucho.

—Sí —respondió el elegante Mr. Davies—. Para el doctor fue una pena que lo mandasen llamar del Oeste.

Salieron juntos, dejando entreabierta la puerta del salón, que estaba rajada, consumida por el hielo y la humedad. Se detuvieron un instante bajo el ruinoso soportal de la entrada.

—Bueno —dijo la muchacha—. Por fin hemos acabado. Ya no tendremos que correr tras las huellas del joven de anteojos.

—Estamos en deuda con usted —le respondió amablemente Mr. Davies—. Lo dijo el propio doctor antes de irse. Pero ¿acaso no nos quedan por hacer a los tres unas cuantas despedidas? Por mi parte, delante de esta mansión pintoresca y deshecha, me propongo decirle adiós a mi amigo Mr. Burton, comerciante de antigüedades y objetos curiosos —y quitándose el sombrero, se inclinó con un gesto exagerado.

—Y yo —dijo Richmond— me despido de Mr. Wilkins, secretario privado, cuya compañía, debo confesarlo, empezaba a ser algo aburrida.

—Adiós a Miss Lally y también a Miss Leicester —dijo la muchacha, haciendo una deliciosa reverencia—. Adiós a toda la extraña aventura. Ha terminado la farsa.

Mr. Davies y la joven parecían llenos de una torva alegría. Richmond, en cambio, se atusaba nerviosamente el bigote.

—Me siento un poco trastornado —dijo—. Peores cosas he visto en los

Estados Unidos, pero ese ruido que hizo, como si gritara, me dio una especie de náuseas. Y el olor... Pero siempre he sido de estómago delicado.

Alejándose de la puerta, los tres amigos se pusieron a ir y venir despacio por lo que había sido un camino enarenado, ahora lodoso y cubierto de musgos. Era un espléndido atardecer de otoño y el sol hacía brillar tenuamente los muros amarillos de la vieja casa abandonada, iluminando trozos de gangrenoso deterioro, así como todas las manchas, las señales negras de la lluvia y las cañerías rotas, los desgarrones en que asomaban ladrillos desnudos, el llanto verde de un pobre laburno al lado del porche y, cerca del suelo, los corrimientos de la arcilla sobre los ruinosos cimientos. Era una construcción curiosa y destartada; la parte central, con un tejado en el que sobresalían varias buhardillas, tendría unos doscientos años y se prolongaba en dos alas de estilo georgiano; en ambas, dos grandes ventanales arqueados llegaban a la planta alta y remataban en cúpulas de vidrio, que una vez estuvieron pintadas de un verde reluciente y ahora eran grises y opacas. Sobre el camino, entre la espesa bruma que se levantaba del suelo arcilloso, se veían pedazos de urnas destrozadas; los arbustos intrincados y deformes, que habían crecido sin cuidado alguno, despedían olores profundos y perversos, y en toda la casa abandonada la atmósfera evocaba la idea de una tumba abierta. Los tres amigos miraron con desánimo las ortigas y las malas hierbas que se apretaban donde antes crecieran el césped y los macizos de flores y, en medio de ellas, un tristísimo estanque, ya no cubierto de nenúfares, sino de una hez verde y aceitosa. En el centro del estanque, sobre las rocas, un tritón enmohecido soplabá en su caracola rota y más allá, pasando la verja hundida y los prados lejanos, se hundía el sol, rojo y resplandeciente, entre los bosques de olmos.

Richmond se estremeció y dio una patada en el suelo.

—Más vale que nos vayamos —dijo—. Ya nada tenemos que hacer aquí.

—No —respondió Davies—. Hemos terminado, por fin. Durante un tiempo creí que nunca lograríamos apoderarnos del caballero de los anteojos. Era muy astuto, pero al final, ¡Señor!, se vino abajo de mala manera. Les aseguro que lo vi palidecer cuando le toqué el brazo, en la taberna. Pero, ¿dónde lo habrá escondido? Los tres podemos jurar que no lo llevaba encima.

La muchacha se echó a reír y ya se alejaban cuando Richmond se detuvo, sobresaltado.

—¡Ah! ¿Qué lleva usted ahí? —gritó, volviéndose a la joven—. Mire, Davies, mire usted: está chorreando y goteando.

La muchacha puso los ojos en el paquete que llevaba en la mano y apartó un poco el papel.

—Sí, miren los dos —dijo—, es mi propia idea. ¿No les parece que irá muy bien en el museo del doctor? Viene de la mano derecha, la mano que se apoderó del Tiberio de oro.

Mr. Davies asintió, con un gesto de decidida aprobación, y Richmond, levantando el feo sombrero hongo de copa alta con que se cubría, se pasó un pañuelo sucio por la frente.

—Me voy —anunció—. Quédense ustedes dos, si quieren.

Los tres dieron un rodeo por el sendero que iba a la caballeriza, pasaron ante los restos agostados del antiguo huerto y salieron a la calzada, tras atravesar el seto que había detrás de la casa. Unos cinco minutos más tarde, dos caballeros, a quienes el ocio traía a explorar estos alrededores olvidados de Londres, entraron paseando por el camino sombreado que llegaba hasta la entrada. Había divisado la casa abandonada desde la carretera y, al observar la grave desolación del lugar, se pusieron a moralizar en un estilo noble en que se advertía la clara influencia de Jeremy Taylor.

—Mire usted, Dyson —decía uno de ellos mientras se acercaban—, mire usted esas ventanas de la planta alta; se está poniendo el sol y aunque los vidrios están llenos de polvo...

El viejo marco incendia el mirador.

—Phillips —respondió el mayor y (no hay más remedio que decirlo) el más solemne de los dos amigos—, me dejo ganar por la imaginación; imposible resistir a la influencia de lo fantástico. Aquí, donde todo se hunde en la oscuridad y el decaimiento, mientras caminamos a la sombra de los cedros y hasta el aire que nos entra en los pulmones parece gastado, no puedo mantenerme ecuánime. Veo ese resplandor profundo en las ventanas y la casa entera queda encantada; esa habitación, se lo digo yo, está llena por dentro de sangre y de fuego.

Capítulo Primero

La aventura del Tiberio de oro

La relación entre Mr. Dyson y Mr. Charles Phillips surgió de uno de los infinitos azares que se presentan cada día en las calles de Londres. Mr. Dyson era un hombre de letras y un ejemplo lamentable de talento mal empleado. En efecto, aunque sus dones hubieran hecho de él, en la flor de la juventud, uno de los novelistas más solicitados de Bentlev había preferido mostrarse intratable; poseía, sin duda, buenos conocimientos de lógica escolástica, pero todo lo ignoraba de la lógica de la vida y, si bien se otorgaba a sí mismo el título de artista no pasaba de ser un observador vago y curioso de las actividades ajenas. Entre sus muchas ilusiones abrigaba con mayor exaltación la de ser un trabajador infatigable; solía entrar con gesto de cansancio supremo en su lugar mas frecuentado, una tabaquería de Great Queen Street, y proclamar ante quien quisiera escucharlo que había visto levantarse y ponerse el sol de dos días consecutivos. El dueño de la tienda, hombre de edad madura y singular cortesía, toleraba a Dyson, en parte llevado por su buen carácter y en parte porque era de sus clientes habituales. Le permitía sentarse en un barril vacío y exponer sus opiniones sobre cuestiones literarias y artísticas hasta cansarse o hasta que llegase la hora de cerrar; tal vez no atrajera nuevos clientes pero cabía suponer que su elocuencia no ahuyentaba a nadie. Dyson era muy dado a practicar experimentos impetuosos con el tabaco y no se cansaba de ensayar nuevas combinaciones; una tarde acababa de entrar a la tienda anunciando la última de sus fórmulas descabelladas cuando un joven, más o menos de su edad, que se hallaba presente, pidió al dueño que le preparase a él la misma receta, al tiempo que dirigía a Mr. Dyson una sonrisa de buena educación. Dyson se sintió profundamente halagado y, tras cambiar unas cuantas frases, los dos se pusieron a charlar; una hora más tarde el tabaquero vio a los nuevos amigos, sentados lado a lado en sendos barriles, completamente enfrascados en la conversación.

—Mi querido señor —decía Dyson—: diré a usted en dos palabras, cuál es la función del hombre de letras. Lo que debe hacer es esto y nada más: inventar una historia maravillosa y contarla de una manera maravillosa.

—Se lo concedo —respondió Mr. Phillips—, pero permítame usted señalar que, en manos de un verdadero artista de la palabra, todas las historias son maravillosas y cada incidente tiene su propio encantado. El fondo es de poca importancia, todo está en la manera. Más aún, la mayor habilidad consiste en elegir un asunto aparentemente vulgar y, gracias a la alta alquimia del estilo transmutarlo en el oro puro del arte.

—Eso demuestra gran habilidad, por supuesto, pero aplicada tontamente o al menos con poco criterio. Es como si un gran violinista quisiera demostrarnos las armonías extraordinarias que puede arrancar del banjo que toca un chico.

—No, no, se equivoca usted de medio a medio. Veo que se hace usted una idea falsa de la vida. Pero esto tenemos que discutirlo. Venga usted a mi casa, vivo cerca de aquí.

Así fue como Mr. Dyson trabó relación con Mr. Charles Phillips, quien vivía en una plaza silenciosa no lejos de Holborn. A partir de ese día se visitaron mutuamente en sus apartamentos, a intervalos que podían o no ser regulares, y concertaron citas para reunirse en la tienda de Queen Street, donde su charla robó al tabaquero la mitad del placer que le dejaban sus ganancias. Libraban entre ellos un interminable combate de fórmulas literarias: Dyson exaltaba los derechos de la imaginación pura, mientras que Phillips, estudioso de las ciencias físicas y también un poco etnólogo, insistía en que toda literatura debe asentarse sobre una base científica. Gracias a la extraviada benevolencia de parientes fallecidos, ambos jóvenes se hallaban fuera del alcance del hambre y, meditando altas empresas, pasaban la vida en un ocio agradable, saboreando las despreocupadas alegrías de una bohemia a la que faltaba la sal de la adversidad.

Una noche de junio, Mr. Phillips estaba sentado ante la ventana abierta en su tranquilo retiro de Red Lion Square, fumando plácidamente y mirando el movimiento de la calle. El resplandor de la puesta de sol se había demorado largo rato en el cielo claro. La luz rojiza del atardecer de verano, en lucha con los faroles de la plaza, formaba un claroscuro con algo de sobrenatural; los chicos que corrían de un lado a otro, los ociosos que tomaban el fresco, los transeúntes que pasaban apretando el paso, parecían figuras que revoloteasen suspendidas en un juego de luces más que seres de carne y hueso. En las casas del otro lado de la plaza fueron encendiéndose uno a uno varios rectángulos de luz; una silueta se perfilaba un momento contra las persianas y desaparecía, y esta magia casi teatral tenía por adecuado acompañamiento las fugas y adornos de una ópera italiana que unos pocos pasos más allá tocaba un organillo, sobre el profundo bajo continuo del tráfico de Holborn. Phillips disfrutaba de la escena y de sus efectos; la luz se desvaneció, la oscuridad ganó el cielo, la plaza quedó gradualmente en silencio, pero él siguió soñando frente a la ventana, hasta que lo hizo volver en sí el tintineo agudo de la campanilla y, al sacar el reloj, comprobó que eran pasadas las diez de la noche. Llamaban a la puerta y un instante después entró al salón el amigo Dyson quien, como era su costumbre, se arrellanó en una butaca y se puso a fumar en silencio.

—Usted sabe, Phillips —dijo por fin—, que siempre he defendido lo maravilloso. Recuerdo haberle oído decir, sentado en esa misma silla, que en literatura nadie debe utilizar lo increíble, lo improbable, la coincidencia extraordinaria, puesto que lo increíble y lo improbable no suceden en la realidad y las vidas de los hombres no están, en la práctica, conformadas por extrañas coincidencias. Observe usted que, aunque así fuera, no aceptaría yo su conclusión, puesto que para mí toda la teoría de la literatura como «crítica de la vida» no pasa de ser una sandez. Pero niego su premisa. Esta noche me ha ocurrido algo curiosísimo.

—Créame usted, Dyson, que me alegro de oírsele decir. No estaré,

naturalmente, de acuerdo con sus razones, sean las que fueren, pero si tiene usted la bondad de contarme su aventura, lo escucharé con mucho gusto.

—Bueno, pues esto fue lo que pasó. He tenido un día de trabajo agotador. A decir verdad, apenas si me he movido de mi viejo escritorio desde anoche a las siete. Quería desarrollar esa idea que discutimos el martes pasado, sabe usted, la del adorador de fetiches.

—Claro que me acuerdo. ¿Y ha conseguido usted algo con ella?

—Sí. La cosa salió mejor de lo que esperaba. Con grandes dificultades, por supuesto, las angustias de siempre entre la concepción y la ejecución. En todo caso, terminé a eso de las siete de la tarde y tuve ganas de respirar un poco de aire fresco. Salí y me eché a vagar sin dirección alguna; tenía la cabeza llena de mi historia y apenas si me daba cuenta de por dónde caminaba. Me metí por esas calles tranquilas al norte de la calle de Oxford, yendo hacia el oeste, un barrio residencial de gentes de buen pasar, hecho de estuco y prosperidad. Di otra vez vuelta hacia el este, sin reparar en ello, y ya había anochecido cuando pasé por una callejuela apartada, mal alumbrada y desierta. No tenía en ese momento la menor idea de dónde me encontraba, aunque comprendí después que no debía ser lejos de Tottenham Court Road. Me paseaba distraído, disfrutando de la calma; caminaba junto a lo que debía ser la parte de atrás de uno de esos grandes almacenes, piso tras piso de ventanas polvorientas que se levantaban en la noche, arriba aquellos aparatos en forma de horca que sirven para izar mercancías pesadas y abajo las grandes puertas bien cerradas y trancadas, todo ello oscuro y con aire de desolación. Luego siguió un enorme depósito, una larga pared desnuda como el muro de una cárcel, el cuartel de un regimiento de voluntarios y, al final, un pasaje que iba a dar a un patio donde guardaban varios coches de alquiler. Casi podía decirse que era una calle deshabitada y apenas se veía una que otra ventana con luz. Justamente me sorprendía haber dado con una paz y oscuridad tan extrañas, y tan cerca de una de las avenidas más grandes y ruidosas de Londres, cuando oí los pasos de alguien que se acercaba a todo correr, y de un estrecho pasaje, un callejón o algo así, como lanzado por una catapulta, surgió ante mis narices un hombre, que, al pasar corriendo a mi lado, arrojó algo al suelo. Un instante después había desaparecido por otra calle, casi sin que yo me diera cuenta de lo ocurrido, aunque a decir verdad no me ocupaba de él pues mi atención estaba puesta en otra cosa. Le he dicho que arrojó algo; al menos vi algo que volaba por el aire, en una línea de fuego, y rebotaba sobre el pavimento. Me incliné instintivamente y me pareció ver una moneda brillante, como de medio penique, que rodaba cada vez más despacio hasta una boca de alcantarilla y bailaba un instante en el borde antes de desaparecer. Creo que grité con verdadera desesperación, aunque no tuviese la más mínima idea de lo que era; luego comprobé con alegría que, en vez de caer al fondo, la moneda había quedado entre dos barras de la rejilla. Me incliné a recogerla, me la eché al bolsillo y me hallaba a punto de seguir mi camino cuando volví a escuchar el ruido de una persona que venía a la carrera. No sabría decirle por qué lo hice, pero lo

cierto es que entré de un salto en el callejón, o lo que fuese, y me oculté como mejor pude en la oscuridad. A unos pasos de donde me encontraba pasó el hombre que corría y me felicité de haberme escondido. No logré ver muy bien sus facciones, pero iba mostrando los dientes, le ardían los ojos y llevaba en la mano un cuchillo de muy mal aspecto. Pensé que el primer caballero pasaría un rato muy desagradable si el segundo ladrón, o la víctima del robo, o lo que usted quiera, conseguía darle alcance. Le aseguro a usted, Phillips, que la caza del zorro puede ser emocionante, cuando suena el cuerno una mañana de invierno, se echan a correr los perros y los cazadores sueltan las riendas de sus cabalgaduras, pero nada se compara a la caza del hombre y eso es lo que, durante un momento, he entrevisto esta noche. Lo que brillaba en los ojos del perseguidor era el crimen y no creo que hubiese mucho más de cincuenta segundos entre ambos. Espero tan sólo que haya sido suficiente.

Dyson se echó atrás en el sillón, volvió a encender la pipa y dio unas cuantas pitadas con aire meditativo. Phillips se puso a caminar de arriba abajo por el salón, pensando en la historia que había oído: la muerte violenta que va de caza y a la carrera en medio de la calle, el puñal que brilla a la luz de los faroles, la furia del perseguidor y el terror del perseguido.

—Bueno —dijo por fin—, ¿y qué era, a todo esto, lo que recogió usted del suelo?

Dyson tuvo un gesto de sobresalto, claramente sorprendido.

—No tengo idea. No se me ocurrió mirar. Pero ahora lo veremos.

Buscó en el bolsillo del chaleco, sacó un objeto pequeño y reluciente y lo puso sobre la mesa. Era una moneda, que brillaba bajo *la lámpara* con la gloria radiante del mejor oro viejo; la figura y la leyenda se destacaban en relieves tan puros y nítidos como si hubiese salido del troquel tan sólo un mes antes. Los dos amigos se inclinaron sobre ella y Phillips la levantó para mirarla de cerca.

—*Imp. Tiberius Caesar Augustus* —dijo, leyendo la inscripción. Dio vuelta a la moneda para ver el reverso, lo contempló con asombro y por último se volvió a Dyson con una mirada de júbilo.

—¿Sabe usted lo que ha encontrado —le preguntó.

—Al parecer una moneda de oro de cierta antigüedad —respondió Dyson sin inmutarse.

—Pues sí, un Tiberio de oro. No, me equivoco: ha encontrado usted *e/* Tiberio de oro. Mire el reverso.

Estampada en la moneda, Dyson vio la figura de un fauno, erguido en medio de juncos y agua que corría. Las facciones, aunque diminutas, resaltaban con delicada precisión; era un rostro gracioso y, sin embargo, terrible, que hizo pensar a Dyson en la historia del compañero de juegos del niño que creció con él y fue ganando estatura y corpulencia, hasta que el aire se llenó del fétido hedor del macho cabrío.

—Sí —dijo—, es una moneda curiosa. ¿La conoce usted?

—Algo sé de ella. Es uno de los objetos históricos, muy contados, que han llegado hasta nosotros desde la Antigüedad con su propia historia, como esas joyas sobre las que todos hemos leído algo. Hay un verdadero ciclo de leyendas en torno a esta moneda. Se dice que Tiberio la mandó acuñar para conmemorar algún exceso infame. Mire usted la inscripción del reverso: «Victoria». Se dice también que, por un extraordinario accidente, toda la emisión fue a parar al crisol y sólo se salvó este ejemplar. Desde entonces reluce en la historia y la leyenda, aparece y desaparece con intervalos de cien años en el tiempo y continentes enteros en el espacio. Fue «descubierta» por un humanista italiano, perdida y hallada otra vez. Nada se sabía de ella desde 1727, en que Sir Joshua Byrde, que comerciaba en Turquía, la trajo de Aleppo, la mostró a los conocedores y se desvaneció con ella un mes más tarde, como si se lo hubiera tragado la tierra. Y ahora, aquí la tiene usted.

—Guárdesela en el bolsillo, Dyson —añadió, tras una pausa—. Si estuviera en su lugar no se la mostraría a nadie. Ni siquiera hablaría de ella. ¿Está usted seguro de que ninguno de los dos hombres alcanzó a verla?

—Creo que no. Me parece que el primero, el que salió como alma que lleva el diablo del pasaje oscuro, no veía absolutamente nada, y estoy seguro de que el segundo no puede haberme visto.

—Y en realidad usted tampoco les vio. ¿Podría usted reconocer a cualquiera de ellos si mañana se tropezara con él en la calle?

—No, no lo creo. Ya le digo que la calle estaba muy mal alumbrada y los dos corrían como locos.

Los dos amigos quedaron un buen rato sin decir palabra, tejiendo sus propias fantasías con la historia, pero el apetito de lo maravilloso iba ganando lentamente las ideas más serenas de Dyson.

—Todo esto es más extraño de lo que imaginaba —dijo, rompiendo el silencio—. Lo que vi era ya bastante raro. Un hombre va de paseo por una calle tranquila y ordinaria en el Londres de todos los días, una calle de casas grises y paredes desnudas, cuando, de pronto, durante un instante, se descorre un velo, los adoquines de la calzada dejan escapar exhalaciones del abismo, el suelo le hierve al rojo vivo bajo los pies y le parece que oye crepitar las calderas del infierno. Pasa, enloquecido de terror, un hombre que huye para salvar la vida y detrás pisándole los talones, viene el odio rabioso, cuchillo en mano. Esto es horrible, qué duda cabe, pero todo ello poca cosa al lado de lo que usted acaba de contarme. Phillips, se lo aseguro a usted: todo empieza a cobrar sentido, a partir de ahora nuestros pasos estarán rodeados de misterio, los hechos más comunes han de encerrar una significación oculta. Oponga usted la resistencia que quiera y cierre los ojos: se los abrirán por la fuerza. Recuerde lo que le estoy diciendo, tendrá usted que rendirse ante lo inevitable. Hemos llegado, por azar, ante una pista y no tenemos más remedio que seguirla. El culpable o los culpables de este extraño caso no pueden escapársenos, nuestras redes están tendidas a lo largo y lo ancho de la gran ciudad y en cualquier momento, en medio de calles y plazas

llenas de gente, sabremos de alguna manera que estamos en contacto con el criminal desconocido. Más aún, me imagino que lo veo venir paso a paso a esta plaza tan callada donde usted vive; se demora en las esquinas, vaga sin dirección aparente por las profundas avenidas, pero a cada instante está más y más cerca, atraído por un magnetismo irresistible, como los barcos atraídos por la Piedra Imán de las *Mil y una noches*.

—Lo que sí creo —respondió Phillips— es que si sigue usted sacando la moneda y metiéndosela a todo el mundo por las narices, como en este preciso momento, es muy probable que acabe por encontrarse con el criminal o, en todo caso, con un criminal cualquiera. No hay duda de que acabarán por robársela, y de manera violenta. Aparte de esto, no advierto ninguna razón de que lo ocurrido sea una molestia para usted o para mí. Nadie lo vio recoger la moneda, nadie sabe que se encuentra en su poder. Por mi parte, me echaré a dormir en paz y seguiré ocupándome de mis asuntos, con una sensación de seguridad y una confianza inquebrantable en el orden natural de las cosas. Lo que sucedió esta tarde, la aventura en la calle, fue algo sorprendente, no seré yo quien lo niegue, pero estoy enteramente decidido a no ocuparme más del caso y, de ser necesario, recurriré a la Policía. No me convertiré en el esclavo del Tiberio de oro, por más que haya trabado conocimiento con él de modo algo melodramático.

—Y yo, por mi parte —dijo Dyson—, salgo, como el caballero andante, en busca de aventura. Aunque no tendré necesidad de buscar; más bien, la aventura me buscará a mí. Seré como la araña en el centro de su tela, sensible al menor movimiento, siempre alerta.

Poco después Dyson se despidió y Mr. Phillips pasó el resto de la noche examinando unas puntas de flecha hechas de pedernal que había comprado. Tenía buenas razones para suponerlas obra de un contemporáneo y no de un hombre paleolítico, pero se llevó un disgusto cuando un estudio más detenido le permitió comprobar que sus sospechas eran fundadas. Que haya infames capaces de engañar a un etnólogo provocó en él tal cólera que no pensó más en Dyson ni en el Tiberio de oro y al llegar la hora de acostarse, con las primeras luces del alba, toda la historia se le había ido de la memoria.

Capítulo II

El encuentro en la calle

Mr. Dyson, paseando despacio por la calle de Oxford y parándose a contemplar con apacible curiosidad cualquier cosa que le llamase la atención, paladeaba en sus más raros sabores la sensación de estar trabajando muy duramente. La observación de la humanidad, el tráfico y los escaparates de las tiendas halagaba sus facultades con un aroma exquisito. Iba muy serio, como quien está encargado de graves e importantes problemas; miraba con atención a la derecha y a la izquierda, por temor de que se le escapase algún hecho de la más vasta trascendencia. Había estado a punto de ser atropellado por un coche de mudanzas, pues detestaba apurar el paso, sobre todo en una tarde calurosa como ésta; se acababa de detener ante un puesto de bebidas cuando, de pronto, quedó clavado en el sitio, la boca abierta como un pescado, al reparar en un hombre bien trajeado que hacía gestos asombrosos al otro lado de la calle. Una triple fila de coches, carros, simones y omnibuses se precipitaba al este y al oeste, y ni el más audaz aventurero de las calzadas se hubiese atrevido a probar suerte cruzando la calle; a pesar de ello, la persona que había llamado la atención de Dyson parecía enloquecer de impaciencia al borde mismo de la acera, se lanzaba una y otra vez en medio del tráfico, con peligro de muerte inminente, y al ser rechazada volvía a su puesto bailando de excitación, entre las risas de los transeúntes. Por fin, al presentarse en la apretada fila de vehículos un resquicio que hubiera puesto a prueba el valor de un muchacho, el hombre echó a correr como un poseído, casi muere aplastado, y se abalanzó sobre Dyson como un tigre que salta sobre su presa.

—Lo he visto mirando en torno suyo —balbuceó atropelladamente—. Dígame, el hombre que salió de esa panadería y subió a un cabriolé hace tres minutos: ¿era un joven de bigotes oscuros y anteojos? ¿No sabe usted hablar, hombre de Dios? Por amor del cielo, ¿no sabe usted hablar? Contésteme, que es cosa de vida o muerte.

En la furia de la emoción las palabras le bullían en la boca y se le escapaban a borbotones, la cara pasaba de la congestión a la palidez y gruesas gotas de sudor le brillaban en la frente; golpeaba el pie contra el suelo mientras hablaba y se tiraba de la chaqueta, como si algo se fuese hinchando en él y le impidiese respirar hasta ahogarlo.

—Mi querido señor —respondió Dyson—, me gusta ser preciso siempre. Su observación es perfectamente exacta. Como usted dice, un joven, un hombre de aspecto más bien tímido diría yo, salió corriendo de esa tienda, subió de un salto a un cabriolé, que debía estarlo esperando, y partió de inmediato hacia el este. Su amigo, como usted señala, llevaba anteojos. ¿Quiere que le llame un simón para que vaya usted tras él?

—No, gracias, sería perder el tiempo —el hombre pareció tragar algo

que le subía en la garganta. Dyson, no sin cierta alarma, lo vio agitarse con una risa histérica: vacilaba, aferrado a un farol, bamboleándose como un barco agitado por el temporal.

—¿Y con qué cara me presento ahora ante el doctor? —murmuraba, hablando consigo mismo—. Es demasiado, fracasar en el último momento —luego pareció volver a sus cabales e, irguiéndose, miró con más calma a Dyson—. Tengo que pedirle disculpas por mi violencia —dijo—. Muchos no hubieran sido tan pacientes conmigo. ¿Sería usted todavía tan amable como para acompañarme un poco? No me siento muy bien; debe ser el sol.

Dyson asintió y, mientras avanzaban juntos, examinó de reojo al extraño personaje. Era un hombre vestido con gusto discreto y el más escrupuloso de los críticos nada hubiese encontrado que objetar al corte o la factura de sus ropas y, sin embargo, del sombrero a los botines, todo parecía fuera de lugar. Ese sombrero de copa, pensó Dyson, debería ser más bien un sombrero hongo de forma detestable, usado con una chaqueta llena de bolsas; por lo demás, se lo advertía el instinto, este hombre no estaba acostumbrado a llevar un pañuelo limpio en el bolsillo. La cara no era de las más agradables, y en nada la mejoraban un par de bulbosas patillas de color jengibre, que se unían imperceptiblemente a unos bigotes del mismo color. No obstante, a pesar de estos avisos de la naturaleza, Dyson sentía que el individuo que caminaba a su lado era algo más que un epítome de vulgaridad. Lo veía luchar consigo mismo, haciendo lo posible por dominar sus sentimientos, aunque una y otra vez la pasión le oscurecía las facciones y era evidente que sólo a costa de un supremo esfuerzo lograba contenerse para no desvariar como un loco. Para Dyson resultaba curioso, y también un poco terrible, el espectáculo de una emoción oculta que pugnaba por manifestarse y a cada instante amenazaba con irrumpir violentamente. Recorrieron juntos cierta distancia antes de que el desconocido que había encontrado por un azar tan singular fuese capaz de hablar con sosiego.

—Es usted verdaderamente muy amable —dijo—. Vuelvo a presentarle mis excusas: mi descortesía fue del todo injustificable. Comprendo que mi conducta exige una explicación y tendré mucho gusto en dársela. ¿Conoce usted por aquí cerca un lugar donde podamos sentarnos? Realmente tendría mucho gusto.

—Mi querido señor —respondió Dyson solemnemente—, el único café de Londres está a un paso. Le ruego que no se considere obligado a darme una explicación, aunque yo escucharé de buena gana lo que usted quiera decirme. Vamos por aquí.

Doblaron la esquina de una calle cualquiera y a mitad de ella, tras abrir una reja de hierro, pasaron por un estrecho pasaje de baldosas, con macetas de arbustos a ambos lados. La sombra de los muros creaba un fresco muy agradable después del cálido aliento de la calle soleada y poco más allá del pasaje se ensanchaba en una diminuta plazuela, un sitio encantador, un pedazo de Francia transportado al corazón de Londres. La plaza estaba rodeada de muros muy altos cubiertos de enredaderas, a

cuyos pies crecían varios macizos de capuchinas, geranios y maravillas en torno a una fuente, escondida en medio de la verdura, que lanzaba su chorro frío en el aire perfumado de teseda. Al caer en el agua de la taza, el chorro sonaba gratamente al oído. A un lado había sillas y mesas dispuestas ante una sala larga y oscura, ocupada por dos únicos clientes que escribían y bebían acodados a sus mesas. A este lugar retirado el tráfico llegaba sólo como un rumor lejano.

—Ya lo ve usted, aquí estaremos tranquilos —dijo Dyson—. Siéntese usted, por favor, Mr. ...

—Wilkins. Henry Wilkins, para servirlo.

—Siéntese aquí, Mr. Wilkins. Creo que el asiento es cómodo. ¿Supongo que no conocía usted el sitio? Esta es la hora de calma. A las seis de la tarde, en cambio, será una verdadera colmena y las mesas llegarán hasta ese callejón que ve usted allá.

Dyson llamó al camarero agitando una campanilla y, tras interesarse cortésmente por la salud del dueño, M. Annibault, pidió una botella de vino de Champigny.

—El Champigny es un vino de Turena, de mucho mérito —le explicó a Mr. Wilkins, quien parecía serenado por la quietud del lugar—. Aquí está: permítame llenarle el vaso y dígame qué le parece.

—Muy bueno, en efecto —respondió Mr. Wilkins, después de probarlo—. Lo hubiera creído un borgoña, y de los mejores. El aroma es exquisito. Tengo la suerte de haber tropezado con un buen samaritano como usted. Me extraña que no me tomara por loco. Estoy seguro, sin embargo, que si supiera usted los terrores que me rodean, ya no lo sorprendería mi conducta que, esto no se discute, no tiene justificación alguna.

Bebió un trago y se echó atrás en el asiento, disfrutando del murmullo de la fuente y de la fresca vegetación que rodeaba el pequeño puerto en que se habían refugiado.

—Sí —dijo por fin—, no hay lugar a dudas, es un vino admirable. Muchas gracias. ¿Me permite usted que lo invite a otra botella?

Llamaron nuevamente al camarero quien, tras desaparecer por una trampa abierta en el suelo de la sala oscura, volvió con más vino. Mr. Wilkins encendió un cigarrillo y Dyson sacó la pipa.

—Le prometí una explicación de mi extraño comportamiento —dijo Mr. Wilkins—. Es una historia más bien larga, pero ya he comprendido, señor, que no es usted un frío observador de la vida, sino que se preocupa, de manera cordial e inteligente, por lo que le sucede al prójimo. Lo que voy a contarle, estoy convencido, no le parecerá a usted sin interés.

Mr. Dyson asintió a todas estas afirmaciones y, aunque el modo de hablar de Mr. Wilkins le parecía algo pomposo, se dispuso a escuchar la historia. El otro, que enloqueciera de pasión media hora antes, se hallaba ahora perfectamente tranquilo y, acabado de fumar su cigarrillo, se puso a contar, con voz pausada, la

Novela del valle oscuro

Soy hijo de un clérigo pobre pero estudioso del Oeste de Inglaterra... aunque olvido que estos detalles no tienen especial interés. Baste decir que mi padre, hombre de estudio como he dicho, ignoró siempre las turbias artes de adular a los poderosos y no se rebajó nunca a la despreciable actividad de cultivar el propio renombre. Si bien su afición por las ceremonias antiguas y las costumbres pintorescas, junto con una bondad sin igual y una piedad primitiva y ferviente, le habían ganado el cariño de sus feligreses de los páramos, éstas no son las vías por las que se hace carrera en la Iglesia y, a los sesenta años, mi padre seguía dependiendo del humilde beneficio que aceptara al cumplir los treinta. Las rentas alcanzaban apenas para vivir con la decencia que se espera de un pastor anglicano y a la muerte de mi padre, hace unos cuantos años, yo, su único hijo, fui arrojado al mundo con un magro capital que no llegaba a cien libras y con todo el problema de la existencia ante mí. Pensé que nada podía hacer en la provincia y, como suele ocurrir en estos casos, Londres me atrajo con la fuerza de un imán. Una mañana de agosto a primera hora, mientras el rocío brillaba aún en la hierba y en los setos del camino, un vecino me condujo a la estación y me despedí de la tierra de anchos páramos y rudos peñascos. A las seis de la tarde mi tren se acercaba a Londres; el humo gris y malsano de las ladrilleras de Acton entraba a bocanadas por la ventanilla y la bruma cubría el suelo. Las calles desabridas y uniformes que divisé desde mi asiento me infundieron una sensación de monotonía; el aire se volvía cada vez más caliente y, cuando pasamos cerca de Paddington, frente a las casas tristes y miserables que muestran al tren sus patios sucios y descuidados, me pareció que el ambiente enfermizo de Londres acabaría por ahogarme. En la estación tomé un coche de punto y las calles del centro no hicieron sino aumentar mi desánimo. Todo lo que veía me estrujaba el corazón: casas grises con las persianas corridas, avenidas casi enteramente desiertas, unos cuantos transeúntes que más que caminar parecían temblar de cansancio. Esa noche me alojé en un hotelito cerca del Strand donde paraba mi padre en sus raras y breves visitas a Londres. Después de cenar salí a dar una vuelta, pero el bullicio y la animación del Strand y Fleet Street no me valieron, porque no había en la gran ciudad un solo ser humano que tuviese la menor relación conmigo. No abusaré de su paciencia contándole la historia del año que siguió a esa noche, pues las aventuras de un hombre que se va hundiendo son demasiado vulgares para que valga la pena recordarlas. El dinero no me duró mucho tiempo. Comprobé que debía vestirme correctamente, o las personas a quienes me dirigía no me harían caso, y residir en una calle decente si quería ser tratado con buena educación. Solicité varios puestos para los cuales, ahora me doy cuenta, carecía de las calificaciones necesarias; traté, sin ninguna experiencia, de entrar a una casa de comercio; descubrí, a mi costa, que un conocimiento general de la literatura y una caligrafía abominable no son dotes que se miren a favor en los medios mercantiles. Había leído uno de los mejores libros de un famoso novelista

contemporáneo y empecé a frecuentar las tabernas de Fleet Street, con la esperanza de ganar amigos en el ambiente literario y conseguir así las presentaciones que, a mi juicio, eran indispensables para una carrera en las letras. Fue una decepción; en una o dos ocasiones me atreví a presentarme a los señores sentados en las mesas vecinas y me respondieron cortésmente, pero dándome a entender que mis gestiones resultaban insólitas. Mis escasos recursos fueron menguando libra a libra; ya no podía pensar en las apariencias; emigré a un barrio más modesto y mis comidas se convirtieron en simples ceremonias: dejaba mi cuarto a la una de la tarde para volver a las dos y, entretanto, sólo había probado un pastelito de leche. En suma, conocí el infortunio, y sentado en un banco de Hyde Park, con los pies en el lodo y el hielo, mientras roía un pedazo de pan, comprendí lo amarga que es la pobreza y lo que siente un caballero reducido a una condición peor a la de un vagabundo. Sin embargo, a pesar del desaliento, no cejé en mis esfuerzos por ganarme la vida. Consultaba las ofertas de empleo, leía los anuncios pegados en los escaparates y mantenía los ojos abiertos al acecho de una oportunidad, pero todo en vano. Una tarde, sentado en la biblioteca, leí un anuncio en el periódico. Decía, más o menos: «Caballero busca persona de gusto y capacidad literaria como secretario y amanuense. Debe estar dispuesto a viajar». Naturalmente, sabía que un anuncio de esta clase recibe centenares de respuestas y abrigaba pocas esperanzas de conseguir el puesto, pero acudí a la dirección indicada y escribí a Mr. Smith, quien residía en un gran hotel del West End. Debo confesar que el corazón me dio un vuelco cuando, un par de días más tarde, recibí una nota pidiéndome que me presentara lo antes posible en el Cosmopole. No sé, señor, qué experiencias ha tenido usted en la vida y no sabría decir si ha conocido tales momentos. Mientras caminaba hacia el Cosmopole sentía un ligero mareo, el corazón que me latía más rápido que de costumbre y, una vez allá, un bulto en la garganta casi no me dejaba hablar: tuve que repetir mi nombre para que el portero me entendiese y al subir tenía las manos húmedas. El aspecto de Mr. Smith me sorprendió mucho: parecía menor que yo y había en su expresión algo de manso y titubeante. Cuando entré estaba leyendo y levantó la vista al oír mi nombre.

—Mi querido señor —dijo—, estoy verdaderamente encantado de verlo. He leído con toda atención la carta que tuvo usted la bondad de enviarme. ¿Debo entender que este documento es de su puño y letra? — Me mostró la carta que le había escrito y le respondí que mis medios no me permitían contar con un secretario—. Entonces, señor —siguió diciendo—, el puesto del anuncio está a su disposición. ¿Supongo que no tiene inconveniente en viajar?

Como puede usted imaginarse, cerré de inmediato el trato que me ofrecía y entré al servicio de Mr. Smith. Durante las primeras semanas muy poco tuve que hacer; recibí un trimestre de sueldo adelantado y una buena cantidad para mis gastos personales. Por fin, al presentarme una mañana al hotel, conforme a mis instrucciones, mi empleador me informó que debía prepararme para un viaje por mar y, por no entrar en detalles, diré tan sólo que quince días más tarde desembarcamos en Nueva York. Mr. Smith me anunció que se hallaba dedicado a unos trabajos de carácter

especial, una compilación que exigía determinadas investigaciones; en suma, me dio a entender que debíamos seguir viaje al Oeste.

Después de pasar una semana en Nueva York nos instalamos en nuestros vagones y dimos comienzo al viaje más aburrido que se pueda imaginar. Día tras día y noche tras noche el gran tren seguía su marcha a través de ciudades de nombres desconocidos para mí, reduciendo la velocidad al pasar por peligrosos viaductos, orillando sierras y pinares, internándose en bosques profundos en los cuales, milla tras milla y hora tras hora, lo único que podía verse era la misma vegetación monótona, mientras que el estruendo incesante de las ruedas en las vías mal construidas casi no nos dejaba oír a nuestros compañeros de viaje. Formábamos un grupo heterogéneo que iba modificándose todo el tiempo. Muchas veces me despertó a mitad de la noche el brusco estrépito de los frenos y, al mirar afuera, comprobé que nos habíamos detenido en las calles miserables de alguna población improvisada, que iluminaban con luz chillona las ventanas de la taberna. Unos cuantos individuos de mala catadura venían a mirar de cerca los coches, quizá unos pasajeros bajaban del tren, dos o tres personas los aguardaban en los andenes de madera. Muchos de los viajeros eran ingleses, familias humildes arrancadas a sus hogares de mil años y con destino a un problemático paraíso en el desierto alcalino de las Montañas Rocosas. Escuchaba a los hombres charlando sobre lo mucho que se puede ganar en las tierras americanas mientras que dos o tres de ellos, que eran obreros, se hacían lenguas de los magníficos salarios que pagan a la mano de obra capacitada los ferrocarriles y fábrica de los Estados Unidos. Por lo general, la conversación se apagaba pasados unos minutos, y entonces veía la tristeza y el desaliento reflejarse en sus caras, mientras pasaba ante ellos la siniestra vegetación o el espacio desolado de la pradera, que interrumpen aquí y allá casas sin jardines, ni flores, ni árboles, completamente aisladas en la vasta extensión, que es como un mar oscuro y congelado. Día tras día el horizonte ondulado y la aridez de la tierra sin forma, ni color, ni variedad nos estrujaba el corazón, por lo menos a los ingleses, y una noche que no lograba dormir escuché a una mujer sollozar y quejarse, preguntándose para qué había venido a ese lugar. El marido trataba de consolarla diciéndole, con el espeso acento de Gloucestershire, que la tierra era tan rica que bastaba ararla y los girasoles crecían solos, pero ella seguía llorando como una criatura por su madre, su casita y sus colmenas. Tanta congoja me abrumaba y no me quedaban ánimos para pensar en otra cosa; no se me ocurrió enterarme de lo que tenía que hacer Mr. Smith en este país, y qué investigaciones literarias eran las suyas que podían llevarse a cabo en estos desiertos. En varias ocasiones, sin embargo, me dije que mi situación era curiosa; había sido contratado como asistente literario, con un sueldo excelente, pero mi empleador seguía siendo para mí casi un desconocido; a veces venía a mi lado en el coche y hacía una cuantas observaciones intrascendentes sobre la región que atravesábamos, aunque por lo general se mantenía apartado y sin cambiar palabra con nadie, abstraído al parecer en sus pensamientos. Por fin —creo que fue al quinto día de haber salido de Nueva York— vino a avisarme que pronto dejaríamos el tren; yo había

estado mirando unas montañas agrias y escarpadas que se levantaban a lo lejos, y hubiera querido saber si existían seres humanos tan desgraciados como para dar el nombre de patria a esos peñascos, cuando Mr. Smith me tocó ligeramente el hombro.

—Estoy seguro de que no le pesará dejar estos coches, Mr. Wilkins — me dijo—. Miraba usted las montañas, me parece. Espero que llegaremos a ellas esta noche. El tren para en Reading y me atrevo a decir que sabremos dar con el camino.

Unas horas más tarde bajamos del tren en la estación de Reading. La ciudad, aunque casi enteramente construida en casas de madera, era mayor y más activa que las que habíamos atravesado los dos últimos días. La estación estaba llena de gente y, cuando sonaron la campana y los silbatos, vi que muchas personas se disponían a dejar los coches y todavía más esperaban el momento de subir. Además de los pasajeros había una apretada multitud, gentes venidas a recibir o despedir amigos, cuando no simples haraganes. Varios de los ingleses que fueran nuestros compañeros de viaje bajaron en Reading, aunque la confusión era tal que los perdí de vista en el acto. Mr. Smith me indicó con un gesto que fuese tras él y se metió por en medio de la muchedumbre; sonaban las campanas, pitaban los silbatos, el vapor se escapaba de la locomotora con un ruido ensordecedor y todo el mundo hablaba al mismo tiempo; aturdido, luchaba por seguir a mi empleador, atinando apenas a preguntarme adonde nos dirigíamos y cómo podríamos hallar el camino en un país desconocido. Mr. Smith se había calado un sombrero de ala ancha que le caía sobre los ojos y, como casi todos los hombres llevaban sombreros semejantes, me era difícil distinguirlo entre la multitud. Salimos por fin de la estación, Smith tomó por una calle lateral y dobló un par de veces, a la derecha y a la izquierda. Caía la tarde; atravesábamos seguramente un barrio pobre de la ciudad; había muy poca gente por las calles mal iluminadas, apenas unas cuantas personas de aspecto miserable. De pronto nos detuvimos en una esquina, ante una casa. En la puerta, un hombre parecía esperar a alguien y me di cuenta de que cambiaba con Smith miradas de inteligencia.

—¿Viene de Nueva York, señor?

—Sí, de Nueva York.

—De acuerdo. Están listos, los tendrá usted cuando quiera. Ya ve que conozco mis órdenes y pienso cumplirlas al pie de la letra.

—Muy bien, Mr. Evans, eso es lo que queremos. Ya sabe usted que tenemos dinero. Tráigalos ahora mismo.

Escuché el diálogo en silencio, sin saber de qué hablaban. Smith se puso a caminar con impaciencia de un lado a otro mientras que Evans, tras lanzar un agudo silbido, se quedó como estaba, sin moverse de la puerta. No me quitaba los ojos de encima, como para asegurarse de que se acordaría de mi cara en otra oportunidad. Estaba pensando en lo que significaba todo esto, cuando por un pasaje apareció un chico feo y encorvado que traía de la brida un par de caballos escuálidos.

—A caballo, Mr. Wilkins, y lo antes posible —dijo Smith—. Ya deberíamos estar en camino.

Empezaba a hacerse de noche cuando salimos y un rato más tarde, al mirar atrás, divisé a nuestras espaldas la ancha llanura y las luces de la ciudad que brillaban débilmente; ante nosotros se alzaban las montañas. Smith conducía su cabalgadura por los caminos frágiles con la misma facilidad que si estuviera paseando por Piccadilly y yo iba tras él como mejor podía. Me sentía dolorido y exhausto, incapaz de fijar la atención en lo que me rodeaba, aunque me daba cuenta de que subíamos gradualmente y de cuando en cuando distinguía unas rocas enormes al borde del camino. La jornada me ha dejado una impresión confusa. Tengo idea de que atravesamos un bosque de pinos muy denso y oscuro, en el que los caballos debían buscar el camino entre las peñas, y me acuerdo del efecto que me hizo el aire enrarecido a medida que subíamos más y más. Creo que pasé la segunda mitad del viaje dormido y de pronto me sobresaltó oír que Smith decía:

—Hemos llegado, Wilkins. Estamos en Blue Rock Park. Mañana disfrutará usted del paisaje. Ahora tenemos que comer algo y meternos en la cama.

De una tosca cabaña salió un hombre que se hizo cargo de los caballos. En el interior nos esperaba un pedazo de carne y un áspero whisky. Habíamos llegado a un lugar extraño. La casa tenía tres cuartos: uno en el que comimos, el de Smith y el mío; el viejo sordo que nos había recibido dormía en un cobertizo. A la mañana siguiente, al salir de la cabaña, advertí que nos hallábamos en una especie de valle entre las montañas; los bosques de pino, y unas enormes peñas de color gris azulado que se veían entre los árboles, le habían dado el nombre de Blue Rock Park. Por todas partes nos rodeaba la sierra cubierta de nieve, el aire era como vino y, cuando subí a una ladera y miré en torno comprendí que, en cuanto a tener compañía de seres humanos, lo mismo hubiera sido naufragar en un islote a mitad del Pacífico. La única señal de que el sitio no estaba completamente deshabitado era la cabaña de troncos donde pasara la noche; en mi ignorancia, no sabía entonces que existían otras viviendas semejantes a distancias que, para las Montañas Rocosas, eran relativamente accesibles. En ese momento me abrumó la sensación de una soledad absoluta, aterradora, y al pensar en la gran pradera y el gran océano que me separaba de mi mundo conocido se me hizo un nudo en la garganta y tuve miedo de morir en ese valle perdido entre las montañas. Fue un instante terrible y aún no lo he olvidado. Naturalmente, conseguí dominar mi horror; me dije que la experiencia me haría más fuerte y resolví poner al mal tiempo buena cara. A partir de ese día comenzó para mí una vida muy dura, como eran duras la casa y la comida. Quedé enteramente librado a mi propia suerte. No veía casi nunca a Smith y ni siquiera sabía cuándo se hallaba en la casa. Muchas veces lo hacía ausente y tenía la sorpresa de verlo salir de su cuarto, cerrar la puerta con llave y echarse la llave al bolsillo, y en varias ocasiones, creyéndolo ocupado en su habitación, lo vi entrar con las botas cubiertas de barro. Por lo que toca al trabajo, había dado con una

verdadera sinecura; mis únicas ocupaciones eran caminar por el valle, comer y dormir. Entre una cosa y otra me fui acostumbrando a mi nueva vida, conseguí instalarme cómodamente y poco a poco me animé a aventurarme más y más lejos de la casa y a explorar los alrededores. Un día llegué hasta un valle vecino y me encontré a un grupo de hombres ocupados en aserrar madera. Fui hasta ellos con la esperanza de que alguno fuese inglés; eran, en todo caso, seres humanos, y volvería a oír hablar articuladamente, pues el viejo que se ocupaba de la casa, además de ser medio ciego y sordo como una tapia, fue siempre completamente mudo en sus relaciones conmigo. Esperaba ser recibido con llaneza, sin las formas que ordena la cortesía, pero los ceños torvos y las respuestas breves y hoscas que fueron toda mi acogida me dejaron asombrado. Los leñadores cambiaron entre sí miradas que no presagiaban nada bueno, y uno de ellos echó mano del fusil, de modo que tuve que volver sobre mis pasos, maldiciendo la suerte que me había traído a una tierra donde los hombres eran más feroces que las mismas fieras. La soledad comenzó a agobiarme como una pesadilla, y unos días más tarde decidí caminar hasta una estación situada a pocas millas, una pobre hostería de cazadores y turistas. De vez en cuando algún caballero inglés pasaba en ella la noche, y pensé que tal vez encontraría a una persona de mejores modales que los habitantes de la región. Como lo esperaba, había un grupo reunido ante la casa de troncos que hacía las veces de hotel, seis o siete cazadores que, al acercarme, se miraron entre sí con sorpresa y luego clavaron en mí los ojos con expresión de odio, en la que también había algo del asco con que se mira a una víbora inmunda y venenosa. Ya no tuve paciencia para soportarlo más y grité:

—¿Hay aquí un inglés o cualquier otra persona que sea un poco civilizada?

Uno de ellos se llevó la mano al cinto pero su vecino lo contuvo con un gesto y me respondió:

—Ya verá usted muy pronto que tenemos ciertos recursos de gentes civilizadas y creo que no le gustarán mucho. En todo caso, hay un inglés que se hospeda aquí, seguramente tendrá mucho gusto de verlo. Aquí está: ése es Mr. D'Aubernoun.

Apareció en la puerta un joven, vestido como un *squire* inglés, que puso en mí los ojos. Uno de los hombres, señalándome, le dijo:

—Este es el tipo de quien hablábamos anoche. Pensamos que le gustaría echarle una mirada, *squire*, y aquí lo tiene.

La expresión cordial del joven inglés se nubló en el acto, me miró severamente y se apartó con un gesto de aversión y desprecio.

—Señor —lo llamé a gritos—, no sé lo que he hecho para que me traten de esta manera. Es usted mi paisano y esperaba un gesto de cortesía.

Me lanzó una mirada de indignación y ya entraba en la casa cuando, cambiando de parecer, dio media vuelta y se dirigió a mí:

—Creo que se porta usted de manera más bien imprudente. Abusa

usted de una tolerancia que tal vez no dure mucho, que a decir verdad durará muy poco tiempo más. Permítame decirle, señor, que bien puede llamarse inglés, y arrastrar por el lodo el nombre de Inglaterra, pero no debe contar con que la influencia inglesa venga en su ayuda. Si yo fuera usted no me quedaría aquí ni un minuto más.

Entró a la hostería y los hombres quedaron mirándome a la cara en silencio mientras yo me sentía a punto de perder la razón. Salió entonces la mesonera, que fijó en mí la vista como en una fiera o un salvaje. Volviéndome a ella le dije, en tono sereno:

—Estoy muerto de hambre y de sed. Vengo a pie desde muy lejos. Tengo bastante dinero. ¿Puede usted darme algo de comer y beber?

—No, no puedo —me contestó—. Más vale que se vaya de aquí.

Volví a casa poco menos que arrastrándome, como un animal herido, y me acosté. Todo era para mí un enigma incomprensible. Sentía cólera, vergüenza y terror, y a los pocos días sufrí todavía un poco más, pues al pasar ante una casa en el valle vecino unos niños que jugaban huyeron de mí dando gritos despavoridos. Si quería ocuparme en algo sólo me restaba caminar; me hubiera muerto de quedarme sentado mano sobre mano en Blue Rock Park, mirando todo el día las montañas, pero cada vez que me encontraba con un ser humano veía en sus ojos la misma mirada de odio y repugnancia. En una ocasión, mientras pasaba a través de un monte muy cerrado, oí un disparo y una bala me zumbó malignamente junto a la cabeza.

Otro día escuché una conversación que me dejó consternado. Me había sentado a descansar tras una roca cuando dos hombres que venían por el camino se detuvieron a unos pasos, donde no podían verme. Uno de ellos se enredó los pies en unas plantas salvajes y echó unas cuantas maldiciones, pero el otro le respondió riendo que a veces esas plantas eran muy útiles.

—¿Qué demonios quieres decir?

—Nada, nada. Pero estas hojas son muy resistentes y la sogá está muy cara y escasa.

El hombre de las maldiciones rió también y los oí sentarse y encender las pipas.

—¿Lo has visto últimamente? —preguntó el humorista.

—Me lo encontré el otro día pero la maldita bala me salió alta. Tiene la suerte de su amo, supongo, pero no puede durarle mucho. Ya sabes que se presentó en Jinks, con el mayor desparpajo, pero el joven inglés le bajó los humos y de qué manera.

—¿Y qué diablos significa todo eso?

—No lo sé, pero creo que hay que acabar, y como en los viejos tiempos. ¿Sabes cómo se les arregla cuentas a los negros?

—Sí, hombre, algo de eso he visto. Un par de galones de kerosene cuestan un dólar en la tienda de Brown, pero en este caso, digo yo, salen

a buen precio.

Dicho esto se alejaron y yo me quedé quieto detrás de la roca, con el sudor corriéndome por la cara. Me sentía tan mal que a duras penas logré ponerme de pie y fui hasta la casa como un viejo, inclinado sobre mi bastón. Demasiado bien entendí que los hombres hablaban de mí y me prometían una muerte horrenda. Esa noche no conseguí dormirme; me daba vueltas en la cama, atormentándome por hallarle un sentido a lo que sucedía. Por último, a media noche, me vestí y salí de la casa. No me importaba por dónde iba, sentí que debía caminar hasta agotarme. Era una noche de luna, muy clara, y al cabo de dos horas me di cuenta de que me acercaba a un lugar de triste fama en la sierra, un profundo barranco llamado el Cañón Negro. Hace de esto muchos años, varios hombres y mujeres venidos de Inglaterra acamparon en ese lugar y cayeron en manos de los indios quienes, después de ultrajarlos, les dieron muerte en medio de torturas casi inconcebibles; los más rudos cazadores y leñadores preferían dar un gran rodeo para evitar el Cañón, aun en pleno día. Esa noche, mientras me abría paso entre los densos matorrales que crecen encima del barranco, escuché voces y, curioso de saber quién se encontraba en ese sitio y a esa hora, seguí adelante, andando más despacio y haciendo el menor ruido posible. Un gran árbol crecía al borde mismo de las rocas y me escondí tras él para mirar sin ser visto. A mis pies se abría el Cañón Negro, iluminado hasta lo más profundo por la luz de la luna que, al dar contra las peñas, proyectaba sombras negras como la muerte, mientras del otro lado la empinada pendiente se perdía en la oscuridad. De rato en rato un ligero velo oscurecía la noche, cuando una nube pasaba ante la luna, como he dicho, y vi a veinte hombres de pie, formando un semicírculo en torno a una roca. Los conté uno a uno y conocía a casi todos. Eran lo peor de lo peor, gente más vil de la que puede encontrarse en el más infecto tugurio de Londres, y sobre la cabeza de muchos pesaban asesinatos y hasta crímenes peores que el asesinato. De cara a ellos y a mí estaba Mr. Smith, con la roca delante, y sobre la roca había una gran balanza, de esas que se ven en las tiendas. Escondido detrás del árbol escuché su voz que resonaba en el Cañón y al oírla se me heló la sangre en las venas.

—Vidas por oro —gritaba—. Una vida a cambio de oro. La sangre y la vida de un enemigo por cada libra de oro.

Uno de los hombres dio un paso adelante, levantó una mano y con la otra arrojó algo reluciente en el platillo de la balanza, que se hundió con un gran estruendo, mientras Smith le murmuraba algo al oído. Luego gritó otra vez:

—Sangre por oro, por una libra de oro la vida de un enemigo. Por cada libra de oro en la balanza, una vida.

Uno a uno se acercaron los hombres, cada uno de ellos con la mano derecha en alto; ponían el oro en el platillo de la balanza para pesarlo, y Smith, inclinándose, le hablaba al oído a cada uno. Volvió a gritar:

—El deseo y el placer a cambio del oro en la balanza. Por cada libra de oro, el goce de un deseo.

Vi lo mismo de antes: la mano levantada, el oro pesado en el platillo, la boca susurrante, la oscura pasión en todas las caras.

Luego los hombres se acercaron uno a uno para hablar con Smith. Se entendían en murmullos. Veía que Smith explicaba y daba órdenes, gesticulando como quien señala el camino, y una o dos veces agitó las manos rápidamente, indicando que el camino estaba abierto y bastaba con seguirlo. Yo le tenía puestos los ojos en la cara con tal intensidad que no reparaba en otra cosa y, de pronto, cuál no sería mi sorpresa al darme cuenta de que el Cañón estaba vacío. Un momento antes creía estar viendo el grupo de rostros siniestros y, un poco apartados, a los dos hombres que hablaban junto a la roca; miré a otro lado un instante y cuando volví la vista al barranco no había nadie. Regresé a casa sobrecogido de terror y al llegar estaba tan exhausto que con sólo echarme a la cama me dormí profundamente. Sin duda hubiera dormido muchas horas, pero cuando desperté el sol se estaba levantando y la luz me daba en la cara. Abrí los ojos sobresaltado, con la sensación de una sacudida violenta; miré en torno mío, confundido, y vi para mi sorpresa que había tres hombres en el cuarto. Uno de ellos me puso la mano sobre el hombro y dijo:

—Vamos, despiértese. Creo que le ha llegado la hora. Los muchachos están esperando afuera y tienen prisa. Vamos hombre, vístase usted, que hace un poco de frío esta mañana.

Los otros dos sonreían con sarcasmo pero yo no entendía nada. Me puse las ropas y dije que estaba listo.

—Bueno, pues andando. Pasa tú primero, Nichols, que Jim y yo le daremos el brazo al caballero.

Me sacaron a la luz y me di cuenta de lo que era el sordo rumor que me intrigara mientras me estaba vistiendo. Afuera aguardaban unos doscientos hombres —había también unas cuantas mujeres— que dejaron escapar al verme un gruñido inarticulado. Yo ignoraba lo que había hecho, pero al oír ese ruido el corazón me latió más de prisa y la frente se me llenó de sudor. Veía confusamente, como a través de un velo, el tumulto y la agitación de la multitud, de la que se elevaban notas discordantes, y no hallé una sola mirada de piedad en las caras deformadas por un furor insano y para mí inexplicable. Poco después me encontré en una procesión que subía por la ladera del valle, rodeado de hombres revólver en mano. Por momentos llegaban a mis oídos unas voces y escuchaba unas palabras o frases sin entender gran cosa. Comprendía, sin embargo, que todas eran de execración; distinguía trozos de historias extrañas e inverosímiles. Alguien hablaba de hombres atraídos con engaños fuera de sus casas para ser asesinados en medio de horribles martirios, que luego fueron hallados en lugares oscuros y solitarios, retorciéndose de dolor como víboras heridas y pidiendo a gritos que les atravesaran el corazón y pusieran fin a sus tormentos; otro contaba de muchachas inocentes que desaparecieron de sus hogares uno o dos días y volvieron para morir, rojas de vergüenza aún en la última agonía. Seguía sin saber lo que todo eso significaba o lo que estaba por suceder; me sentía tan agotado que avanzaba como en

sueños y lo único que quería era dormir. Por fin nos detuvimos. Habíamos llegado a la cima de una montaña sobre el valle de Blue Rock, junto a un bosquecillo donde viniera muchas veces a sentarme. Me encontraba en medio de una partida de hombres armados, de los que dos o tres amontonaban leños mientras otros se ocupaban en desatar una cuerda. De pronto la multitud se estremeció y abrió paso para que trajeran a rastras a un hombre atado de pies y manos. Su rostro era de una maldad indecible, pero el sufrimiento que le agitaba las facciones y le torcía la boca me hizo compadecerlo: era uno de los que estaban reunidos alrededor de Smith en el Cañón Negro. En un abrir y cerrar de ojos lo desataron y desnudaron y, llevándolo bajo el árbol, le echaron al cuello un lazo corredizo que habían sujetado al tronco. Una voz gritó roncamente una orden; hubo un ruido de pies que se arrastraban por el suelo y la soga se puso tirante; entonces, ante mis propios ojos, vi la cara amoratada, los miembros distorsionados, la vergonzosa agonía de la muerte. Estrangularon uno tras otro a media docena de hombres que había visto en el Cañón la noche anterior y arrojaron los cadáveres por tierra. Luego hubo una pausa y el hombre que me despertara poco antes vino hasta mí y dijo:

—Ahora te toca a ti. Tienes cinco minutos para ajustar tus cuentas y, en cuanto pasen, por Dios santo que te vamos a quemar vivo en ese árbol.

Sólo entonces me desperté del todo y comprendí lo que estaba sucediendo.

—¿Por qué, qué he hecho yo? ¿Por qué quieren matarme? No soy un criminal, no les he hecho nunca ningún daño —me cubrí la cara con las manos. Todo me parecía lastimoso, era una muerte tan horrible.

—¿Qué he hecho? —dije otra vez, a gritos—. Ustedes no me conocen, me confunden con otra persona.

—Te conocemos muy bien, demonio —dijo el hombre que estaba a mi lado—. Cuando estés ardiendo en el infierno no habrá nadie en treinta millas a la redonda que no maldiga a Jack Smith.

—Pero yo no soy Smith —respondí, con la poca esperanza que me quedaba—. Yo me llamo Wilkins. Soy el secretario de Mr. Smith pero no sé nada de él.

—¡Oigan al mentiroso! —contestó el hombre—. ¡Vaya un secretario! Tuviste la astucia de salir sólo de noche y de esconder la cara, pero al fin te echamos mano. Te ha llegado la hora. Vamos allá.

Me arrastraron hasta el árbol y me sujetaron a él con cadenas. Vi que amontonaban en torno mío atados de leña y cerré los ojos. Sentí que me rociaban con un líquido y volví a abrir los ojos: una mujer que me sonreía aviesamente acababa de vaciar sobre mí y sobre la leña una gran lata de gasolina. Una voz gritó: «¡Métnle fuego!» y en ese momento me desmayé y ya no supe nada más.

Al recobrarme me encontré acostado sobre un camastro en un cuarto estrecho y desnudo. Un médico me hacía respirar un frasco de sales y, de

pie junto a la cama, un señor —después supe que era el *sheriff*— me dijo:

—Se ha librado usted por un pelo. Los muchachos encendían la hoguera cuando llegué con la partida y a duras penas logré sacarlo vivo, se lo aseguro. La verdad es que no los culpo; estaban convencidos de acabar con el jefe de la banda del Cañón Negro y no querían creer que no era usted Jack Smith. Por suerte hay uno de por aquí, Evans, que venía con nosotros y juró que lo había visto a usted junto con Smith. De modo que lo trajimos de vuelta y lo metimos en la cárcel, pero puede usted irse cuando quiera, si se le ha pasado el desmayo.

Tomé el tren al día siguiente y tres semanas más tarde estaba en Londres, otra vez sin un penique. A partir de ese momento empezó a cambiar mi fortuna. Me hice de varios amigos influyentes, los banqueros buscaban mi compañía, los directores de periódicos me abrían los brazos. Sólo me quedaba elegir carrera y no tardé en persuadirme de que la naturaleza me había destinado a una vida de relativo ocio. Con una facilidad que parece ridícula conseguí un puesto bien pagado en un próspero club político. Tengo un apartamento magnífico en el centro, cerca de los parques, el cocinero del club se esmera cada vez que voy a comer, los mejores vinos de la bodega están a mi disposición. Sin embargo, desde que regresé a Londres no he tenido un solo día de paz y tranquilidad. Cuando me despierto tiemblo de encontrar a Smith a mi cabecera y me parece que a cada paso que doy me acerco al borde del abismo. Me enteré de que Smith logró escapar a sus perseguidores y, a partir de entonces, desfallezco con sólo pensar que está de vuelta en Londres y que un día, de improviso, me veré frente a él cara a cara. Cada mañana, al dejar mi casa, me asombraba al mirar a todos lados, creyendo ver la siniestra figura al acecho; a veces me quedaba paralizado en una esquina, con el corazón en la boca, aterrado de que unos pasos más pudiesen reunirnos; no me atrevía a frecuentar los teatros por miedo de que un remoto azar lo sentase junto a mí. A veces, contra mi voluntad, he debido salir de noche y una sombra me ha hecho temblar en las plazas silenciosas. En medio de la multitud que llena las calles me he repetido: «Tiene que suceder, tarde o temprano; sin duda volverá a la ciudad y me tropezaré con él cuando me sienta más seguro». Recorría atentamente los periódicos en busca de un indicio o una simple sugerencia del peligro que se acercaba, sin saltarme ni siquiera las noticias más triviales impresas en el tipo más pequeño. Sobre todo leía las columnas de anuncios, pero sin resultado alguno. Pasaron los meses sin que Smith diese señales de vida y, aunque estaba lejos de sentirme tranquilo, dejé de sufrir a todas horas la opresión intolerable del terror. Esta tarde, mientras me paseaba por la calle de Oxford, levanté los ojos, miré al otro lado de la calle y, por fin, vi al hombre que durante tanto tiempo ha sido mi obsesión.

Mr. Wilkins terminó su vaso de vino y, echándose atrás en la silla, miró tristemente a Dyson; luego, como si se le acabara de ocurrir, sacó del bolsillo interior del chaleco una cartera de cuero, de la que retiró un recorte de periódico que puso sobre la mesa.

Dyson agarró el recorte, tomado de las páginas de un diario de la tarde, que decía lo siguiente:

Linchamiento en masa
Trágicos sucesos

«Un telegrama de la agencia Dalziel procedente de Reading (Colorado) anuncia que, según informaciones recibidas de Blue Rock Park, ha ocurrido en esa localidad un terrible caso de venganza popular. Durante cierto tiempo la población había estado aterrada por una banda de malhechores quienes, valiéndose de su eficaz organización, perpetraban las más infames crueldades en hombres y mujeres. Se formó un Comité de Vigilancia y se descubrió que el jefe de la banda era un residente de Blue Rock Park llamado Smith. El Comité pasó a la acción y seis de los forajidos fueron sumariamente ajusticiados en presencia de doscientas o trescientas personas. Se afirma que Smith consiguió escapar».

—Terrible historia —dijo Dyson—. Entiendo muy bien que lo asalten día y noche recuerdos de las escenas tan espantosas que me ha contado. Pero, bien mirado, ¿qué razón tiene para temer a Smith? Es él quien debe sentir miedo de usted. Piénselo bien: basta que haga usted una declaración ante la policía y de inmediato se dictará contra él una orden de detención. Por lo demás, estoy seguro de que me disculpará usted por lo que voy a decirle.

—Mi querido señor —respondió Mr. Wilkins—, le ruego que me hable con la más entera libertad.

—Pues bien, le confieso que tuve la impresión de que se sentía usted más bien decepcionado por no haber detenido a ese hombre antes de que se fuera. Me pareció que le molestaba no poder cruzar la calle.

—La verdad, señor, es que no me daba cuenta de lo que pasaba —explicó Mr. Wilkins—. Vi a Smith sólo durante un instante y la excitación que usted observó se debía a los tormentos de la duda. No me sentía completamente seguro de que fuese él y la idea de que Smith se hallara de regreso en Londres me abrumó. Tiemblo al pensar que ese demonio encarnado, ese alma ennegrecida por tantos crímenes atroces, se mezcla con toda libertad y sin que nadie lo advierta a la multitud, meditando quizá una nueva serie de infamias aún más horribles. Le seguro que un ser abominable camina en este momento por las calles, un ser ante el cual el mismo sol debería oscurecerse y el aire del verano volverse frío y malsano. Esto es lo que me pasó por la *cabeza* con la fuerza de un torbellino; creí que perdía el juicio.

—Ya veo —respondió Dyson—. Comprendo, en parte, sus sentimientos, pero quisiera asegurarle que en realidad no tiene nada que temer. Smith no lo molestará en modo alguno, puede usted contar con ello. No se olvide de que él mismo ha recibido una advertencia; más aún, aunque sólo alcancé a verlo un instante, me dio la impresión de ser un hombre asustado. Pero se hace tarde y, con su permiso, Mr. Wilkins, creo que debo irme. Si vuelve usted por aquí seguramente nos encontraremos.

Dyson se alejó a buen paso, dándole vueltas a la extraña historia que por azar había escuchado y, pensándolo con más calma, se dijo que había algo un poco raro en los modales de Mr. Wilkins, algo que no bastaba para explicar del todo ni siquiera el catálogo tan fantástico de sus experiencias.

Capítulo III

Aventura del hermano desaparecido

Mr. Charles Phillips, como ya se ha insinuado, era un caballero de marcadas aficiones científicas. En sus años mozos se había dedicado con vivo entusiasmo al agradable estudio de la biología y su primera contribución a las letras fue una monografía sobre la embriología de las holoturias microscópicas. Más tarde, atenuando un poco la severidad de sus ocupaciones, incursionó en los terrenos más frívolos de la paleontología y la etnología; tenía en el salón de estar un mueble con los cajones repletos de toscos instrumentos de pedernal y en la decoración de su apartamento daba la nota dominante un precioso fetiche venido de los Mares del Sur. Phillips, que se lisonjeaba con el título de materialista, era en realidad el más crédulo de los hombres, aunque exigía que las maravillas se presentasen decentemente ataviadas con las vestiduras de la ciencia antes de darles el menor crédito, así como los sueños más extravagantes cobraban a sus ojos forma definida al ser expuestos con nomenclatura estricta e irreprochable. Se reía de las brujas, pero temblaba ante el poder de los hipnotizadores; arqueaba las cejas si le hablaban del cristianismo pero adoraba el protilo y el éter. Por lo demás, se sentía orgulloso de su escepticismo sin límites; manifestaba el mayor desprecio ante todo lo que sonara a fantástico y no hubiera creído una palabra, ni una sílaba, de la historia que le contó Dyson del perseguidor y el perseguido si su amigo no llega a sacarse del bolsillo la moneda de oro como prueba evidente y tangible. Aun así, se inclinaba a sospechar que Dyson le había gastado una broma; conocía su desordenada imaginación y su costumbre de recurrir a lo increíble para explicar lo más ordinario; a fin de cuentas, tendía a pensar que los llamados hechos de la curiosa aventura habían sido gravemente distorsionados en el relato. Una mañana, varios días después de escuchar la historia, hizo una visita a Dyson y expuso ante él unas cuantas consideraciones muy ponderadas sobre la necesidad de una observación exacta y la locura —fue el término que utilizó— de emplear un calidoscopio en vez de un telescopio para mirar las cosas, a todo lo cual atendió el dueño de casa con una sonrisa en extremo sardónica.

—Mi querido amigo —respondió, al fin, Dyson—, permítame decirle que comprendo muy bien a dónde apuntan sus palabras. Le asombrará enterarse de que a mi juicio es usted un visionario, mientras yo creo ser un observador serio y desapasionado de la vida humana. Ha dado usted la vuelta completa al círculo y se cree en El Dorado de las nuevas filosofías cuando en realidad habita en Clapham, en un suburbio metafórico; su actitud de escéptico acaba por anularse a sí misma y se convierte en una credulidad monstruosa; de hecho, se halla usted en la situación de la lechuza o el murciélago, no sé cuál de los dos, que negaba la existencia del sol de mediodía, y mucho me sorprenderá que un día no venga usted a mí arrepentido de sus errores intelectuales y con la humilde resolución de ver, de ahora en adelante, las cosas a su verdadera luz.

Este discurso dejó a Mr. Phillips impasible; consideraba a Dyson un caso perdido y volvió a casa con la intención de disfrutar de unos utensilios primitivos de piedra que un amigo le había enviado de la India. Encontró que la patrona, al descubrir sobre la mesa la colección de objetos informes, los había echado todos a la basura para servir la comida. No hubo más remedio que dedicar unas horas a una búsqueda maloliente. Mr. Brown, al oírlo decir que los pedruscos eran cuchillos valiosísimos, lo llamó en su cara «pobre Mr. Phillips», con lo cual, entre el mal humor y los malos olores, pasó una tarde lamentable. Cuando terminó el rescate habían sonado las cuatro y, agobiado por el hedor de las hojas de repollo, decidió dar un paseo que le abriera el apetito antes de cenar. A diferencia de Dyson, Phillips solía caminar de prisa, los ojos fijos en el suelo, absorto en sus pensamientos y sin reparar en la vida a su alrededor; no hubiese sido capaz de decir por qué calles había pasado y de pronto, al levantar la vista, se encontró en la Plaza Leicester. Le gustaban la hierba y las flores, de modo que acogió de buena gana la idea de descansar unos minutos y, mirando en torno suyo, divisó un banco con un solo ocupante, una señora que se hallaba sentada a un extremo. Phillips fue a sentarse al lado opuesto y empezó a repasar, con ira mal contenida, lo ocurrido esa tarde. Al llegar al banco observó que la persona que estaba en él vestía decorosamente y parecía joven. No le vio la cara, que tenía vuelta del otro lado, como si mirase los arbustos, y se cubría con la mano; sin embargo, sería injurioso para Mr. Phillips imaginar que eligió el asiento con la idea de una aventura sentimental: simplemente había preferido la compañía de una dama a la de cinco chiquillos sucios y, una vez sentado, examinó la sucesión de sus desgracias. Había pensado en mudarse pero ahora, tras estudiar con mucho juicio el problema en todos sus aspectos, llegó a la conclusión de que la estirpe de las patronas es como la generación de las hojas, y que muy poco hay que elegir entre los diversos ejemplares. No obstante, resolvió dirigirse de manera tan fría como severa a la culpable Mrs. Brown, señalándole la extrema impertinencia de su comportamiento y expresando la esperanza de que en adelante tendrían mejores relaciones. Tomó nota mentalmente de la decisión y estaba a punto de ponerse de pie para seguir su camino cuando escuchó, con viva inquietud, un sollozo ahogado, sin duda alguna de su vecina de banco, quien seguía dedicada a la contemplación de los arbustos y los macizos de flores. Phillips echó mano del bastón desesperadamente, dispuesto a batirse en retirada, pero en ese instante la dama volvió la cara hacia él y reclamó su atención con un mudo ademán de súplica. Era una mujer joven, de facciones curiosas y atractivas más que verdaderamente bellas, y a todas luces se encontraba en gravísimas dificultades. Mr. Phillips volvió a sentarse, maldiciendo para sus adentros su mala suerte, y la joven clavó en él un par de ojos pardos y brillantes en los cuales, aunque tenía el pañuelo en la mano, no se advertía la menor señal de lágrimas; se mordía los labios, como luchando con un dolor irreprimible y daba la impresión de rogar, de implorar algo. Phillips, al borde del banco, se sentía profundamente incómodo y la miraba preguntándose qué sucedería ahora. Ella, a su vez, no le quitaba la vista de encima y seguía sin decir palabra.

—Bueno, señora —dijo Phillips—. Creo haber entendido por su gesto que desea usted hablarme. ¿Hay algo en que pueda servir? Me perdonará usted si le digo que me parece muy improbable.

—Ah, señor —respondió ella en voz baja, casi en un susurro—, no me hable con dureza. Mi situación es angustiosa y al verlo creí que podría pedirle, si no ayuda, al menos compasión.

—¿Tendría usted la bondad de decirme lo que le pasa? —preguntó Phillips—. ¿Tal vez podría ofrecerle una taza de té?

—Estaba segura de no equivocarme —respondió la joven—. Su amable invitación es prueba de generosidad, aunque siento decir que el té no puede consolarme. Si usted me lo permite, intentaré explicarle lo que me sucede.

—Con el mayor gusto.

—Así lo haré, entonces, y trataré de ser breve, a pesar de las muchas complicaciones que, aunque soy joven, me han hecho temblar ante lo que parece el misterio profundo y terrible de la existencia. El dolor que ahora me llega al alma tiene, sin embargo, una razón muy sencilla: ha desaparecido mi hermano.

—¿Qué ha desaparecido su hermano? ¿Y cómo puede ser eso?

—Veo que tendré que molestarlo con unos cuantos detalles. Mi hermano, que es unos años mayor que yo, enseña en una escuela privada del extremo norte de Londres. La falta de fortuna lo ha privado de las ventajas de una educación universitaria y, como no tiene un título, no ha podido aspirar a la posición a que le daban derecho su saber y su talento. Por ello no tuvo más remedio que aceptar el cargo de maestro de lenguas clásicas que le ofreció el doctor Saunderson en su Academia Highgate para niños de buena familia, donde ha desempeñado sus funciones varios años a entera satisfacción del director. No vale la pena que le cuente mi propia historia; baste decir que, desde hace un mes, trabajo como institutriz para una familia de Tooting, con la cual vivo. Mi hermano y yo nos hemos querido siempre con el más tierno afecto y, aunque estuvimos separados cierto tiempo por circunstancias que no son del caso, la verdad es que nunca nos hemos perdido de vista. Es más, decidimos que, a menos que por razones de enfermedad uno de nosotros fuese absolutamente incapaz de levantarse de la cama, no dejaríamos pasar una semana sin vernos siquiera una vez, y elegimos para nuestros encuentros esta plaza, que es tan céntrica y de tan fácil acceso. Tras una semana de duro trabajo mi hermano no tiene ganas de caminar y a menudo nos pasamos dos o tres horas en este banco, hablando de nuestro futuro y de nuestros días más felices, cuando éramos niños. A comienzos de la primavera, aunque hacía aún mucho frío, creo que nos tomaron muchas veces por una pareja de enamorados al vernos lado a lado, embebidos en nuestra conversación. Nos reunimos aquí todos los sábados y mi hermano no ha faltado a la cita ni cuando tuvo la gripe, a pesar de que el médico le ordenó que no hiciera locuras. Eso fue hace un tiempo; el último sábado pasamos juntos una tarde larga y espléndida y nos despedimos más alegremente que de costumbre, sintiendo que la semana por venir nos

resultaría soportable y convencidos de que nuestra próxima reunión sería, si es posible, aún más grata. Esta tarde llegué a la hora convenida, las cuatro de la tarde, y me senté a esperar a mi hermano, con la idea de verlo aparecer de un momento a otro por la entrada del lado norte de la plaza. Pasaron cinco minutos y no llegaba. Me dije que había perdido el tren y me entristeció pensar que nuestra entrevista duraría veinte minutos o media hora menos: tantas esperanzas había tenido de que pasaríamos juntos una tarde feliz. De pronto, no sé por qué impulso, me di media vuelta y cuál no sería mi asombro al ver a mi hermano que avanzaba lentamente hacia mí desde el lado sur de la plaza, acompañado por otra persona. Recuerdo que en mi primera impresión hubo algo de resentimiento al decirme que ese hombre, quienquiera que fuese, se interponía en nuestra reunión; ignoraba quién podía ser, puesto que mi hermano no tiene amigos íntimos. Entonces, mientras las figuras se acercaban, se apoderó de mí otra sensación: un miedo pánico, el miedo de un niño en la oscuridad, sin razón ni explicación alguna, pero que me oprimía el corazón como las manos heladas de un cadáver. No obstante, logré sobreponerme y miré a mi hermano, esperando que me hablara, y también, con mayor detenimiento, a su compañero. Me di cuenta de que no venían del brazo, sino que el desconocido conducía a mi hermano. Era un hombre alto, corrientemente vestido, con un sombrero hongo de copa alta y, a pesar del calor, llevaba un abrigo negro, abotonado de arriba abajo; reparé en los pantalones, a rayas grises y negras. También la cara era de lo más corriente y no distinguí en ella ningún rasgo, ninguna expresión particular. Es curioso, pero mientras los veía acercarse su cara no me hizo ninguna impresión, como si estuviera mirando una máscara muy bien hecha. Pasaron delante de mí y, para mi indecible sorpresa, oí la voz de mi hermano que me hablaba, aunque sus labios no se movieron ni tampoco volvió hacia mí los ojos. No alcanzo a describir la voz; la reconocí por suya, pero las palabras llegaron a mis oídos como mezcladas a un chapoteo y al ruido de un arroyo que corre sobre guijarros. Lo escuché decir «no puedo quedarme» y durante un instante el cielo y la tierra se juntaron con un trueno ensordecedor y fui arrojada del mundo a un vacío negro sin principio ni fin: a medida que mi hermano pasaba ante mí, vi la mano que lo sostenía por el brazo, como para guiarlo, y advertí con horror que era una cosa informe que por muchos años se había podrido en la tumba. La carne se desprendía de los huesos en jirones secos y granulados, los dedos que rodeaban el brazo de mi hermano formaban una garra monstruosa y uno de ellos era un muñón informe del que se había caído un extremo. Aguardé un instante antes de sentir, como una llamada que me abrasó el corazón, que ningún horror podría detenerme, que debía seguir a mi hermano y salvarlo, aunque el mismo infierno se levantara en contra mía. Me puse de pie y distinguí las dos siluetas que se mezclaban a la multitud. Atravesé corriendo la calzada, los vi entrar a una calle lateral y llegué a la esquina un minuto más tarde. Miré a la derecha y a la izquierda, pero ni mi hermano ni su extraño guardián estaban a la vista; hacia mí venían, dándose el brazo, dos caballeros entrados en años y un chico de Telégrafos pasaba caminando a buen paso y silbando. Durante un momento me quedé clavada en el sitio, paralizada de horror y

luego, inclinando la cabeza, volví a este asiento, donde usted me ha encontrado. ¿Le sorprende ahora mi dolor? ¡Dígame usted qué le ha ocurrido a mi hermano o siento que voy a volverme loca!

Mr. Phillips, que había escuchado la historia con paciencia ejemplar, titubeó un momento antes de responder.

—Mi querida señora —dijo por fin—, ha sabido usted ganarme a su servicio no sólo como hombre, sino también como estudioso de las ciencias. En tanto que semejante suyo, la compadezco profundamente; debe usted haber sufrido mucho con lo que vio o, mejor dicho, con lo que creyó ver. En efecto, en tanto que observador científico, mi deber es decirle llanamente la verdad que, además de ser la verdad, servirá para consolarla. Permítame rogarle que describa a su hermano.

—Por supuesto —dijo ansiosamente la joven—. Puedo describirlo con todo detalle. Mi hermano es un hombre de aspecto juvenil, pálido, de finos bigotes negros. Usa anteojos. Mira siempre nerviosamente de un lado a otro con expresión más bien tímida, casi asustada. ¡Piénselo bien! Seguramente lo ha visto. Tal vez acostumbra usted pasear por este barrio; muy bien puede habérselo encontrado algún sábado. Acaso me equivoco cuando digo que entró por esa calle; quizá siguió de largo y se cruzó con usted. ¡Por favor, señor, dígame si lo ha visto!

—Me temo que no voy muy atento mientras paseo —contestó Phillips, quien hubiera pasado al lado de su madre sin darse cuenta—, pero su descripción es admirable. Ahora, ¿puede usted describirme a la persona que, según dice, llevaba a su hermano del brazo?

—No, no puedo. Ya le he dicho que era una cara sin ningún rasgo ni expresión particular.

—Exactamente: no puede describir lo que no ha visto nunca. Apenas si es preciso que le señale la conclusión ineludible: ha sido usted víctima de una alucinación. Esperaba ver a su hermano, se sentía alarmada por su tardanza y —sin duda, inconscientemente— su cerebro empezó a trabajar y, por último, vio usted una simple proyección de sus propias ideas morbosas, una visión de su hermano ausente y una confusión aterradora encarnada en una figura que no es capaz de describir. Naturalmente, lo único que sucede es que, cualquiera sea la razón, su hermano no ha podido venir a verla como de costumbre. Supongo que tendrá usted noticias suyas dentro de uno o dos días.

La señora miró gravemente a Mr. Phillips. Durante un instante pareció brillarle en los ojos una chispa de regocijo, pero luego se le fue ensombreciendo la cara ante las conclusiones dogmáticas a que llegaba el hombre de ciencia de modo tan irresistible.

—¡Ah! No sabe usted —dijo—. No puedo dudar de mis propios sentidos. Tal vez he tenido experiencias aún más terribles. Reconozco la fuerza de su razonamiento, pero una mujer tiene intuiciones que no engañan. Créame usted, no soy una histérica; tómeme el pulso, es completamente normal.

Extendió la mano con un gesto de coquetería y una mirada que, a

pesar suyo, sedujeron a Phillips. La mano era suave, blanca y tibia, y cuando, un poco turbado, puso los dedos sobre la vena azul del pulso, se sintió hondamente conmovido por el espectáculo de amor y pesadumbre que tenía ante los ojos.

—No —dijo, soltando la muñeca de la joven—, es evidente que, como usted dice, está en sus cabales. Piense, sin embargo, que las personas con vida no tienen manos de cadáver. Son cosas que no suceden. Es posible, por supuesto, que viera usted a su hermano con otro caballero y que algún asunto urgente le impidiera detenerse. En cuanto a esa mano tan extraordinaria, bien puede haber tenido una deformidad, un dedo perdido en un accidente o algo por el estilo.

La dama negó tristemente con la cabeza.

—Veo que es usted un racionalista decidido —observó—. ¿No me ha oído usted decir que he tenido experiencias aún más terribles? Yo también fui una vez escéptica, pero después de lo que he sabido no puedo fingir que dudo.

—Señora —respondió Mr. Phillips—, nadie podrá hacerme renegar de mi fe. No creeré nunca, ni afectaré que creo, que dos y dos son cinco, y por nada en el mundo admitiré que existen triángulos de dos lados.

—Es usted algo apresurado. ¿Me permite preguntarle si ha oído el nombre del profesor Gregg, la eminencia en etnología y otros campos afines?

—¿Que si he oído su nombre? Mucho más que eso. Siempre lo he considerado como uno de los más agudos y serenos observadores; su último libro, el *Manual de Etnología*, me parece admirable en su género. Más aún, el libro acababa de llegar a mis manos cuando me enteré del terrible accidente que interrumpió la carrera de Gregg. Entiendo que alquiló durante el verano una casa de campo al oeste de Inglaterra y que, según parece, se ahogó en el río. Si mal no recuerdo, el cuerpo no fue hallado.

—Señor, me doy cuenta de que es usted un hombre discreto —dijo la joven—. Así lo veo por su conversación, y hasta el título del libro que ha citado me convence de que no estoy ante una persona frívola y superficial. En una palabra, creo que puedo confiar en usted. Parece suponer que el profesor Gregg ha muerto. No tengo ninguna razón para pensar que así sea.

—¡Cómo! —exclamó Phillips, asombrado e inquieto—. ¿Quiere usted darme a entender que ha ocurrido algo vergonzoso? No lo puedo creer. Gregg era hombre de honradez intachable, de gran generosidad en su vida privada y, aunque yo mismo no tenga ilusiones en ese sentido, creo que fue un cristiano sincero y ferviente. ¿No insinuará usted que tuvo que huir del país a causa de una historia deshonorosa?

—Otra vez se apresura usted —dijo la dama—. Nada de eso he dicho. En pocas palabras, el profesor Gregg salió de su casa una mañana en perfecta salud física y mental. No volvió nunca, pero tres días más tarde, en una ladera desierta y enmarañada, a varias millas del río, se

encontraron su reloj y su cadena, un portamonedas con tres soberanos de oro, unas cuantas monedas de plata y el anillo que solía llevar en la mano. Las cosas se hallaron al lado de una piedra caliza de forma fantástica, envueltas en un tosco pergamino sujeto con cuerda de tripa. Al abrir el paquete se vio que la parte interior del pergamino contenía una inscripción, trazada con una sustancia roja; los caracteres eran indescifrables y parecían de una rudimentaria escritura cuneiforme.

—Me interesa usted muchísimo —dijo Phillips—. ¿Le importaría contarme toda la historia? Las circunstancias que ha mencionado son, a primera vista, del todo incomprensibles y me hacen desear una explicación.

La joven pareció meditar un instante y luego empezó a contar la

Novela del Sello Negro

Ahora debo darle más detalles de mi propia historia. Soy hija de un ingeniero civil, de nombre Steven Lally, quien tuvo la desgracia de morir súbitamente al comienzo de su carrera, antes de haber reunido medios suficientes para mantener a su esposa y a sus dos hijos. Mi madre logró sacar adelante nuestro pequeño hogar con recursos que deben haber sido increíblemente escasos; vivíamos en una remota aldea de provincias, donde todo lo indispensable cuesta menos que en la ciudad, pero aun así mi hermano y yo fuimos criados en la más estricta economía. Mi padre, hombre inteligente y cultivado, nos dejó una biblioteca, pequeña pero seleccionada, en la que figuraban los mejores clásicos griegos, latinos e ingleses, y esos libros fueron nuestro único entretenimiento. Recuerdo que mi hermano aprendió latín en las *Meditationes* de Descartes, y a mi vez, en lugar de los cuentos que leen las niñas, no tuve a la mano nada más encantador que una traducción de la *Gesta Romanorum*. Así crecimos, callados y estudiosos, y con el tiempo mi hermano llegó a ganarse la vida, como le he dicho. Yo seguí viviendo en casa; mi pobre madre había quedado inválida y necesitaba mis cuidados; murió hace unos dos años, tras varios meses de dolorosa enfermedad. Me encontré en una situación terrible; los muebles apenas bastaron para pagar las deudas que me había visto obligada a contraer y envié los libros a mi hermano, pensando en el valor que les daría. Estaba absolutamente sola; sabía muy bien lo poco que ganaba mi hermano y, aunque él pagó mis gastos cuando vine a Londres con la esperanza de hallar un empleo, me juré que esto sólo duraría un mes y que si pasado ese plazo no conseguía trabajo, preferiría morirme de hambre antes que privarlo de las pocas libras que había ahorrado para un caso de necesidad. Alquilé una pequeña habitación en un suburbio lejano, la más barata que encontré; me alimentaba de té y pan y pasaba el tiempo contestando en vano a los anuncios y, aún más en vano, yendo a pie hasta las direcciones de que tomaba nota. Pasaron uno y otro día, una y otra semana sin que tuviera éxito, hasta que llegó el último día del plazo que me había fijado y vi abrirse ante mí la sombría perspectiva de una muerte lenta por inanición. La propietaria era, a su modo, mujer de buenos sentimientos, me sabía sin recursos y estoy segura de que no me hubiera echado a la calle: sólo me quedaba entonces

irme sin decirle nada, para morir en un lugar tranquilo. Era invierno y al comenzar la tarde cubría la ciudad una espesa niebla blanca que se iba adensando a medida que pasaban las horas; recuerdo que, como era domingo, las gentes de casa habían ido al templo. A eso de las tres de la tarde salí a hurtadillas y me alejé lo más aprisa que pude, aunque me sentía débil del poco comer. Un vapor blanco envolvía las calles en silencio. Las ramas desnudas de los árboles estaban cubiertas de escarcha y, en las vallas de madera y bajo mis pies, en el suelo frío y cruel, relucían los cristales de la helada. Seguí andando, doblando las esquinas a la derecha y a la izquierda, sin mirar el nombre de las calles por donde pasaba; los recuerdos de mi larga caminata ese domingo por la tarde parecen los fragmentos despedazados de un mal sueño. Avanzaba vacilante, sumida en una visión confusa, a través de caminos que eran a medias de la ciudad y a medias del campo, viendo a un lado tierras grises que se perdían en un oscuro mundo de neblina y al otro cómodas villas con las paredes iluminadas por el resplandor de las chimeneas; todo era irreal, los rojos muros de ladrillo y las ventanas encendidas, los árboles imprecisos y los prados de luz dudosa, los mecheros de gas que relucían como estrellas en las sombras blancas, las perspectivas en fuga de las vías del tren bajo los altos parapetos, el rojo y el verde de las señales luminosas: imágenes fugaces que destellaban en mi cerebro cansado y en mis sentidos embotados por el hambre. De cuando en cuando resonaban en el pavimento unos pasos y junto a mí pasaba un transeúnte muy abrigado, caminando rápidamente para no perder el calor, y sin duda anticipando con impaciencia el placer del hogar encendido, las cortinas corridas sobre las ventanas heladas y la bienvenida de sus amigos; pero el aire no tardó en oscurecerse, empezó a caer la noche, encontré cada vez menos gente y seguí recorriendo las calles desiertas. Me tambaleaba en medio del blanco silencio, inconsolable como si pisara las calles de una ciudad sepultada; a cada paso me sentía más débil y fatigada, y algo del horror de la muerte me apretaba el corazón. De pronto, al dar vuelta a una esquina, alguien se acercó a mí junto a un farol y una voz me preguntó cortésmente cómo llegar a la calle Avon. Escuchar una voz humana fue una sorpresa abrumadora que me robó las pocas fuerzas que me quedaban; caí por tierra hecha un ovillo y rompí a sollozar, a llorar, a reír, presa de un violento ataque de histeria. Había salido dispuesta a morir y en el momento de cruzar el umbral de la casa donde hallara albergue me despedí conscientemente de todas las esperanzas y todos los recuerdos; la puerta se cerró detrás mío con un ruido atronador y sentí que una cortina de hierro había caído sobre los breves episodios de mi vida, que muy poco me restaba en un mundo de sombra y tristeza: entraba en escena en el primer acto de la muerte. Luego fue mi vagar por la niebla, mientras la blancura envolvía todas las cosas, a través de calles solitarias y en el silencio amortecido, hasta que la voz se dirigió a mí como si hubiese muerto y ahora volviese a la vida. Tardé unos minutos en dominarme y al ponerme de pie me vi frente a un caballero de edad madura y aspecto respetable, vestido con discreta elegancia. Me miró con expresión de piedad y, antes que atinara a decirle que no conocía el barrio, pues lo cierto es que no tenía la más mínima idea de dónde me

hallaba, fue él quien habló:

—Mi querida señora, parece usted en graves apuros. No se imagina cuánto me alarma. ¿Me permite preguntarle qué le sucede? Le aseguro que puede confiar en mí.

—Es usted muy amable, pero me temo que no hay nada que hacer —le respondí—. No me queda ninguna esperanza.

—¡Qué tontería! Es usted demasiado joven para hablar así. Venga conmigo, caminemos juntos un poco y explíqueme sus dificultades. Tal vez pueda yo ayudarla.

Había algo de tranquilizador y persuasivo en sus modales y, caminando a su lado, tras contarle en pocas palabras mi historia, le confesé la desesperación que me abrumara casi hasta la muerte.

—Hizo usted mal en darse por vencida tan completamente —me dijo cuando terminé de hablar—. Un mes es demasiado poco tiempo para abrirse camino en Londres. Londres, permítame que se lo diga, Miss Lally, no es una ciudad abierta y sin defensas, sino una plaza fuerte, rodeada de un doble foso de lo más intrincado. Como ocurre siempre en las grandes ciudades, las condiciones de vida se han vuelto en extremo artificiales; el hombre o la mujer que pretenda conquistar la plaza se encontrará, no con una simple estacada, sino con varias líneas apretadas de trampas, minas y otros mecanismos, que sólo pueden superar los atacantes de rara habilidad. Usted, en su inocencia, creyó que bastaba gritar ante las murallas para verlas desplomarse, pero ya ha pasado la época de victorias tan sorprendentes. Animo, señorita; no pasará mucho tiempo sin que aprenda usted el secreto del éxito.

—¡Ah, señor! —le respondí—. No dudo de que sus conclusiones sean exactas, pero en este momento estoy a punto de morir de hambre. Habla usted de un secreto: dígamelo, por amor de Dios, si tiene usted alguna compasión de mis sufrimientos.

Se rió de buena gana:

—Eso es lo más curioso. Quienes conocen el secreto no pueden decirlo, aunque quieran; es tan inefable como la doctrina central de la masonería. Pero le diré una cosa: que por lo menos ha entrado usted en la corteza del misterio —y volvió a reírse.

—No se burle de mí, se lo ruego —le dije—. ¿Qué he hecho yo, *que sais-j?* Soy tan ignorante que no tengo la menor noción de cómo ganarme la próxima comida.

—Perdóneme. ¿Me pregunta usted qué ha hecho? Se ha encontrado usted conmigo. No discutamos más. Veo que se ha educado usted misma, la única manera de educarse que no es infinitamente perniciosa y, por mi parte, yo ando en busca de una institutriz para mis hijos. Me llamo Gregg; soy viudo desde hace unos años. Le ofrezco a usted el puesto que he dicho y un sueldo de, digamos, cien libras al año.

Sólo alcancé a balbucear mi agradecimiento y, deslizándome en la mano una tarjeta con sus señas, y un billete a modo de arras, Mr. Gregg

se despidió de mí, pidiéndome que fuese a verlo pasados uno o dos días.

Así fue como conocí al profesor Gregg, y no es de extrañar que el recuerdo de la desesperación y del viento glacial que sopló sobre mí desde las puertas de la muerte me hiciera ver en él a un segundo padre. No había terminado la semana y ya estaba instalada en mis nuevas funciones. El profesor tenía alquilado un antiguo caserón de ladrillo en uno de los suburbios al oeste de Londres y aquí empecé un nuevo capítulo de mi vida, rodeada de agradables jardines y huertos, apaciguada por el murmullo de los viejos olmos que agitaban sus ramas sobre el tejado. Usted que conoce las ocupaciones del profesor no se sorprenderá si le digo que la casa se hallaba repleta de libros y que, en los grandes salones de la planta baja, hasta el último rincón estaba ocupado por vitrinas de objetos exóticos y a veces horrendos. Gregg, hombre enteramente dedicado al estudio, no tardó en comunicarme algo de su entusiasmo e hice lo posible por compartir su pasión por la investigación científica. En unos cuantos meses llegué a ser no tanto la institutriz de sus hijos cuanto su secretaria; muchas noches he pasado sentada a la mesa del escritorio, a la luz de la lámpara, mientras él, caminando de un lado a otro frente a la chimenea encendida, me dictaba las páginas de su *Manual de Etnología*. Sin embargo, en medio de todos estos trabajos tan serios y exactos, creí notar siempre algo oculto, la aspiración y el deseo de otra cosa a la que no hacía alusión; una y otra vez se interrumpía en lo que iba diciendo para sumirse en un trance, en el ensueño de alguna lejana aventura de descubrimiento. Terminado al fin el manual comenzamos a recibir pruebas de imprenta, cuya primera lectura me encomendó el profesor antes de encargarse de la revisión final. Durante este tiempo parecía cada vez menos interesado por lo que tenía entre manos, y al cabo me entregó un ejemplar del libro recién impreso con la carcajada alegre de un colegial que termina el curso:

—He cumplido mi palabra —me dijo—. Prometí escribirlo y está hecho. Ahora tendré libertad para cosas más raras. Le confieso, Miss Lally, que aspiro a la fama de un Colón; espero que me verá usted en el papel de explorador.

—Muy poco queda por explorar —le contesté—. Para eso ha nacido usted unos cuantos siglos demasiado tarde.

—A mi juicio, se equivoca —dijo el profesor— Aún quedan por descubrir, no lo dude, países muy curiosos y continentes de la más vasta extensión. Créame, Miss Lally, vivimos rodeados de sacramentos y misterios que no nos atrevemos a desentrañar; todavía no sabemos lo que seremos. Le aseguro que la vida no es nada muy sencillo, sino algo más que la masa de materia gris o el montón de venas y músculos que el bisturí del cirujano pone al desnudo. El hombre es el secreto que me dispongo a explorar y antes de descubrirlo tendré que atravesar mares agitados, océanos, nieblas de miles de años. Recuerde el mito de la Atlántida. ¿Y si acaso es verdad y soy yo el llamado a descubrir esa tierra maravillosa?

Mientras hablaba advertí la excitación que hervía bajo sus palabras.

Sus facciones reflejaban la pasión del cazador; veía ante mí un hombre que se creía convocado a un torneo con lo desconocido. De pronto sentí alegría al pensar que, de alguna manera, lo acompañaba en la aventura, y me ganó también la vehemencia de la caza, sin que se me ocurriera preguntarme cuál debía ser nuestra presa.

A la mañana siguiente el profesor Gregg me llevó a su estudio y me enseñó un gran casillero arrimado contra la pared. Cada compartimiento estaba designado con una etiqueta y de esta manera los resultados de años de labor quedaban clasificados en muy poco espacio.

—Aquí está mi vida entera —dijo—. Aquí están todos los datos que he reunido con tanto trabajo y, sin embargo, todo esto no es nada. No, no es nada comparado a lo que voy a intentar ahora. Mire usted esto —y fuimos hasta un antiguo escritorio, un mueble desmedrado y fantástico en una esquina de la habitación. El profesor abrió uno de los cajones, que estaba cerrado con llave.

—Unos pedazos de papel —siguió diciendo, mientras señalaba el interior—, y una piedra negra con unas cuantas toscas marcas y arañazos: eso es todo lo que guardo aquí. Vea usted este viejo sobre, con un sello rojo oscuro de hace veinte años; pero en el dorso he escrito, a lápiz, unas pocas líneas; aquí tengo una hoja manuscrita y aquí varios recortes de pequeños periódicos de provincias. Si me pregunta usted los hechos que son tema de la colección, no le parecerán nada extraordinario: la sirvienta de una granja que desapareció y de la que no volvió a saberse nada, un niño a quien se cree perdido en la montaña, unos garabatos en una piedra caliza, un hombre asesinado con el golpe de un arma misteriosa: ésta es la pista que debo seguir. Me dirá usted que para tales cosas hay una explicación: la muchacha puede haber huido a Londres, Liverpool o Nueva York; el niño puede estar en el fondo de un pozo de mina abandonado; las letras aparecidas en la roca pueden ser el capricho de un vagabundo. De acuerdo, todo lo admito, pero yo sé que tengo la verdadera clave. ¡Mire! —y me tendió un pedazo de papel amarillento.

Leí: *Caracteres inscritos en una piedra caliza, hallada en Grey Hills* y luego una palabra borrada, seguramente el nombre de un condado, y una fecha de hará unos quince años. Debajo se veían una serie de signos ilegibles, que recordaban un poco la forma de cuñas o dagas, tan raros y disparatados como los del alfabeto hebreo.

—Ahora el Sello —dijo el profesor Gregg, dándome la piedra negra que, aunque mucho mayor, era de unas dos pulgadas de largo, se parecía a esos instrumentos con que los fumadores atacan el tabaco de la pipa.

La levanté ante mí a la luz y advertí con sorpresa que los caracteres del papel se repetían en el Sello.

—Sí, son los mismos —confirmó el profesor— Las marcas se hicieron en la piedra caliza hace unos quince años, con una sustancia de color rojo. Los caracteres del Sello tienen, por lo menos, cuatro mil años. Tal vez mucho más.

—¿Es una broma? —le pregunté.

—No, ya he pensado en eso. No dedicaría mi vida a los juegos de un bromista. Todo lo he comprobado minuciosamente. Sólo hay otra persona que conoce la existencia misma del Sello Negro. Hay más razones, que no puedo explicarle ahora.

—¿Pero qué significa todo esto? No comprendo a qué conclusión llevan estas cosas.

—Mi querida Miss Lally, ésa es una pregunta que prefiero dejar sin respuesta durante cierto tiempo. Quizá nunca llegue a saber los secretos que aquí se encierran: una serie de vagos indicios, algunas tragedias de pueblo, unas cuantas marcas de tierra roja sobre una peña y un Sello antiquísimo. ¿Los datos son insuficientes? En total, media docena de hechos y hace veinte años ni siquiera hubiera podido reunirlos. ¿Quién sabe qué espejismo, qué *térra incógnita* puede haber más allá? Estoy mirando por encima de aguas muy profundas, Miss Lally, y la tierra que diviso al otro lado bien puede ser, a fin de cuentas, un espejismo. Pero no creo que así sea y dentro de unos meses sabremos si tenía o no razón.

Una vez a solas traté de escudriñar el misterio, preguntándome a qué meta era posible llegar partiendo de datos tan dispares e insólitos. No creo estar enteramente desprovista de imaginación ni me faltaban buenas razones para respetar el rigor intelectual del profesor; no obstante, el cajón me parecía contener tan sólo materiales para una fantasía y en vano intenté representarme la teoría que podía construirse a partir de los fragmentos que tenía ante mí. En todo lo que había visto y oído no distinguía sino el primer capítulo de una novela extravagante, pero en el fondo del corazón ardía de curiosidad y, desde entonces, cada vez que veía al profesor Gregg, buscaba ansiosamente en su expresión un indicio de lo que iba a suceder.

La señal vino una noche después de la cena.

—Espero que los preparativos no sean para usted mucha molestia —me dijo de improviso—. Dejaremos esta casa dentro de una semana.

—¡No me diga! —exclamé, asombrada—. ¿Y adónde vamos?

—He alquilado una casa de campo en el oeste de Inglaterra, cerca de Caermon, un pueblecito que en otro tiempo fue una ciudad y sede de una legión romana. Es un sitio aburrido, pero el campo es precioso y el aire muy sano.

Le brillaban los ojos y adiviné que esta súbita mudanza guardaba relación con nuestra conversación de unos días antes.

—Llevaré conmigo unos pocos libros y nada más. Las demás cosas quedarán aquí hasta nuestro regreso. Voy a tomarme vacaciones —añadió el profesor, sonriéndome—, y no me pesará abandonar durante un tiempo mis viejas piedras y huesos y demás adefesios. Hace treinta años que me ocupo de hechos, sabe usted, y ha llegado la hora de la imaginación. Los días pasaron volando. Me daba cuenta de que el profesor no podía más de excitación contenida y apenas pude dar crédito a mis ojos al ver su gesto de impaciencia cuando dejamos el viejo caserón para emprender el viaje. Partimos al mediodía y al atardecer llegamos a una pequeña estación

rural. Me sentía cansada y ansiosa, el resto del trayecto me parece un sueño. Primero atravesamos las calles desiertas de una aldea olvidada, mientras la voz del profesor Gregg hablaba de la Legión Augusta, el fragor de las armas y la pompa impresionante que seguía por todas partes a las águilas romanas. Luego vimos un ancho río, que venía muy crecido, con las últimas luces de la tarde centelleando suavemente sobre las aguas amarillas y, más adelante, varios grandes prados y sembrados de trigo, mientras el estrecho camino serpenteaba entre el agua y la ladera. Por fin comenzamos a subir y el aire se hizo enrarecido. Mirando hacia abajo divisé la neblina blanca e impalpable que marcaba el curso del río como una mortaja, y toda la región vaga y sombría: imágenes y ensueños de colinas onduladas y bosques colgantes, el perfil impreciso de las montañas y, a lo lejos, sobre la sierra, un fulgor intolerable que se convertía en una columna de llamas para apagarse un instante más tarde en un rojo oscuro y profundo. El coche subía despacio y me pareció sentir el aliento fresco y el secreto del gran bosque que estaba sobre nosotros; tenía la impresión de vagar por su más honda espesura, sentía el rumor del agua que gotea, el perfume de las hojas verdes y el soplo de la noche de verano. Al cabo nos detuvimos y a duras penas distinguí la forma de la casa mientras aguardaba un momento entre las columnas de la entrada. El resto de la tarde fue un sueño de cosas extrañas, rodeadas por el gran silencio del bosque, el valle y el río.

Al día siguiente, cuando me desperté en mi dormitorio grande y anticuado y me asomé a la ventana, descubrí que, bajo el cielo gris de la mañana, la región seguía llena de misterio. Todo parecía cosa de encantamiento: el hermoso valle alargado, el río de curso sinuoso, atravesado por un puente medieval de arcos de piedra, la clara presencia de las tierras altas, a lo lejos, y los bosques que sólo divisara entre sombras la noche anterior. El aire suave que entraba por la ventana abierta no era como ninguna otra brisa. Miré por encima del valle las colinas, que se levantaban una tras otra como las olas del mar mientras, más cerca, una columna de humo azulado se elevaba de una antigua granja, al pie de una abrupta pendiente coronada de un oscuro bosque de abetos; más allá trepaba la cinta blanca del camino antes de perderse en una región inimaginable. Todo el paisaje estaba circundado por la gran muralla de la sierra, que crecía hacia el oeste y terminaba como una fortaleza en una brusca ascensión y un túmulo abovedado que se recortaba contra el cielo.

Bajo mis ventanas, el profesor Gregg iba y venía por las terrazas, saboreando con toda evidencia una sensación de felicidad tan sólo de pensar que se había despedido por un tiempo de sus obligaciones. Cuando llegué a su lado me dijo, con acento de exaltación, señalando el valle y la curva del río bajo las amenas colinas:

—Sí, es una región extrañamente hermosa y, al menos para mí, llena de misterio. ¿No ha olvidado usted, Miss Lally, lo que le mostré en el cajón del escritorio? No, y sin duda adivina que no hemos venido aquí sólo por la salud de los niños y el aire puro.

—Creo que eso lo sospechaba —le respondí—, pero recuerde usted

que no sé una palabra de sus investigaciones; lo que soy incapaz de adivinar es la relación entre ellas y este valle maravilloso.

—No crea usted que hago un misterio por gusto —se disculpó el profesor con una sonrisa—. Si no hablo es porque hasta ahora no hay nada que decir, nada definido que pueda ponerse negro sobre blanco, de manera tan segura, irreprochable y aburrida como en cualquier informe científico. Tengo, además, otra razón. Hace varios años me llamó la atención una noticia, leída por azar en un periódico, que de pronto me hizo concretar en una sola hipótesis las vagas ideas y especulaciones de muchas horas de ocio. Naturalmente, comprendí en el acto que avanzaba sobre un suelo quebradizo: mi teoría era fantástica y hasta disparatada, y por nada en el mundo la hubiese escrito para publicarla. Creí, en cambio, que ante algunos de mis colegas, hombres de ciencia que saben cómo se han hecho los descubrimientos y no ignoran que el gas que ahora nos alumbra fue también una hipótesis descabellada, podría contar mi sueño (la Atlántida o la piedra filosofal o lo que usted quiera) sin exponerme al ridículo. Comprobé que me equivocaba de medio a medio; mis amigos parecieron desconcertados, se miraron entre sí y advertí en sus ojos un poco de compasión y un poco de desprecio insolente. Uno de ellos me visitó al día siguiente para insinuarme que debía estar sufriendo de un agotamiento cerebral debido al exceso de trabajo. Hablando claro, piensa usted que me estoy volviendo loco, le dije; yo no lo creo. Lo acompañé hasta la puerta sin disimular mi mal humor y, a partir de ese día, juré no decirle a nadie más una sola palabra de mi teoría: usted es la única persona a quien he mostrado lo que contiene el cajón. Después de todo, bien puedo estar completamente engañado; tal vez me haya dejado impresionar por una simple coincidencia; pero aquí, en medio del silencio misterioso, en la soledad de estos bosques y colinas, me siento más seguro que nunca de que estoy siguiendo el buen rastro. Vamos, es hora de entrar. Todo esto me sorprendía e interesaba vivamente. Sabía muy bien que en sus investigaciones el profesor Gregg se adelantaba paso a paso, reconociendo a cada instante el terreno que pisaba y sin aventurar nunca una afirmación, a menos que dispusiera de una prueba irrefutable. No obstante, ahora me daba cuenta, más por la vehemencia del tono y la mirada que por sus palabras, de que se hallaba poseído por una visión casi increíble; y yo, que aun con algo de imaginación era muy escéptica, me sobresaltaba ante el menor anuncio de lo maravilloso y no podía dejar de preguntarme si acaso el profesor no era víctima de una monomanía, si no excluía de este único tema el método científico que aplicara en todos sus demás trabajos.

Sin embargo, aun con esta imagen de misterio siempre presente en mi espíritu, me rendí enteramente al encanto del sitio. Sobre la vieja casa de la ladera comenzaba el gran bosque, una línea larga y oscura vista desde las colinas del otro lado, que se extendía varias millas de norte a sur encima del río, y que al norte terminaba en parajes todavía más inhóspitos, montes crudos y yermos, páramos y quebradas, región extraña que nadie visita, más desconocida para los ingleses que el corazón mismo del África. La casa sólo estaba separada del bosque por un par de campos en aguda pendiente, y los niños me seguían de buena gana

por los estrechos senderos que, pasando entre matorrales y muros de hayas relucientes, iban a dar al punto más elevado. Desde ese lugar mirábamos, de un lado, a través del río, los campos que se hundían y levantaban hasta llegar a la gran muralla de la sierra, al oeste; del otro, las ondas de los árboles innumerables del bosque, los prados y terrenos llanos y, al fondo, el delgado perfil de la costa y el mar amarillo y esplendoroso. Aquí solía sentarme, en la hierba calentada por el sol que marcaba el trazado de la Calzada Romana, mientras los dos niños corrían en torno recogiendo bayas. Aquí, bajo el hondo cielo azul y las grandes nubes, viejos galeones de velas hinchadas que navegaban del mar a las montañas, vivía sólo para mi deleite, escuchando el susurro mágico del bosque antiquísimo; más tarde creía recordar extrañas cosas cuando, al volver a casa, encontraba al profesor Gregg encerrado en la pequeña habitación que le servía de estudio o paseando por la terraza, con la mirada paciente y entusiasta de quien está absorbido en su búsqueda.

Una mañana, a los ocho o nueve días de llegar, me asomé a la ventana para descubrir que el paisaje se había transformado. Las nubes, muy bajas, ocultaban las montañas del oeste; un viento del sur arrastraba gruesas columnas de lluvia valle arriba, y el arroyo que pasaba bajo la casa, al pie de la colina, era un rojo torrente enfurecido que se arrojaba al río. Por fuerza tuvimos que quedarnos en casa, y cuando hube terminado con los niños fui a sentarme a un salón en cuyas viejas estanterías se amontonaban aún los restos de una biblioteca. Una o dos veces había echado un vistazo a los libros pero ninguno me llamó la atención; eran colecciones de sermones del siglo dieciocho, un viejo tratado de albeitería, una antología de poemas escritos por «persona de calidad», la *Connection* de Prideaux y algún tomo suelto de Pope: parecía indudable que todo lo que tuviera valor o interés había sido retirado. Ese día volví a examinar con verdadera desesperación las mohosas encuadernaciones de becerro o pergamino y, para mi grata sorpresa, encontré un magnífico volumen en cuarto, impreso por los Stephani, que contenía los tres libros de Pomponio Mela, *De Situ Orbis*, junto con otros geógrafos de la Antigüedad. Sé bastante latín como para orientarme en un texto no muy complicado y pronto quedé absorta en la curiosa mezcla de fantasía y realidad, la luz que resplandece en un espacio reducido del mundo mientras que alrededor sólo hay niebla, sombras y formas atroces. Recorriendo las páginas de nítidos caracteres puse los ojos en el título de un capítulo de Solino y leí las palabras:

Mira de intimis gentibus Libyae, de lapide Hexecontalitho.

«Prodigios de las gentes que habitan el interior de Libia y de la piedra llamada Sesenta».

Me atrajo lo curioso del título y seguí leyendo:

Gens ista avía et secreta habitat, in montibus horrendis foeda mysteria celebrat. De hominibus nihil aliud illi praeferunt quam figuram, ab humano ritu prorsus exulant, oderunt deum lucís. Stridunt potius quam loquuntur; vox absona nec sine horrare auditur. Lapide quodam glorianatur, quem Hexecontalithon vocant; dicunt enim hunc lapidem

sexaginta notas ostendere. Cujus lapidis nomen secretum ineffabile colunt: quod Ixaxar.

«Estas gentes —traduje para mí— habitan lugares remotos y ocultos, y en los montes horribles celebran inmundos misterios. Nada tienen en común con los hombres, salvo el rostro, y las costumbres humanas les son enteramente ajenas; aborrecen el sol. Chillan más que hablan; sus voces son desapacibles y no pueden oírse sin horror. Se jactan de una piedra que llaman Sesenta, porque dicen que en ella se leen sesenta caracteres. Esta piedra tiene un nombre secreto e inefable, que es Ixaxar».

Me reí de la rara incoherencia de esta página, que juzgué digna de Simbad el Marino o de cualquier suplemento de las *Mil y una noches*. Ese día, al encontrarme con el profesor Gregg, le hablé de mi descubrimiento en la biblioteca y de los fantásticos disparates que había estado leyendo. Cuál no sería mi sorpresa al ver que me escuchaba con el más vivo interés.

—Muy curioso, por cierto —dijo—. No creía que valiese la pena leer a los geógrafos antiguos y veo que he perdido mucho. ¡Ah!, éste es el pasaje. Es una vergüenza robarle su entretenimiento, pero creo que debo llevarme el libro.

Al día siguiente el profesor me mandó llamar al estudio. Lo encontré sentado a la mesa, sobre la cual daba la luz de la ventana, mirando algo muy atentamente a través de una lupa.

—Miss Lally. quisiera valerme de sus ojos —comenzó diciendo—. Esta lupa es bastante buena, pero no se puede comparar con la que dejé en la ciudad- -Le importaría mirar usted misma y decirme cuántos caracteres hay inscritos?

Me entregó el objeto que tenía en la mano. Era el Sello Negro que me había mostrado en Londres, y el corazón me latió más de prisa al pensar que estaba a punto de saber algo. Tomé el Sello y, llevándolo bajo la luz, conté una a una las grotescas inscripciones en forma de dagas.

—Yo cuento sesenta y dos —dije al terminar.

—¿Sesenta y dos? ¡Qué dice usted! Es imposible. ¡Ah!, veo lo que ha pasado. Cuenta usted esta y esta otra —y señaló dos marcas, que a mis ojos pasaban por letras iguales a las demás.

—Sí, sí —añadió el profesor Gregg—, pero es claro que se trata de dos rasguños, hechos por azar, me di cuenta en el acto. Está muy bien, entonces; muchas gracias, Miss Lally.

Ya me iba, más bien decepcionada de que me hubiese llamado sólo para contar las marcas del Sello Negro, cuando de pronto recordé lo que leyerá el día anterior.

—¡Profesor Gregg! —exclamé, casi sin aliento—. ¡El Sello, el Sello! Es la piedra *Hexecontalithos* de que habla Solino; es Ixaxar.

—Sí, supongo que sí —contestó—. O podría ser una simple coincidencia. En estas cosas, ya lo sabe usted, no se está nunca

demasiado seguro. La coincidencia mató al profesor.

Salí del estudio intrigada por lo que había escuchado y sin hallar el hilo que me guiara en el laberinto de hechos tan extraños. El mal tiempo duró tres días y pasó de una lluvia torrencial a una espesa neblina, húmeda y fría; teníamos la impresión de vivir en el centro de una nube blanca que nos aislaba como un velo del resto del mundo. El profesor Gregg, encerrado en su despacho, no parecía dispuesto a hacer confidencias ni a sostener conversaciones de ninguna clase; lo oía caminar de un lado a otro, con paso rápido e impaciente, como si estuviese harto de tanta inacción. Al cuarto día amaneció el cielo despejado y mientras desayunábamos el profesor me dijo:

—Necesitamos más gente para el servicio de la casa, ¿no le parece? Un chico de quince o dieciséis años. Hay muchos trabajos menudos que quitan tiempo a las criadas y un chico los haría mucho mejor.

—Las criadas no se han quejado —le respondí—. Es más, Anne me decía que tiene mucho menos trabajo que en Londres, porque aquí casi no hay polvo.

—¡Ah, sí, excelentes muchachas! Pero creo que nos irá mucho mejor con un chico. Hace dos días que eso me tiene preocupado.

—¿Preocupado? —repetí, verdaderamente sorprendida, porque el profesor no se había interesado nunca en lo más mínimo por los asuntos de la casa.

—Sí —me dijo—, la culpa es del clima, ¿sabe usted? La verdad es que no podía salir con esa niebla escocesa; no conozco la región y me hubiera perdido. Pero esta misma mañana salgo en busca del chico.

—¿Y cómo sabe usted que encontrará justamente lo que busca por estos alrededores?

—Ah, eso no lo dudo. Tendré que andar a lo sumo una o dos millas, pero estoy seguro de encontrar al chico que necesito.

Pensé que se trataba de una broma, pero aunque el tono fuese de buen humor, había en las facciones del profesor algo de grave y decidido que me dejó perpleja. Echó mano del bastón, se detuvo en la puerta con aire de reflexionar, y me habló otra vez cuando yo pasaba por la sala.

—A propósito, Miss Lally, hay algo que quería decirle. Habrá oído usted que algunos chicos campesinos no son nada despiertos. Sería demasiado duro usar la palabra «idiotas»; creo que en la región los llaman «naturales» o algo así. Espero que no le importe si el muchacho que busco no resulta muy listo. Por supuesto, será enteramente inofensivo y para lustrar zapatos no se requieren grandes facultades mentales.

Dicho esto salió de la casa y lo vi alejarse por el camino que lleva al bosque. Me quedé estupefacta. Por primera vez se añadía a mi asombro una súbita nota de terror: no sé en qué momento surgió, y yo misma no logré explicármelo, pero sentí en el corazón un frío mortal y ese miedo de lo desconocido que carece de forma y es peor que la propia muerte. Traté de hallar valor en la brisa suave que soplaba del mar y en la luz del sol

después de la lluvia, pero los bosques misteriosos parecían oscurecerse a mi alrededor, y la imagen del río demorándose entre los cañaverales, y el gris plateado del antiguo puente, infundieron en mi espíritu símbolos de un vago temor, tal como la imaginación de los niños les hace sentir miedo de las cosas más sencillas y familiares.

El profesor Gregg regresó dos horas más tarde. Lo encontré mientras venía por la carretera y le pregunté si había dado con el chico.

—Sí, por cierto —me contestó—. Encontré uno muy fácilmente. Se llama Jervase Cradock y creo que puede sernos muy útil. Su padre murió hace varios años y la madre, con quien hablé, parece muy contenta de disponer los sábados por la noche de unos cuantos chelines que no se esperaba. Como me lo suponía, no es muy despierto, y la madre dice que a veces tiene convulsiones, pero como no se encargará de la vajilla eso no tiene importancia, ¿no le parece? No es peligroso, en absoluto, sólo un poco retrasado.

—¿Cuándo viene?

—Mañana a las ocho de la mañana. Anne le dirá lo que debe hacer y cómo hacerlo. Al comienzo se irá todas las noches, pero luego tal vez le convenga más dormir aquí y volver a su casa sólo los domingos.

Nada podía yo contestar. El profesor Gregg hablaba tranquilamente, como si se tratase de algo muy natural y, en efecto, lo era, pero a pesar de ello no salía yo de mi asombro. Sabía muy bien que las sirvientas no necesitaban ayuda de nadie y lo más inquietante de todo me parecía el haberse cumplido al pie de la letra la predicción de que el muchacho resultaría un poco «simple». A la mañana siguiente la criada me dijo que estaba tratando de enseñarle al chico Cradock, que había llegado a las ocho, algo que fuese de alguna utilidad. «El pobre no ha inventado la pólvora, señorita», añadió por único comentario. Lo vi yo misma unas horas más tarde, mientras ayudaba al viejo encargado del jardín. Era un chico de unos catorce años, de ojos negros, pelo negro y piel aceitunada, y en cuanto reparé en la extraña expresión vacía de los ojos comprendí que se trataba de un retrasado mental. Se tocó torpemente la frente al verme y lo oí que respondía al jardinero con una voz áspera y desagradable que me llamó la atención; se hubiera dicho alguien que hablara desde el fondo de la tierra, con ruidos sibilantes como los chirridos del fonógrafo cuando la punta raspa el cilindro. Luego me dijeron que estaba ansioso de hacer lo que podía, que era dócil, obediente y —me lo aseguró Morgan, el jardinero, que conocía a la madre— completamente inofensivo.

—Siempre ha sido un poquito tocado —me dijo—, y no es de extrañar, con lo que sufrió la madre antes de que naciera. Yo conocía bien al padre, Thomas Cradock, que por cierto fue un artesano de primera. Le dio no sé qué al pulmón de tanto trabajar la madera húmeda, no se repuso nunca y un buen día se murió, de repente. Dicen que Mr. Cradock perdió la cabeza; la encontró Mr. Hyller, Ty Coch, perdida por allá, en los Grey Hills, llora que te llora como alma en pena. Jervase nació ocho meses después y, como le iba diciendo, fue siempre un poco tocado.

Dicen que apenas sabía caminar y ya les pegaba unos sustos tremendos a los demás chicos con los ruidos que hacía.

Algo de lo que dijo el jardinero me sonaba a conocido y despertó mi curiosidad; sin saber muy bien por qué, le pregunté dónde se hallaban los Grey Hills.

—Allá arriba —respondió, señalando a lo lejos—. Pasa usted ante la taberna del Zorro y los Perros y atraviesa el bosque por las viejas ruinas. Es a unas cinco millas, un lugar de lo más raro. Dicen que no hay tierras más pobres de aquí a Monmouth, aunque se encuentran buenos pastos para ovejas. Sí, triste cosa lo de la pobre Mrs. Cradock.

El viejo volvió a sus tareas y yo seguí paseando por el sendero entre los espaldares secos y retorcidos por los años, dándole vueltas a la historia y tratando de precisar el detalle que me recordaba algo. De pronto comprendí: había visto el nombre de los Grey Hills en el recorte amarillento que el profesor Gregg sacó del cajón de su escritorio. Una vez más temblé a un tiempo de curiosidad y de miedo; recordé los extraños caracteres copiados de la roca caliza; iguales a los inscritos en el antiguo Sello, y las fábulas fantásticas del geógrafo latino. Supe más allá de toda duda que, a menos que la coincidencia hubiese montado la escena y dispuesto estos improbables acontecimientos con el arte más refinado, no tardaría en ser espectadora de hechos muy ajenos al tráfago habitual de la vida. A partir de entonces no dejé pasar un solo día sin observar al profesor Gregg. Me di cuenta de que seguía la pista con ansiedad, hasta tal punto que adelgazaba a simple vista. Al atardecer, cuando caía el sol en el horizonte de la sierra, el profesor caminaba de un lado a otro por la terraza sin levantar la vista del suelo, mientras la niebla se extendía por el valle, la quietud del crepúsculo acercaba las voces distantes y una columna de humo azul surgía de la chimenea que se levantaba en forma de rombo sobre la granja gris, al igual que la mañana de mi llegada. He dicho que era de inclinación escéptica pero, aunque entendía poco o nada, empecé a sentir miedo y de nada me valía repetirme los dogmas científicos, según los cuales la vida es sólo un fenómeno material y en el sistema del universo no quedan tierras por descubrir, ni siquiera en las más remotas estrellas donde lo sobrenatural tiene su asiento. En medio de estas reflexiones me asaltaba la idea de que, en realidad, la materia es tan terrible y desconocida como el espíritu, y de que la propia ciencia sólo llega hasta el umbral y apenas si logra atisbar los prodigios del interior.

Un día se destaca sobre los demás como un faro rojo que anuncia las desgracias por venir. Estaba sentada en una banca, mirando al chico Cradock ocupado en arrancar las malas hierbas del jardín, cuando de pronto me sobresaltó un ruido brusco y ahogado, como el gruñido de una fiera acosada, y vi con indecible horror que el pobre muchacho se ponía a temblar y a sacudirse, como si le pasaran descargas eléctricas por el cuerpo; le crujían los dientes, echaba espuma por la boca y la cara bichada y amoratada se convirtió en una máscara horrenda de humanidad. Grité aterrada y el profesor Gregg acudió corriendo; señalé a Cradock, que en ese momento caía de bruces al suelo, con un estremecimiento convulsivo, y quedó sobre la tierra mojada, retorciéndose

como un gusano aplastado y dejando escapar un balbuceo inconcebible, mezcla de gorgoteo y silbido. Parecía hablar una jerga abominable, con palabras o sonidos como palabras, de una lengua olvidada en la noche de los tiempos, sepultada bajo el lodo del Nilo o en lo más profundo de la selva mexicana. Durante un instante pensé, mientras mis oídos se rebelaban contra el clamor insoportable: «éste es el idioma del infierno», y luego grité otra vez, y otra vez, y hui aterrada para buscar refugio en mi propia alma. Había visto la cara del profesor Gregg cuando se inclinaba sobre el desgraciado muchacho y me espantó la expresión de triunfo que resplandecía en sus facciones. Ya en mi habitación, con las persianas corridas y la cara entre las manos, sentí en los bajos un ruido pesado de pasos y me dijeron que el profesor Gregg había cargado a Cradock hasta su estudio donde se encerró con él. Escuché unos murmullos incomprensibles y temblé al Pensar lo que podía estar sucediendo tan cerca de donde me hallaba; hubiera querido escaparme al bosque y a la luz del sol, y me detenía el miedo de lo que pudiera ver por el camino. Al fin, con la mano en el tirador de la puerta, oí la voz del profesor que me llamaba alegremente:

—Ya pasó todo, Miss Lally —decía—. El pobre se siente mejor y he decidido que a partir de mañana dormirá en la casa. Tal vez pueda hacer algo por él.

—Sí, fue algo muy duro de ver y no me sorprende que se asustara usted —me dijo poco más tarde—. Bien alimentado, el muchacho se repondrá un poco, aunque me temo que nunca se curará del todo.

El profesor Gregg afectaba el aire compungido con que se habla de una enfermedad incurable, pero yo adivinaba el placer que sentía y que luchaba por expresarse. Era como mirar la superficie clara y tranquila del mar y distinguir al fondo corrientes agitadas, olas de tormenta estrellándose unas contra otras. Me ofendía y torturaba el enigma de este hombre, que con tanta generosidad me rescatara a las puertas de la muerte, que en todas las relaciones de su vida se mostraba lleno de bondad y compasión, capaz de las más finas atenciones, pero que, por una vez, se encontraba del lado de los demonios y disfrutaba perversamente con los padecimientos de un pobre muchacho enfermo. Me esforzaba por hallar la solución pero no disponía del más leve indicio y, asediada por tantos misterios y contradicciones, empezaba a preguntarme si, a fin de cuentas, no había pagado un precio demasiado alto por salvarme esa tarde de la niebla blanca del suburbio. Insinué ante el profesor algo de lo que pensaba; dije lo suficiente para hacerle saber que estaba sumida en la más absoluta perplejidad, pero lamenté en el acto haber hablado, pues su rostro se torció en un espasmo de dolor.

—¿No estará pensando en dejarnos, mi querida Miss Lally? —dijo—. No, no, ni siquiera lo piense. No sabe hasta qué punto cuento con usted, cómo voy hacia adelante lleno de confianza porque estoy seguro de que se encuentra usted aquí velando por mis hijos. Usted, Miss Lally, es mi retaguardia, puesto que —permítame que se lo diga— lo que traigo entre manos entraña cierto peligro. No ha olvidado usted lo que le dije la mañana que llegamos a esta casa. No puedo decir una palabra más: ya

conoce usted mi antigua y firme decisión de no proponer hipótesis ingeniosas o vagas suposiciones, sino tan sólo hechos indiscutibles, seguros como una demostración matemática. Piénselo bien, señorita. No la retendría aquí ni un solo instante en contra de sus principios, pero estoy convencido, y se lo digo francamente, de que su deber se encuentra aquí, en medio de estos bosques.

Me conmovió la elocuencia del tono y también el recuerdo de que, después de todo, este hombre había sido mi salvación: le tendí la mano prometiéndole que lo serviría lealmente y sin preguntarle nada. Unos días después vino de visita el rector de nuestra iglesia —una iglesita gris, severa y pintoresca, construida en las márgenes mismas del río, desde donde miraba ir y venir las mareas— y el profesor Gregg no tuvo dificultad en convencerlo para que se quedase a cenar con nosotros. Mister Meyrick pertenecía a una antigua familia de *squires*, cuya vieja casa solariega se levantaba entre las colinas, a unas siete millas de distancia; estas raíces hacían de él un tesoro viviente de las costumbres y tradiciones de la región, ahora casi desvanecidas. Era hombre agradable, ligeramente excéntrico, y se ganó la simpatía del profesor Gregg; a los quesos, cuando un sutil borgoña inició sus encantaciones, los dos hombres resplandecían como el vino, conversando de filología con el entusiasmo de un burgués por el almanaque nobiliario. El rector exponía la pronunciación de la *//* galesa, produciendo sonidos en todo semejante al murmullo de sus arroyos nativos, cuando intervino el profesor Gregg.

—A propósito —dijo—, el otro día escuché una palabra muy curiosa. Usted conoce a mi pobre muchacho, Jervase Cradock. Ha tomado la mala costumbre de hablar solo y anteayer, mientras caminaba por el jardín, tuve ocasión de escucharlo, aunque él no se dio cuenta de mi presencia. No entendí gran cosa de lo que decía, pero oí claramente una palabra, un sonido extraño, medio sibilante y medio gutural, tan raro como esas *//s* que ha estado usted pronunciando. No sé darle una idea: era algo así como «ishakshar», si bien la *k* debería ser una *chi* griega o una jota española. ¿Qué quiere decir eso en galés?

—¿En galés? —contestó el rector—. No existe en galés tal palabra ni ninguna otra que se le parezca ni remotamente. Conozco el galés culto y los dialectos coloquiales tan bien como cualquiera, pero esa palabra no se ha usado nunca entre Anglesea y Usk. Por lo demás, ninguno de los Cradock habla una palabra de galés; en esta región la lengua está desapareciendo.

—¿De veras? —dijo el profesor—. Me interesa mucho eso que usted dice, Mr. Meyrick. Le confieso que la palabra no me sonaba a galés, pero pensé que podía ser una variante local.

—No, no he oído nunca esa palabra, ni nada parecido. Aún más —añadió el rector, sonriendo misteriosamente—, si la palabra pertenece a algún idioma, diría yo que es del idioma de las hadas, las *Ty-wydd Tég*, como las llamamos por aquí.

La conversación pasó al descubrimiento de una villa romana en los alrededores, y pronto salí del comedor y me senté a pensar en la

conjunción de indicios tan dispares. Había notado el ligero guiño que me hiciera el profesor al citar la curiosa palabra y, aunque la pronunció de manera grotesca, reconocí el nombre de la piedra de sesenta caracteres que figura en Solino, el Sello Negro que se guardaba en un cajón secreto del estudio, marcado para siempre por una raza extinguida con signos que nadie acertaba a leer, signos que bien podían ocultar hechos abominables ocurridos en otro tiempo y olvidados antes de que se formasen las colinas.

A la mañana siguiente, al bajar de mi habitación, me encontré al profesor Gregg que proseguía su eterno paseo por la terraza.

—Mire ese puente —me dijo al verme aparecer—. Observe el diseño gótico, tan singular, los ángulos entre los arcos y el gris plateado de la piedra a la luz de la mañana. A mis ojos es una imagen simbólica: debería ilustrar una alegoría mística del paso de un mundo a otro.

—Profesor Gregg —dije, sin levantar la voz—, ha llegado el momento de que yo sepa algo de lo que ha sucedido y de lo que va a suceder.

No me respondió de inmediato, pero esa tarde volví a la carga con la misma pregunta y el profesor no pudo contener su excitación:

—¿No entiende usted todavía? —exclamó—. Pero si ya le he dicho y mostrado muchas cosas; ha oído usted casi todo lo que he oído, ha visto lo mismo que he visto yo; o al menos —y su voz pareció helarse mientras hablaba—, lo bastante para que, en buena parte, esto sea claro como la luz. Los sirvientes deben haberle dicho que el pobre chico Cradock tuvo otro ataque anteanoche. Me despertó gritando con la voz que oyó usted en el jardín y fui a su lado: ruegue a Dios que no la haga ver nunca lo que vi esa noche. Pero es inútil hablar; el tiempo de que dispongo aquí se está acabando; dentro de tres semanas debo regresar a la ciudad, tengo un curso que preparar y necesito consultar mis libros. Unos días más y todo habrá terminado y ya no tendré que insinuar las cosas, ya no podrán ponerme en ridículo como si fuese un loco y un charlatán. No, hablaré claro y me escucharán con una emoción que quizá nadie ha despertado nunca en el pecho de los hombres.

Se detuvo: parecía irradiar la alegría de un grande y maravilloso descubrimiento.

—Pero todo eso es el futuro, el futuro próximo, por supuesto, pero siempre el futuro —siguió diciendo—. Todavía queda algo por hacer. ¿Recuerda usted haberme oído decir que mis investigaciones no dejaban de tener cierto peligro? Sí, habrá que hacer frente al peligro; no sabía hasta qué punto cuando hablé con usted y, en gran medida, sigo sin saberlo. Será una extraña aventura, la última de todas, el último eslabón de la cadena.

Caminaba de arriba abajo por la habitación mientras hablaba conmigo y en su voz se distinguían los tonos opuestos de la exaltación y el desánimo, o tal vez debiera decir del terror, el terror del hombre que se hace a la mar por aguas desconocidas, y pensé en su alusión a Colón la noche que me mostró el libro recién llegado de la imprenta. La tarde era un poco fría y los leños ardían en la chimenea del estudio donde nos

encontrábamos; la llama indecisa y el resplandor en las paredes me recordaban otros tiempos. Estaba sentada en un sillón junto al fuego, meditando en silencio en lo que había oído, siempre especulando vanamente sobre los secretos ocultos bajo la fantasmagoría de que fuera testigo, cuando de pronto me di cuenta de que se había producido un cambio en la habitación, que en su aspecto había algo de insólito. Pasé unos momentos mirando a mi alrededor, tratando de precisar el cambio: la mesa ante la ventana, las sillas, el sofá descolorido, todo se hallaba en su lugar. De repente, tal como viene a la memoria el recuerdo que buscábamos, comprendí lo que había cambiado. Frente a mí, del otro lado del fuego, veía el escritorio del profesor y, sobre él, un busto ennegrecido de Pitt que nunca antes estuviera en ese lugar. Su sitio era otro: al lado de la puerta, en la esquina más alejada, había un viejo armario encima del cual, a unos quince pies del suelo, estuvo siempre el busto acumulando polvo, sin duda desde los primeros años del siglo.

Me sentí atónita y creo que me quedé un buen rato sin decir palabra y sumida en la más completa confusión. Sabía muy bien que no teníamos en la casa una escalera de mano, pues había pedido una para arreglar las cortinas de mi dormitorio, y estaba segura de que sin una escalera era imposible, hasta para un hombre alto y de pie sobre una silla, retirar el busto, que no estaba colocado al borde del armario, sino al fondo, junto a la pared; añadiré todavía que el profesor Gregg era de estatura más bien inferior a la ordinaria.

—¿Cómo ha conseguido usted bajar el busto de Pitt? —pregunté al fin.

El profesor me miró extrañamente y pareció titubear un momento.

—¿Le encontraron una escalera de mano? ¿O quizá el jardinero trajo una de fuera?

—No, no tuve escalera de ninguna clase. Ahora bien, Miss Lally —dijo en tono de broma que sonaba un poco forzado—, aquí tiene usted un pequeño enigma, un problema a la manera del inimitable Holmes; ante usted se presentan los hechos claros y patentes; aguce el ingenio y encuentre la solución. ¡Por Dios! —gritó de pronto, y se le quebraba la voz—. ¡No hable más del asunto! Le digo que nunca he tocado ese busto —y salió del estudio con una expresión de horror en la cara. Le temblaban las manos cuando quiso cerrar la puerta detrás suyo.

Miré en torno mío con sorpresa, sin entender lo que había pasado, tratando de darle una explicación con vagas e inútiles suposiciones, admirándome de que una simple palabra, el cambio trivial de un adorno, bastara para remover aguas tan oscuras. «No tiene importancia, he tocado sin querer un punto sensible —me dije—; el profesor es quizá escrupuloso o supersticioso en cosas insignificantes y con mi pregunta he despertado uno de esos miedos que a nadie le gusta confesar, como quien mata una araña o derrama la sal ante una dueña de casa escocesa». Me hallaba sumida en esas amables sospechas, y hasta me felicitaba de ser inmune a terrores tan vanos, cuando la verdad me cayó sobre el corazón como un plomo y tuve que reconocer, helada de terror, que lo sucedido

debía de ser obra de una fuerza siniestra. El busto era del todo inaccesible; sin una escalera nadie podía tocarlo.

Fui a la cocina y, haciendo un esfuerzo por disimular mi emoción, le pregunté a la criada:

—¿Quién ha movido el busto que estaba sobre el armario, Anne? El profesor Gregg dice que él no ha sido. ¿Encontró usted una vieja escalera en el jardín?

—Yo no lo he tocado —me contestó—. Lo encontré donde está el otro día, cuando entré a limpiar el estudio. Fue el miércoles por la mañana, ahora me acuerdo, porque la noche antes Cradock se puso malo. Su cuarto está junto al mío, sabe usted señorita —siguió diciendo con voz quejumbrosa—, era horrible cómo gritaba y decía unos nombres que no se entendían. ¡Me pegó un susto! Entonces vino el señor, lo oí que hablaba, se llevó a Cradock a su estudio y le dio algo.

—¿Y a la mañana siguiente encontró usted el busto en otro sitio?

—Sí, señorita. Había un olor raro en el estudio, cuando entré tuve que abrir las ventanas; una verdadera pestilencia, me preguntaba qué podía ser. ¿Sabe usted, señorita? Hace tiempo fui al Zoológico de Londres con mi primo, Thomas Barker, yo tenía la tarde libre, eso fue cuando estaba de servicio en casa de Mrs. Prince, en Stanhope Gate, y entramos donde guardan los reptiles, para ver las serpientes, y había el mismo olor. ¡Me sentí más mal! Tuve que decirle a Barker que me sacara. Era el mismo olor que había en el estudio y yo me decía: ¿qué puede ser?, cuando veo el busto de Pitt sobre el escritorio del señor, y me digo: ¿quién ha hecho eso y cómo lo ha hecho? Al pasarle el plumero miré el busto y tenía una gran marca, está lleno de polvo, años y años que nadie lo limpia; en el polvo había una marca, pero no de dedos, sino una mancha ancha y grande. Puse la mano encima sin pensar y la mancha era húmeda y pegajosa, como si hubiera pasado un caracol. ¿Qué raro, no, señorita? ¿Quién lo habrá hecho y qué cosa será esa marca tan sucia?

La locuacidad bien intencionada de la muchacha me impresionó profundamente; fui a echarme a mi habitación, mordéndome los labios para no gritar de terror y desconcierto. Me sentía enloquecer de angustia. Creo que de haber sido de día hubiese huido en ese momento de la casa, olvidando todo valor y toda deuda de gratitud con el profesor Gregg, sin importarme que mi destino fuese una muerte lenta por hambre, con tal de librarme de la red de terror ciego y pánico que cada vez se apretaba con mayor fuerza en torno mío. Si supiera, pensaba, si sólo supiera lo que hay que temer, podría defenderme; pero en esta casa solitaria, rodeada por todas partes de negros bosques y altas montañas, el miedo surge a cada paso y la carne tiembla ante horribles sugerencias apenas susurradas. Era inútil que tratase de mostrarme escéptica o que recurriese al sentido común para sustentar mi fe en el orden natural, porque el aire mismo que entraba por la ventana abierta era un aliento misterioso, y en la oscuridad el silencio se hacía pesado y doliente como una misa de réquiem, mientras yo conjuraba imágenes de formas indecibles, que acudían a reunirse entre los juncos, a la orilla del río.

A la mañana siguiente, desde el momento en que me senté a la mesa del desayuno, sentí que la trama incomprensible llegaba a una crisis. El profesor, con expresión grave y decidida, apenas parecía oír nuestras voces cuando le hablábamos.

—Salgo a dar un paseo más bien largo —dijo acabando de comer—. No me esperen ustedes, ni piensen que me ha ocurrido algo si no vengo a cenar. En estos últimos días me siento un poco embotado y creo que una buena caminata me hará bien. Tal vez hasta pase la noche en alguna hostería, si encuentro una que me parezca, cómoda y limpia.

Escuchándolo comprendí, por la experiencia que tenía de su manera de ser, que no se trataba de una salida ordinaria de ocupación o de placer. Lo que ignoraba, y ni siquiera alcanzaba a imaginarme, era dónde se dirigía, pues nada sabía de sus propósitos, pero el miedo de la noche anterior volvió a apoderarse de mí, y cuando lo vi en la terraza, sonriente y listo para partir, le imploré que no saliera, que se olvidara de todos sus sueños de un continente aún no descubierto.

—No, no, Miss Lally —me respondió, sin dejar de sonreír—, ahora es demasiado tarde. *Vestigia nulla retrorsum*, como usted sabe, es el lema de los verdaderos exploradores, aunque espero que en mi caso no se aplicará al pie de la letra. Le aseguro que no tiene usted razón para alarmarse; mi pequeña expedición es cosa muy corriente, sin más emociones que un día pasado con mis martillos de geólogo. Hay un cierto riesgo, pero lo mismo ocurre en toda excursión. Parto con entera confianza; cualquier hijo de vecino corre aventuras cien veces más peligrosas cada vez que sale de vacaciones. De modo que levante usted el ánimo, y hasta mañana, a más tardar.

Eché a andar a buen paso, lo vi abrir la puerta a la entrada del bosque y luego alejarse a la sombra de los árboles.

El día pasó lentamente, con una extraña oscuridad en el aire, y volví a sentirme prisionera en medio de los antiguos bosques, encerrada en una vieja región de misterio y pavor, olvidada por el mundo exterior y viviente, en la que todo parecía haber sucedido en un pasado lejano. Sentía a un tiempo temor y esperanza; a la hora de cenar creía oír de un momento a otro el paso del profesor en la sala y su voz celebrando no sé qué triunfo. Me dispuse a recibirlo con expresión alegre, pero cayó la noche y él no regresó.

A la mañana siguiente, cuando la criada vino a tocarme la puerta, le pregunté si había vuelto el señor. Me respondió que su dormitorio estaba abierto y vacío, y sentí al oírla la mano helada del desaliento. Pensé, sin embargo, que se había encontrado con buena compañía y que volvería a la hora del almuerzo, o por la tarde, y me llevé a los niños a pasear al bosque, haciendo lo posible por jugar y reírme con ellos y olvidarme de mis ideas de misterio y velado terror. Esperé hora tras hora, cada vez más preocupada. Volvió a caer la noche y nuevamente me encontré aguardando. Al cabo, mientras me forzaba a terminar la cena, oí pasos afuera y una voz de hombre.

Entró la criada y me miró con aire inquieto.

—Perdón, señorita —dijo—, Mr. Morgan, el jardinero, quiere hablar con usted un minuto, si no tiene inconveniente.

—Que pase, por favor —le respondí, y apreté los labios.

El viejo entró despacio y la criada cerró la puerta tras él.

—Tome asiento, Mr. Morgan —le dije—. ¿Qué quiere usted decirme?

—Bueno, señorita, Mr. Gregg me dio algo para usted ayer por la mañana, justo antes de irse; insistió mucho en que no se lo entregara hasta las ocho de la noche de hoy, las ocho en punto, si él no había vuelto a casa, y si volvía me dijo que se lo devolviera en propias manos. Como usted ve, señorita, Mr. Gregg todavía no ha llegado, de modo que más vale que le dé a usted el paquete.

Levantándose a medias del asiento se sacó algo del bolsillo y me lo entregó. Lo tomé en silencio y, viendo que Morgan no sabía qué hacer, le di las gracias y las buenas noches. Quedé sola en el comedor, con el paquete en la mano: estaba envuelto en papel, sellado y dirigido a mí, y llevaba escritas en la cubierta, con la letra amplia y suelta del profesor, las instrucciones que Morgan había repetido. Sentí un peso en el corazón al romper los sellos y dentro encontré un sobre, también con mi nombre pero abierto, y, sacando la carta, me puse a leer.

«Mi querida Miss Lally —comenzaba—. Para citar el viejo manual de lógica, el hecho de que lea usted esta nota entraña por necesidad que he cometido un grave error, y me temo que mi error convierte estas líneas en una despedida. Es prácticamente seguro que ni usted ni nadie volverá a verme. Habida cuenta de esta eventualidad he redactado mi testamento y espero que aceptará usted el pequeño recuerdo que le dejo, así como mi sincero agradecimiento por la manera en que unió su destino al mío. La suerte que he corrido es más desesperada y terrible de lo que nadie pueda imaginarse en sus sueños más absurdos, pero tiene usted derecho a conocerla, si así lo quiere. La llave del escritorio —con una etiqueta— se encuentra en el cajón izquierdo de la mesa de mi habitación. En el escritorio hallará un sobre grande, sellado y dirigido a usted. Le aconsejo que lo arroje al fuego en el acto; si así lo hace dormirá más tranquila por las noches. Pero si debe conocer la historia de lo ocurrido, allí está escrita y puede usted leerla».

El profesor Gregg había firmado con letra clara y firme. Volví al comienzo de la página y leí otra vez las palabras una a una, desencajada de pavor, las manos frías como el hielo y faltándome la respiración. El silencio absoluto en torno mío, la idea de los bosques y montes tenebrosos rodeándome por todas partes, me pesaban sobre el pecho: me sentía indefensa, sin fuerza, sin nadie a quien recurrir. Por último decidí que, así la verdad me persiguiera cada uno de los días de mi vida, tenía que saber el sentido de los extraños terrores que durante tanto tiempo me atormentaran, los terrores que me habían asediado, vagos, oscuros y atroces como las sombras del bosque al caer la noche. Seguí minuciosamente las instrucciones del profesor y, venciendo una última resistencia, rompí el sello del sobre y puse ante mí el manuscrito. Llevo siempre conmigo esas páginas y no puedo negarme a su muda petición de

leérselas. Esto es lo que leí esa noche, junto a la lámpara.

La joven que se llamaba a sí misma Miss Lally dio lectura a la

Relación de William Gregg, F. R. S., etcétera

Hace muchos años que tuve el primer atisbo de la teoría que hoy está casi, aunque no enteramente, confirmada por los hechos. Prepararon el terreno, en cierta medida, mis frecuentes lecturas de libros antiguos y olvidados, y años después, al dedicarme a los estudios de etnología en los que llegué a ser un especialista, me llamaron más de una vez la atención algunos datos que no se ajustaban a la opinión científica ortodoxa y que, al parecer, apuntaban a algo que se mantenía oculto a pesar de nuestras investigaciones. En particular llegué a convencerme de que, en gran parte, el folklore del mundo no es sino una relación exagerada de acontecimientos realmente ocurridos, y, sobre todo, me interesaron los cuentos de hadas que aún conservan las razas célticas. Aquí me parecía advertir lo que había de adorno y de hipérbole, la versión fantástica, el pueblo menudo vestido de verde y oro que juega entre las flores, y observaba una clara analogía entre el nombre de los personajes (supuestamente imaginarios) y la descripción de su aspecto y costumbres. En efecto, creo que nuestros lejanos antepasados llamaron a esos seres terribles «hadas buenas» justamente porque les tenían miedo, y les dieron formas encantadoras a sabiendas de que la verdad era todo lo contrario. También la literatura influyó decisivamente desde temprano en la transformación, de modo que los duendes juguetones de Shakespeare se hallan muy lejos del original y el horror se disimula con burlas y travesuras. No obstante, en los cuentos más viejos, esos que los hombres no escuchaban junto al fuego sin persignarse, la escena es muy distinta; un espíritu del todo opuesto se manifiesta en ciertos relatos de hombres, mujeres y niños desaparecidos, sin que se pueda saber cómo, de la faz de la tierra. Un campesino los veía pasar por el campo, dirigiéndose a una colina verde y redonda y luego no se les volvía a ver más; y se cuentan historias de madres que dejaron a su hijo durmiendo tranquilamente, con la puerta de la cabaña bien trancada por un leño, y al regresar no encontraron en la cuna al pequeño sajón sonrosado, sino a un niño flaco y consumido, de piel cetrina y ojos negros y relucientes, la criatura de otra raza. Existen mitos todavía más siniestros: el temor a la bruja y al hechicero, la perversidad funesta del aquelarre, la sospecha de que los demonios se han juntado con las hijas de los hombres. Y así como hemos convertido a la familia aciaga de las hadas en duendes traviesos pero benignos, nos ocultamos la inmundicia malignidad de las brujas y sus compañeros con imágenes populares de una diablura de viejas, con escobas que vuelan y un cómico gato de pelos erizados. Los griegos daban a las furias horrendas el nombre de señoras benévolas y los pueblos del Norte hemos seguido su ejemplo. Continué mis investigaciones, robándole horas a otros trabajos de mayor obligación, y me hice esta pregunta: suponiendo que las tradiciones sean ciertas, ¿quiénes eran los demonios que asistían a los aquelarres? No hace falta decir que descarté lo que llamaría las hipótesis sobrenaturales de la Edad Media, y llegué a la conclusión de que las hadas y los diablos eran de una misma raza y

origen, invenciones que, sin duda, exageró y deformó mucho la imaginación gótica de esos tiempos, aunque por mi parte estuviese persuadido de que, detrás de esas imágenes, subsistía un fondo negro de verdad. Algunas de las supuestas maravillas me hicieron titubear. Me resisto a admitir un solo caso concreto en que el espiritismo moderno tenga un mínimo de autenticidad, pero no me sentía enteramente dispuesto a negar que en alguna ocasión (digamos, un caso entre diez millones), la carne humana no sea el velo de poderes que nos parecen mágicos, poderes que, lejos de venir de las alturas y conducirnos a ellas, son en realidad supervivencias de las profundidades del ser. La ameba y el caracol poseen facultades que nos son ajenas, y yo creía poder explicar por la teoría de la reversión muchos fenómenos que se consideran por completo inexplicables. Mi posición era la siguiente: tenía buenas razones para creer que parte de la tradición más antigua e incólume de lo que llamamos las hadas se asienta en la realidad, y que el elemento estrictamente sobrenatural de estas tradiciones puede explicarse con la hipótesis de que una raza, que se quedó atrás en la gran marcha de la evolución, retuvo ciertos poderes que para nosotros resultan milagrosos. Esta es la teoría que elaboré para mis adentros; empecé a trabajar en función de ella y a encontrar confirmaciones en todo lo que estudiaba, los restos de un túmulo, la crónica de un periódico provinciano sobre las antigüedades locales, la literatura de toda clase. Entre muchos ejemplos, citaré la expresión «hombres de lenguaje articulado» que usa Homero, como si el poeta supiera o hubiese oído de pueblos cuyo idioma era tan tosco que apenas podía llamarse articulado; conforme a mi supuesto de una raza que se apartó de las demás, es fácil imaginar que esas gentes hablarían una jerga muy cercana a los ruidos inarticulados de los animales.

En ésas estaba, convencido de que, en todo caso, mi conjetura no se alejaba mucho de la verdad, cuando un día me llamó la atención algo leído por azar en una pequeña publicación de provincias. A primera vista parecía tratarse de una de esas sórdidas tragedias que suelen ocurrir en las aldeas: una joven desaparece y se difunden vulgares rumores sobre la suerte que ha corrido. Sin embargo, leyendo esas líneas, comprendí que el escándalo era una mera suposición, probablemente inventada para dar cuenta de unos hechos que, de otro modo, resultarían incomprensibles. Los vecinos de la pobre muchacha no proponían más teorías que una fuga a Londres o Liverpool, cuando no un cadáver en el fondo cenagoso de un estanque, con un peso atado al cuello, o quizá un asesinato. Pero mientras miraba distraídamente la noticia, una idea me pasó por la cabeza con la violencia de una descarga eléctrica: ¿y si acaso la raza oculta y feroz de los montes sobrevivía aún en lugares solitarios, en sierras desiertas, inalterada e inalterable como los sheltas turanios o los vascos españoles, repitiendo de vez en cuando los actos de crueldad de la leyenda gótica? He dicho que la idea me asaltó con violencia y, a decir verdad, perdí el aliento y me sostuve con ambas manos en los brazos de mi butaca, poseído de una confusión extraña de espanto y satisfacción. Fue como si uno de mis colegas de ciencias físicas, paseando por uno de los plácidos bosques de Inglaterra, se tropezara con un ictiosaurio, horror

viscoso y abominable, el original de los cuentos en que un caballero da muerte a un enorme gusano, o viera al pterodáctilo, el dragón de las tradiciones, oscureciendo el sol. No obstante, en tanto que explorador resuelto del saber, la idea de este descubrimiento me llenaba de alegría; recorté la información del periódico, la guardé en un cajón de mi viejo escritorio y me prometí que sería tan sólo la primera pieza de una colección de la más excepcional importancia. Esa noche me quedé largo rato en el estudio soñando con las conclusiones que lograría demostrar y ni siquiera una reflexión más mesurada me hizo perder confianza. Sólo más tarde, volviendo sobre mi tesis con mayor serenidad, comprendí que tal vez me apresuraba al construir sobre bases poco estables, empecé a ver las cosas con prudencia y a repetirme que bien podían haber ocurrido los hechos como suponía la gente del lugar. En todo caso, me mantendría al acecho; me consolaba pensando que nadie más que yo se hallaba despierto y alerta, pues la gran multitud de pensadores e investigadores permanecía descuidada e indiferente, y quizá los hechos más notables sucedían, sin que se dieran cuenta, ante sus propios ojos.

Pasaron varios años antes de que añadiese un nuevo elemento a la colección y el segundo hallazgo, más que valioso en sí mismo, fue una simple repetición del primero; la única diferencia consistía en que la noticia provenía de otro lugar, igualmente remoto. Algo salí ganando, a pesar de todo, pues en el segundo caso, como en el primero, la tragedia sobrevino en una región agreste y desolada, lo cual confirmaba mi teoría. En cambio la tercera pieza resultó de un interés mucho más considerable. Sucedió que encontraron en unos montes perdidos, otra vez en un lugar desierto, lejos hasta de la carretera principal, el cadáver de un viejo y, a su lado, el instrumento con que le dieran muerte. Se echaron a correr rumores y conjeturas, pues el arma del crimen era un hacha de piedra muy primitiva, atada con cuerda de tripa a un mango de madera, lo cual suscitó las suposiciones más extravagantes e improbables. Comprobé, sin embargo, no sin cierto regocijo, que aun las teorías más disparatadas se hallaban lejos de la verdad. Por mi parte, me di el trabajo de entrar en correspondencia con el médico rural que participó en la investigación, hombre de cierta agudeza que se sentía completamente desconcertado. «No hablo por aquí de esas cosas —me escribió—, pero se lo digo a usted con franqueza, profesor Gregg: hay en este asunto un pavoroso misterio. El hacha de piedra ha quedado en mi poder y se me ocurrió la idea de probarla. Un domingo por la tarde, aprovechando que mi familia y los sirvientes habían salido, fui con ella al huerto detrás de casa y, oculto entre los álamos, llevé a cabo mis experiencias. Me fue absolutamente imposible manejar el hacha. No sé si su uso entraña un equilibrio particular, algún delicado ajuste de pesos que supone una larga práctica, o si sólo es posible dar el golpe recurriendo a un juego de músculos de que no soy capaz, pero le aseguro que volví a casa con una triste opinión de mi capacidad atlética. Me sentía como alguien sin experiencia que ensaya el juego del martillo en una feria: mi propia fuerza se volvía contra mí y me arrojaba hacia atrás con violencia mientras que el hacha caía inerte a mis pies. En otra ocasión hice la prueba con un hábil leñador del pueblo, pero —aunque lleva cuarenta años ganándose la vida con su

hacha —nada pudo hacer tampoco con el instrumento de piedra y falló todos los golpes del modo más lamentable. En suma, si no fuera un supremo absurdo, me atrevería a afirmar que desde hace cuatro mil años no existe en la tierra nadie capaz de dar un buen golpe con el arma que sirvió para asesinar al viejo». Ya se comprende que estas noticias fueron para mí preciosas; poco después logré averiguar otros detalles, y cuando me enteré de que el pobre hombre contaba historias inverosímiles de que había sido testigo por las noches en una colina de los alrededores, dando a entender que callaba maravillas nunca vistas, y también de que apareció muerto en esa misma colina, mi exaltación fue grande, pues me di cuenta de que había dejado atrás el terreno de la mera conjetura. El paso siguiente fue de importancia aún mayor. Hace muchos años que poseo un Sello extraordinario, un pedazo de piedra negra y opaca, de unas dos pulgadas de largo entre el mango y el timbre; el extremo que sirve de cuño es un tosco hexágono de una pulgada y cuarto de diámetro. El objeto recuerda uno de esos atacadores que se fabrican antes para apretar el tabaco en la pipa. Me lo hizo llegar de Oriente un agente, diciéndome que fue hallado en el lugar que ocupaba la antigua Babilonia. Los caracteres grabados en el Sello eran para mí un enigma insoluble. Parecía tratarse de una escritura cuneiforme, aunque con claras diferencias que advertí a primera vista, y todos mis esfuerzos por descifrar la inscripción, aplicando las más diversas hipótesis, resultaron infructuosos. El fracaso lastimó mi orgullo, y de tiempo en tiempo sacaba el Sello Negro para examinar detenidamente los signos, con tan vana perseverancia que llegué a conocer cada uno de ellos y hubiera sido capaz de trazar de memoria la inscripción sin cometer el más ligero error. Cuál no sería entonces mi sorpresa cuando un buen día recibí, de un corresponsal del oeste de Inglaterra, una carta y un documento que me dejaron atónito: sobre una gran hoja de papel estaban cuidadosamente dibujados los mismos caracteres del Sello Negro, sin modificación de ninguna clase, y arriba mi amigo había anotado: *Inscripción hallada sobre una piedra caliza en Grey Hills, Monmouthshire. Escrita con tierra roja, de factura muy reciente*. En la carta decía mi amigo: «Le envío la inscripción adjunta con todas las reservas del caso. Un pastor que pasó junto a la piedra hace una semana jura que no había entonces inscripción alguna. Los signos, como lo he señalado, han sido escritos con tierra roja sobre la piedra y son, por término medio, de una pulgada de altura. A mi juicio parecen de una escritura cuneiforme muy alterada, aunque por supuesto esto es imposible. Tal vez se trate de una broma o, lo que es más probable, de garabatos de gitanos, que abundan por estas partes. Como usted sabe, los gitanos usan jeroglíficos para comunicarse entre ellos. Visité casualmente el lugar donde se encuentra la piedra hace un par de días, en relación con un incidente más bien doloroso ocurrido aquí».

Como es de suponer, respondí de inmediato a mi amigo, agradeciéndole la copia de la inscripción y preguntándole, como quien no quiere la cosa, por el incidente a que aludía. Para ser breve, diré que una mujer, llamada Cradock, cuyo marido había muerto la víspera, salió de su pueblo para dar la mala noticia a un primo que vivía a unas cinco millas de distancia, y tomó un atajo que atraviesa los Grey Hills. Mrs. Cradock, en

ese entonces una mujer joven, no llegó nunca a casa de su pariente. Avanzada la noche, un granjero que había salido con su perro en busca de un par de ovejas extraviadas pasó por Grey Hills llevando a la mano una linterna. Le llamó la atención algo que describió como un gemido muy lastimero, que movía a compasión y lo condujo hasta donde se hallaba la desdichada Mrs. Cradock. La encontró agazapada junto a la piedra caliza, meciendo de un lado a otro la parte superior del cuerpo, y quejándose y llorando tan tristemente que el hombre no tuvo más remedio que taparse los oídos para no salir corriendo. Al cabo consiguió llevar a la mujer a su casa y una vecina vino a ocuparse de ella. La pobre no paró de llorar en toda la noche, mezclando sus quejas con palabras de una jerga incomprensible, y el médico que la atendía la declaró loca. Guardó cama una semana, gimiendo como alma en pena, según decía la gente, o hundiéndose en la inconsciencia. Se pensaba que la muerte del marido la había hecho perder el juicio y, en un primer momento, el médico no tenía esperanzas de salvarla. No hace falta que diga lo mucho que me interesó la historia. Rogué a mi amigo que me mantuviera al corriente de los detalles del caso; supe que en las seis semanas siguientes la mujer fue recobrando gradualmente el uso de sus facultades y que unos meses más tarde dio a luz a un hijo, que por desgracia resultó retrasado mental, y a quien bautizó con el nombre de Jervase. Estos eran los hechos conocidos en el pueblo; por mi parte, aunque palidecía con sólo imaginar las iniquidades que sin duda se habían perpetrado, consideraba que el episodio no dejaba lugar a dudas, y cometí la imprudencia de insinuar la verdad ante unos hombres de ciencias amigos míos. En el mismo instante en que pronunciaba las palabras me arrepentí amargamente de ellas, que revelaban el gran secreto de mi vida, pero descubrí en el acto, con alivio y también con indignación, que mis temores eran enteramente infundados, pues mis amigos se burlaron de mí en mi propia cara y me miraron como a un loco; a un tiempo sentí cólera y me reí para mis adentros, ya que entre esos necios me hallaba tan seguro como si hubiese confiado lo que sabía a las arenas del desierto. Entonces, habiendo llegado a saber tanto, resolví que lo sabría todo y centré mis esfuerzos en la tarea de descifrar la inscripción del Sello Negro. Este problema fue, durante muchos años, el único entretenimiento de mis ratos de ocio, puesto que, como es natural, otros deberes ocupaban la mayor parte de mi tiempo y sólo de cuando en cuando lograba reservar una semana a mis estudios. Si contara toda la historia de mis indagaciones esta reseña sería insoportable, pues no contendría sino la crónica de un largo y tedioso fracaso. Mis conocimientos de las escrituras de la Antigüedad eran, sin embargo, buenas armas para la caza, como llamé siempre a mis trabajos. Disponía de corresponsales entre los hombres de ciencia de Europa, y hasta de todo el mundo, y no podía creer que en nuestra época cualquier escritura, por ardua y antigua que fuera, resistiese mucho tiempo al proyector que fijaría sobre ella. Me equivocaba: hube de esperar catorce años antes de tener éxito. De año en año aumentaban mis obligaciones profesionales y disminuía mi tiempo libre. Sin duda esto me retrasó mucho y no obstante, cuando recuerdo esa época, me asombra el alcance tan vasto de mis investigaciones sobre el Sello Negro. Convertí mi estudio en un centro al cual llegaban

transcripciones de escrituras de todo el mundo y todos los tiempos. Nada debía pasarme inadvertido: aceptaba y seguía hasta el final el más vago de los indicios. Tantas pistas recorrí y abandoné en el curso de los años que estuve a punto de desesperar. Bien podía el Sello Negro ser la única reliquia de una raza que desapareció sin dejar sobre la tierra ninguna otra huella de su existencia, extinguida, como se dice de la Atlántida, en algún gran cataclismo, y cuyos secretos se guardan ahogados en los mares o sepultados en el corazón de las montañas. La idea enfrió un poco mi entusiasmo y, aunque seguí adelante, fue con una fe menos firme. El azar vino en mi ayuda. Hallándome de visita en una importante ciudad del Norte, aproveché la oportunidad para conocer el excelente museo establecido tiempo antes en ese lugar, bajo la dirección de uno de mis corresponsales. Al examinar la vitrina de minerales me llamó la atención una de las piezas, un trozo de piedra negra de unas cuatro pulgadas cuadradas, cuyo aspecto me recordó en algo el Sello Negro. Lo levanté, casi sin reparar en lo que hacía, y al darlo vuelta descubrí, para mi sorpresa, una inscripción en la parte inferior. Cuidando de que la voz no me traicionara, le dije a mi amigo el director que el ejemplar me interesaba y le rogué que me permitiese llevármelo al hotel un par de días. No tuvo, por supuesto, ningún inconveniente; me retiré cuanto antes y comprobé que la primera impresión no me había engañado. Encontré dos inscripciones, una en caracteres cuneiformes ordinarios y la otra escrita con los mismos caracteres del Sello Negro. Comprendí en el acto que mi tarea estaba cumplida. Hice copias exactas de ambos textos y al llegar a mi estudio en Londres, con el Sello ante mí, pude plantearme seriamente el gran problema. La inscripción que figuraba en la pieza del museo era de por sí interesante, aunque sin relación con mi búsqueda, pero fue la transliteración lo que me permitió adueñarme del secreto del Sello Negro. En mis cálculos tuve que recurrir a una parte de conjetura; aquí y allá titubeaba ante un determinado ideograma, y un signo que se repetía una y otra vez en el Sello me desconcertó varias noches seguidas. Al final, sin embargo, tuve ante mí el secreto, escrito en buen inglés, y leí la clave de la aciaga transmutación ocurrida en las montañas. Apenas había escrito la última palabra y con dedos temblorosos rompí la hoja en los más diminutos fragmentos, los vi arder y ennegrecerse en el fuego y trituré lo que quedaba hasta dejarlo hecho un polvo finísimo. No he vuelto a escribir esas palabras; no escribiré nunca las frases que convierten a un hombre en el limo del cual proviene y lo obligan a revestir las carnes del reptil y la serpiente. Sólo quedaba por hacer una cosa. Ahora sabía la verdad, pero quería ver con mis propios ojos y, al cabo de un tiempo, logré alquilar una casa en las inmediaciones de Grey Hills, a poca distancia de donde vivían Mrs. Cradock y su hijo Jervase. No es preciso que haga una relación detallada de los hechos aparentemente inexplicables ocurridos aquí, donde escribo estas páginas. Estaba persuadido de antemano de que Jervase Cradock tendría en las venas la sangre de la «gente menuda», y supe más tarde que se había encontrado varias veces con sus parientes en lugares solitarios de esta tierra solitaria. Mucho me temo que sentí más alegría que compasión el día que me llamaron del jardín y hallé al pobre muchacho en pleno ataque, barboteando y silbando

la horrible jerga del Sello Negro: sus labios dejaban escapar los secretos del infierno y la palabra ominosa, *Ishakshar*, cuyo sentido no debo revelar. Pero hay un incidente que no puedo pasar en silencio. Una noche me despertaron los sonidos sibilantes que conocía tan bien; al llegar al cuarto de Jervase le encontré en medio de convulsiones y echando espuma por la boca; se agitaba en la cama como para librarse de demonios que lo tuvieran asido. Lo llevé a mi estudio y encendí la lámpara mientras se retorció por el suelo, implorando al poder metido en su carne que lo dejara. Vi el cuerpo hincharse y distenderse como una vejiga, vi la cara volverse negra ante mis ojos; al llegar la crisis hice lo necesario según las instrucciones del Sello y, apartando todo escrúpulo, me transformé en un hombre de ciencia que observaba lo que ocurría. Fui testigo de una escena horrible, que rebasaba toda concepción humana y la fantasía más delirante. Algo salió del cuerpo que se arrastraba por el suelo, un tentáculo viscoso que atravesó oscilante toda la habitación, levantó el busto de encima del armario y lo puso junto a mi escritorio.

Más tarde, cuando todo hubo terminado, pasé el resto de la noche caminando de un lado a otro, demudado y temblando, el cuerpo empapado de sudor. Traté, en vano, de recobrar la serenidad. Me dije, y es cierto, que no había asistido a nada sobrenatural, que un caracol que alarga y esconde los cuernos es, en menor escala, ejemplo de lo que había visto, y, sin embargo, el terror vencía mis razonamientos y me dejaba desfalleciente y odiándome a mí mismo por la parte que me tocara en lo sucedido esa noche.

Poco tengo que añadir. Ahora voy a la prueba y el encuentro final. He decidido que nada debe faltar y que veré a la «gente menuda» cara a cara. Para ayudarme dispongo del Sello Negro y de mi conocimiento de los secretos. Si por desgracia no regreso, no hace falta conjurar aquí una imagen de lo que será mi destino.

Tras detenerse un momento al terminar la exposición del profesor Gregg, Miss Lally siguió contando su historia con las siguientes palabras:

«Este fue el relato casi increíble que el profesor dejó detrás suyo. Acabé de leerlo muy entrada la noche y a la mañana siguiente pedí a Morgan que viniese conmigo y recorrimos los Grey Hills tratando de encontrar alguna huella del profesor. No lo cansaré a usted describiéndole esa región agreste, enteramente deshabitada, ni los montes yermos de peñascos enormes a los que los estragos del tiempo han dado un aspecto fantástico de hombres y animales. Por último, tras muchas horas de búsqueda agotadora, dimos con las cosas que le he dicho —el reloj y la cadena, la cartera y el anillo— envueltas en un pedazo del tosco pergamino. Cuando Morgan cortó la cuerda y vi el contenido del paquete no pude contener las lágrimas, pero de pronto distinguí en el pergamino los signos nefastos del Sello Negro y me quedé sin habla, sobrecogida de espanto; creo que en ese momento comprendí por primera vez la espantosa suerte que había corrido el que fuera mi benefactor.

»Agregaré tan sólo que el abogado del profesor Gregg trató mi versión de lo acontecido como un cuento de hadas y se negó hasta a

mirar los documentos que le presenté. Fue él quien hizo publicar en la prensa que el profesor Gregg se había ahogado y su cadáver seguramente arrastrado mar adentro».

Miss Lally dejó de hablar y miró a Mr. Phillips con aire interrogante. Por su parte, Phillips se había sumido en una honda meditación y, al levantar la vista, encontró frente a sí la agitación de la plaza al caer la tarde, los hombres y mujeres que apretaban el paso para ir a cenar, el rumor y el movimiento de la vida cotidiana: todo le pareció irreal y fantástico, el sueño de una mañana después de un breve despertar.

—Le agradezco mucho la historia tan interesante que me ha contado —dijo por fin—. Interesante para mí, sobre todo porque estoy convencido de que es completamente cierta.

—Señor, usted me apena y me ofende —respondió la joven con la energía de la indignación—. ¿Cree usted que perdería mi tiempo y el suyo inventando cuentos en un banco de la plaza Leicester?

—Discúlpeme, Miss Lally, me parece que no me ha entendido bien. Antes de empezar estaba seguro de que hablaría usted de buena fe, pero sus experiencias tienen un valor mucho mayor. Las circunstancias más extraordinarias de su relato se hallan en perfecta armonía con las teorías científicas más recientes. Al profesor Lodge le encantaría que se pusiese usted en comunicación con él: hace tiempo que sigo con interés la atrevida hipótesis de Lodge para explicar los prodigios del llamado espiritismo, pero, con lo que usted acaba de contarme, la cuestión deja de ser una simple hipótesis.

—Ah, señor, todo esto no me sirve de nada —respondió la joven—. Olvida usted que mi hermano ha desaparecido en las circunstancias más raras e inquietantes. Otra vez se lo pregunto: ¿no lo ha visto usted al venir hacia aquí? Los bigotes, los anteojos, las miradas que lanza tímidamente de un lado a otro; piénselo bien: ¿no le recuerdan nada estos detalles?

—Siento decirle que no he visto a nadie que se le parezca —dijo Phillips, quien se había olvidado del hermano perdido—. Permítame, sin embargo, hacerle unas cuantas preguntas. ¿Se dio usted cuenta de si el profesor Gregg...?

—Perdone usted, señor, ya me he quedado demasiado tiempo. Mis patrones me estarían esperando. Le agradezco mucho sus atenciones. Buenas tardes.

Antes de que Mr. Phillips se recobrara de la sorpresa que le produjo esta brusca despedida, había perdido de vista a Miss Lally, quien fue a confundirse con la multitud que llenaba los alrededores del Empire. Phillips volvió a casa muy pensativo y bebió demasiado té. A las diez de la noche había preparado su tercera infusión y esbozado un pequeño ensayo que llevaría por título *Reversión del protoplasma*.

Capítulo IV

Incidente en una taberna

Mr. Dyson pensaba muchas veces en el singular relato que escuchara en el Café de la Touraine. Para empezar, abrigaba la profunda convicción de que en la entretenida historia de Mr. Smith y el Cañón Negro la verdad estaba repartida con mano demasiado frugal y hasta tacaña. En segundo lugar, la viva agitación del narrador había sido innegable, y sus gestos en medio de la calle demasiado violentos para ser simulados. La idea de un hombre que recorre Londres aterrado ante la idea de tropezarse con un joven de anteojos le parecía a Dyson de un supremo ridículo y en vano fatigó su memoria en busca de precedentes novelescos. Seguía visitando de vez en cuando el pequeño café, con la esperanza de encontrar a Mr. Wilkins, y se mantenía alerta ante la populosa generación de hombres con anteojos, seguro de recordar la cara del joven que viera salir corriendo de la panadería. Todas sus búsquedas y peregrinaciones quedaron en nada, y sólo la firme confianza que lo animaba en sus cualidades innatas de detective y en su fina intuición frente a lo misterioso sostuvo a Dyson en la empresa. En realidad tenía dos casos entre manos y cada día, ya sea que pasara por calles desiertas o repletas de gente, que rondara por barrios oscuros o acechara la aventura en las esquinas, se sentía más y más sorprendido de que siguiese eludiéndolo la aventura de la moneda de oro, mientras que el ingenioso Wilkins y el joven de anteojos que tanto temor le inspiraba se habían esfumado como tragados por la tierra.

Una tarde se hallaba dándole vueltas a estos problemas en una taberna del Strand, y la obstinación con que lo evitaban las personas a quienes tan ardientemente deseaba encontrar añadía a su modesto *bock* un nuevo toque amargo. Se encontraba solo en el compartimiento y, sin darse cuenta de lo que hacía, expresó en voz alta sus meditaciones: «¡Qué raro es todo esto! Un hombre va por la calle muerto de miedo de encontrarse con un joven de anteojos y aire tímido, cuya imagen lo persigue. Y la emoción era tremenda, eso podría jurarlo». No había terminado la frase cuando, rápida como el pensamiento, una cabeza se asomó por encima del tabique y desapareció otra vez; apenas si tuvo tiempo Dyson de preguntarse lo que esto significaba, pues la puerta del compartimiento se abrió para dejar paso a un caballero elegante, bien afeitado y sonriente.

—Perdone usted, señor, si lo interrumpo —se excusó contésmente—, pero hace un momento dijo usted algo.

—Así es —respondió Dyson—; me preocupa una cuestión sin importancia y pensé en voz alta. Puesto que usted escuchó lo que dije, y parece interesarle, quizá pueda sacarme de mi perplejidad.

—No lo sé: es una coincidencia sorprendente. Más vale andar con cautela. Supongo, señor, que no tendrá usted inconveniente en colaborar con la justicia.

—La justicia —dijo Dyson— es un término tan amplio que tampoco yo sé qué respuesta darle. Pero este sitio no se presta a una conversación. ¿Quiere venir a mi casa?

—Muy amable de su parte. Me llamo Burton, aunque siento decir que no llevo conmigo una tarjeta. ¿Vive usted cerca?

—A diez minutos de aquí.

Mr. Burton se sacó un reloj del bolsillo y pareció sumirse en unos rápidos cálculos.

—Debo tomar un tren, pero más tarde, de modo que, si no es molestia, iré con usted. Estoy seguro de que tendremos de qué hablar. ¿Es de este lado?

Atravesaron el Strand a la hora en que se llenan los teatros; la calle resonaba con el bullicio de la multitud y Dyson miró en torno suyo afectuosamente. Las hileras relucientes de los faroles de gas, aquí y allá la cegadora luz eléctrica, los cabriolés que corrían de un lado a otro al son de sus campanillas, los omnibuses repletos y los transeúntes presurosos que llenaban las aceras componían su cuadro preferido; la graciosa aguja de St. Mary le Strand de una parte, y el último resplandor del crepúsculo de la otra, lo llenaban de gratitud, como a Linneo la visión de una flor de retama. Mientras cruzaba la calle, Mr. Burton reparó en esa mirada de afecto.

—Veo que aprecia usted el lado pintoresco de Londres —dijo—. Para mí esta gran ciudad es lo mismo que para usted: el estudio y el amor de mi vida. ¡Qué pocos son los que consiguen apartar los velos de la aparente fealdad y monotonía! He leído en un periódico —me dicen que es el de mayor circulación en todo el mundo— una comparación entre Londres y París que, le aseguro, merecería un premio como obra maestra de la estupidez más presumida. Imagínese usted, si puede, un ser humano de inteligencia ordinaria que prefiere los bulevares a nuestras calles londinenses; imagínese a un hombre que pide la total destrucción de esta preciosa ciudad para reproducir aquí, en Londres, la aburrida uniformidad de ese sepulcro blanqueado llamado París. ¿No es verdaderamente increíble?

«Mi querido señor —dijo Dyson, mirando a Burton con interés —estoy en todo de acuerdo con sus opiniones, pero no puedo compartir su asombro. ¿Sabe usted cuánto recibió George Eliot por *Romola*? ¿Conoce la tirada de *Robert Elsmere*? ¿Lee usted regularmente *Tit-Bits*? Para mí, por el contrario, es una razón constante de asombro y agradecimiento que no se abrieran bulevares en Londres hace ya veinte años. Celebro esa línea exquisita e irregular que dibujan los edificios contra los suaves verdes y azules y las nubes rojas del atardecer pero, más que celebrarla, me sorprende que exista. En cuanto a St. Mary le Strand, su conservación es, ni más ni menos, un milagro. ¡Un edificio de refinada belleza contra calzadas para cuatro omnibuses! La conclusión, por supuesto, es evidente. ¿No ha leído usted la carta del hombre que propone abolir todo el misterioso sistema, el plan inmemorial con que se calcula la Pascua, porque el veinticinco de marzo le parece muy pronto para que su hijo

salga de vacaciones? Pero vamos andando.

Se habían detenido en una esquina en el lado norte del Strand, disfrutando del esplendor y los contrastes de la escena. Dyson señaló el camino con un gesto y se internaron por calles menos frecuentadas, derivando un poco hacia la derecha, hasta llegar a su alojamiento, al borde de Bloomsbury. Mister Burton se arrellanó en un cómodo sillón junto a la ventana abierta, mientras que Dyson encendía las velas y sacaba el whisky y los cigarrillos.

—Me aseguran que estos cigarrillos son muy buenos —dijo—, pero no tengo manera de saberlo, porque sostengo que sólo hay un tabaco y es mi picadura. ¿No se deja usted tentar por una pipa?

Mr. Burton rechazó el ofrecimiento con una sonrisa y tomó un cigarrillo de la caja. Había fumado la mitad cuando, titubeando un poco, dijo:

—Es muy amable de su parte tenerme aquí, mister Dyson; lo cierto es que los intereses en juego son demasiado graves para discutirlos en una taberna donde como usted se ha dado cuenta, hay de cada lado gentes que escuchan, queriéndolo o sin quererlo. Creo que le oí decir algo sobre lo extraño que es una persona que va por Londres aterrada de tropezarse con un joven de anteojos.

—Sí, eso es.

—¿Tendría usted inconveniente en contarme los hechos que son motivo de su reflexión?

—En absoluto. Esto fue lo que pasó —y Dyson trazó un rápido esbozo de la aventura de la calle de Oxford, insistiendo en los gestos violentos de Mr. Wilkins, pero suprimiendo por entero la historia que éste le contara en el café—. Me dijo que vivía en todo momento con el terror de encontrarse a este hombre, y lo dejé cuando me pareció lo bastante sereno para valerse por sí mismo.

—Bueno, bueno —dijo Mr. Burton—. ¿Y usted consiguió ver a esa misteriosa persona?

—Sí.

—¿Podría usted describirla?

—Me pareció un hombre joven, pálido, nervioso. Tenía un pequeño bigote negro y llevaba unos anteojos más bien grandes.

—¡Esto es sencillamente extraordinario! Me deja usted con la boca abierta. Ahora le diré el interés que tengo yo en el asunto. No siento ningún miedo de encontrarme con un joven moreno y de anteojos, pero sospecho que una persona de ese aspecto preferiría con mucho no encontrarse conmigo. La descripción que usted acaba de hacer le cuadra al pie de la letra. Una mirada nerviosa a izquierda y derecha, ¿no es eso? Y, como usted ha observado, grandes anteojos y un bigotito negro. No es posible que existan dos personas exactamente idénticas: una que es causa de terror y otra, me lo imagino, con muchas ganas de quitarse de en medio. ¿Ha vuelto a ver a ese hombre?

—No, no lo he visto, aunque he estado atento por si acaso me cruzaba con él. Puede muy bien, por supuesto, haber salido de Londres y hasta de Inglaterra.

—Eso me parece improbable. Bueno, Mr. Dyson, es justo que le cuente mi historia ahora que he escuchado la suya. Le diré, pues, que soy agente de curiosidades y objetos preciosos de todas clases. Extraño oficio, ¿no es verdad? Naturalmente, en un comienzo no pensaba dedicarme a él, sino que fui entrando en los negocios poco a poco. Siempre he sido aficionado a las cosas raras y exóticas, y al cumplir los veinte años tenía ya media docena de colecciones. Por lo general se ignora que los campesinos descubren, con mucha frecuencia, objetos de valor; quedaría usted asombrado si le dijera los tesoros que, lo he visto con mis propios ojos, sacan de la tierra los arados. En ese tiempo vivía yo en el campo y solía comprar cualquier cosa que me trajesen los trabajadores de las granjas; era dueño de la más curiosa serie de cachivaches, como llamaban mis amigos a mi colección. Pero así es como aprendí el oficio, que es lo más importante, y más tarde se me ocurrió que bien podía aprovechar lo que sabía para aumentar mis ingresos. Desde esos primeros días he estado en casi todo el mundo, han pasado por mis manos muchos objetos valiosísimos y he llevado a cabo negociaciones arduas y delicadas. ¿Ha oído usted hablar del ópalo del Khan, que llaman en Oriente «la piedra de los mil y un colores»? La conquista de esa piedra es quizá el mayor de mis éxitos. Yo la llamo la piedra de las mil y una mentiras, pues le aseguro que tuve que inventar todo un ciclo de folklore para que el Raja, su dueño, aceptase venderla. Pagué a varios de esos vagabundos que se ganan la vida contando cuentos, e inventaron historias en que el ópalo resultaba funesto; contraté también a un santón —un gran asceta— que profetizó contra la piedra en la más pura retórica del simbolismo oriental. En suma, el Raja se llevó el gran susto de su vida. Ya ve usted que en mi especialidad comercial hay campo para la diplomacia. Debo mantenerme alerta en todo momento, y más de una vez me he dado cuenta de que, a menos de medir cada paso y pesar cada palabra, no me quedaba mucho tiempo de vida. En abril pasado tuve noticia de que una piedra antigua y de gran precio se hallaba en el sur de Italia, en manos de gente que no tenía idea de su valor. Nada más difícil que negociar con ignorantes: ésa ha sido siempre mi experiencia. Conozco campesinos para quienes un chelín de Jorge I es un hallazgo de valor casi incalculable; todos los fracasos de mi carrera han sido con esta clase de gente. Pensando en esto, advertí que la adquisición de la piedra exigiría la diplomacia más sutil; quizá fuese posible conseguirla ofreciendo una cantidad próxima a su verdadero valor, pero no hace falta explicarle que este procedimiento sería muy poco comercial. Más aún, dudo que hubiese tenido éxito, pues en cuanto esas gentes oyen hablar de una suma que les parece enorme, se les despierta la codicia, y la baja astucia que en ellos hace las veces de inteligencia les hace pensar que, si les ofrecen tanto, el objeto debe valer por lo menos el doble. Naturalmente, cuando se trata de algo ordinario, un jarro viejo, un arcón guarnecido o una lámpara de bronce de forma poco común, esto no importa mucho; la codicia del dueño se vuelve contra él, el coleccionista se echa a reír y se despide,

pues sabe que esas cosas no son únicas ni mucho menos. En este caso, sin embargo, yo deseaba ardientemente apoderarme de la piedra y, como no abrigaba la intención de ofrecer más de una centésima parte de su valor, debía recurrir a todas mis facultades, digamos imaginativas y diplomáticas. Lamento añadir que consideré imposible encargarme solo de la empresa y que decidí confiar en mi asistente, un joven llamado William Robbins a quien creía muy capaz. Mi idea era que Robbins se hiciera pasar por un vendedor de alhajas, aunque de la más baja categoría; llegaría a la ciudad en cuestión chapurreando un poco de italiano, y conseguiría ver la piedra, tal vez ofreciendo en venta algunas baratijas, aunque eso lo veríamos más adelante. Luego empezaría mi parte, pero no quiero cansarlo contándole dos veces el mismo cuento. En su momento, Robbins partió para Italia con un surtido de piedras sin tallar, unos cuantos anillos y algunas joyas que compré en Birmingham para su expedición. Yo lo seguí una semana más tarde y viajé despacio, con lo cual llegué quince días después que él a nuestro destino. Había un solo hotel decente, en el cual me alojé, y al preguntarle al dueño si paraban en la ciudad muchos extranjeros, me respondió que muy pocos; en una pequeña taberna se hospedaba un inglés, un buhonero que vendía su bisutería muy barata y quería comprar cosas viejas. Durante cinco o seis días me dediqué a la vida descansada y la verdad es que disfruté de ella. Parte de mi plan era que me creyesen enormemente rico; sabía muy bien que la extravagancia de mis comidas, y el precio de cada botella de vino que bebía, no se le pudrirían al hostelero en el pecho, como dice Sancho Panza. Al terminar la semana tuve la buena suerte de ser presentado en el café al *Signar* Melini, el dueño de la piedra que yo tanto deseaba y, gracias a su generosa hospitalidad y a mi buen humor, no tardé en convertirme en amigo de la familia. En mi tercera o cuarta visita logré que los dueños de la casa hablaran del buhonero inglés quien, me contaron, se expresaba en un italiano detestable. «Pero eso no importa —añadió la *Signara* Melini—, porque trae lindas cosas y las vende muy baratas». «Ojalá no salga usted perdiendo —le contesté—. La verdad es que en Inglaterra estos comerciantes no inspiran mucha confianza. Casi siempre pregonan lo baratas que son sus cosas y luego resulta que cobran el doble que en las tiendas». No me querían creer y la *Signara* Melini insistió en mostrarme los tres anillos y el brazalete que había comprado. Me dijo los precios y, tras exainar los artículos con mucho detenimiento, me vi forzado a admitir que había hecho un buen negocio, y lo cierto es que Robbins había vendido a mitad de precio. Admiré las baratijas, las devolví a la señora e insinué que el comerciante no debía ser muy despierto. Dos días más tarde, mientras tomaba en el café una copa de vermut con el *Signar* Melini, fue él quien llevó la conversación al buhonero a quien, recordó al pasar, había mostrado una pequeña curiosidad, por la cual el inglés le había hecho una oferta más bien interesante. «Mi querido señor —le dije—, espero que tendrá usted cuidado. Ya le he dicho que los vendedores ambulantes no son gente de buena fama en Inglaterra y, a pesar de su aparente ingenuidad, éste bien puede resultar un bribón. ¿Me permite preguntarle cuál es la curiosidad que usted le ha mostrado?» Me respondió que se trataba de una insignificancia, una linda piedrecita con

unas figuras talladas; la gente creía que era antigua. «Me gustaría examinarla —le dije—, da la casualidad que he visto muchas de estas gemas. En nuestro Museo, en Londres, tenemos una colección excelente». No tardó en enseñármela y por fin tuve entre las manos la piedra que tanto había deseado. La miré con indiferencia y la puse con cierto descuido sobre la mesa. «¿Tendría usted algún inconveniente, *Signar* —pregunté— en decirme cuánto le ofrece por esto mi compatriota?» «Mi mujer piensa que el hombre debe haberse vuelto loco —me contestó—; nos ha ofrecido veinte liras».

»Sostuve su mirada sin inmutarme, volví a tomar la piedra e hice como que la examinaba a la luz con mayor atención; le di vueltas y más vueltas, y, por fin, me saqué una lupa del bolsillo y fingí estudiar cada línea con la observación más minuciosa. «Mi querido señor —dije por fin—, me inclino a estar de acuerdo con la *Signora* Melini. Si esta gema fuese auténtica tendría cierto valor, pero es una falsificación no muy bien hecha y no vale ni veinte *centesimi*. Me imagino que es hechura del siglo pasado y de manos poco hábiles». «Entonces más vale librarnos de ella —dijo Melini—. Nunca creí que valiera nada. Naturalmente, lo siento por el comerciante, pero cada uno debe saber el propio oficio. Le diré que aceptamos sus veinte liras». «Discúlpeme —le respondí—, pero el hombre necesita una lección y dársela será una obra de caridad. Dígale que no acepta un centavo menos de ochenta liras: mucho me sorprendería que no cerrase el trato en el acto».

»Uno o dos días después supe que el buhonero inglés había dejado la ciudad, tras corromper el gusto del público con su bisutería de Birmingham, puesto que le confieso que los gemelos en forma de habichuelas, las cadenas de plata como para sujetar perros y los broches con iniciales me han pesado siempre sobre la conciencia. No me perdono haber contribuido, aunque sea indirectamente, a extraviar el gusto de gentes sencillas; confío, sin embargo, en que el fin que tenía en mente valdrá más que esta grave acusación. Poco más tarde hice mi visita de despedida a los Melini, y el *signar* me informó, con una risita satisfecha, que mi plan había tenido completo éxito. Lo felicité por el gran negocio y antes de irme expresé el deseo de que el cielo pusiera en su camino muchos buhoneros de esa clase.

»Nada de interés ocurrió en mi viaje de regreso. Habíamos convenido en que Robbins me encara-

ría cierto día en cierto lugar y acudí a la cita con la más firme confianza: había conquistado la piedra preciosa y sólo me quedaba cosechar los frutos de la victoria. Siento desalentar la fe en nuestra común naturaleza humana que sin duda usted posee, pero no tengo más remedio que decírsela: hasta el día de hoy no he vuelto a poner los ojos en Robbins, mi empleado, ni en la antigua gema encargada a su custodia. He sabido que está de vuelta en Londres puesto que, tres días antes de mi propia llegada, un prestamista que conozco lo vio bebiendo su cerveza favorita en la taberna donde nos encontramos esta noche. Ninguna otra noticia tengo de él. Espero que ahora perdonará usted mi curiosidad por la historia y las aventuras del joven moreno de anteojos. Estoy seguro de

que sabrá usted compadecerme; le he perdido el gusto a la vida; me es muy amargo pensar que rescaté una muestra perfecta y exquisita del arte antiguo, que se hallaba en manos de gentes ignorantes y, más aún, inescrupulosas, sólo para entregarla a un hombre que, como es evidente, se encuentra desprovisto de todo principio de moralidad comercial.

—Mi querido señor —dijo Dyson—, permítame felicitarlo por su estilo: sus aventuras me han interesado muchísimo. Discúlpeme, sin embargo, si observo que acaba usted de emplear la palabra *moralidad*. ¿No le parece que algunas personas podrían tener objeciones a sus propios métodos comerciales? Yo mismo creo advertir ciertos defectos de orden moral en la concepción tan original que usted me ha descrito; me imagino que los puritanos se sentirían consternados ante su plan y lo considerarían inescrupuloso y hasta deshonesto.

Mr. Burton se sirvió sin afectaciones un poco más de whisky.

—Sus escrúpulos me parecen muy divertidos —respondió—. Tal vez no ha estudiado usted muy a fondo estas cuestiones de ética. Yo he debido hacerlo, tal como me vi obligado a aprender un sistema de contabilidad. Sin contabilidad, y aún más sin un sistema de ética, es imposible ocuparse de un negocio como el mío. Le aseguro a usted que a menudo, cuando paso por las calles llenas de gente y veo cómo va el mundo, me siento profundamente entristecido al pensar que muy pocos de estos transeúntes que aprietan el paso, personas bien vestidas, con sombreros elegantes, a quienes podríamos suponer lo bastante educadas, disponen de un sistema razonado de moralidad. Usted mismo no ha examinado la cuestión; es usted un estudioso de la vida y la sociedad, ha penetrado hasta cierto punto los velos y máscaras de la comedia humana, y sin embargo juzga ateniéndose a convenciones vacías y deja pasar por buena la moneda falsa. Permítame asumir el papel de Sócrates; no le enseñaré nada que usted ya no sepa. Me limitaré a apartar las coberturas del prejuicio y la mala lógica, y le mostraré la verdadera imagen que guarda en su alma. Comencemos. ¿Admite usted que existe la felicidad?

—Por supuesto —dijo Dyson.

—¿Y la felicidad es algo deseable o indeseable?

—Deseable, naturalmente.

—¿Y cómo llamaremos al hombre que da la felicidad? ¿No es un filántropo?

—Creo que sí.

—¿Y esta persona es digna de elogio, y será más digna de elogio en proporción al número de personas que haga felices?

—Sin duda.

—¿De modo que quien hace feliz a toda una nación es en extremo digno de elogio, y la acción por la cual da la felicidad es la más alta virtud?

—Así parece, oh Burton —contestó Dyson, que encontraba algo de verdaderamente delicioso en el carácter de su visitante.

—En efecto; conviene usted en que las diversas conclusiones son inevitables. Pues bien, aplíquelas a la historia que acabo de contarle. Procuré la felicidad a mi propia persona (es lo que creía) con la posesión de la piedra preciosa; otorgué la felicidad a los Melini, al conseguirles ochenta libras en lugar de un objeto al que no daban el menor valor, y pensaba dar la felicidad a toda nuestra nación vendiendo la gema al Museo Británico, para no hablar de la felicidad que hubiese representado para mí una utilidad de alrededor del nueve mil por ciento. Le aseguro que, a mi juicio, Robbins ha interferido en el cosmos y en el justo orden de cosas. Pero eso no tiene importancia; ya advierte usted que soy un apóstol de la más elevada moralidad: ha debido usted ceder ante mis razones.

—Sin duda sus razones parecen de mucho peso —dijo Dyson—. Admito que soy un simple aficionado a la ética, mientras que usted, como me ha dicho, ha sometido al más detenido examen estas cuestiones tan arduas y discutibles. Comprendo muy bien su ansiedad por encontrarse con el engañoso Robbins y me felicito de que el azar nos haya reunido. Perdóneme ahora lo que podría pasar por una falta de hospitalidad, pero son las once y media y creo que habló usted de un tren.

—Mil gracias, Mr. Dyson. Veo que tengo el tiempo justo. Vendré a visitarlo, con su permiso, una de estas tardes. Tenga usted buenas noches.

Capítulo V

La imaginación decorativa

En unas pocas semanas Dyson se acostumbró a las constantes incursiones del ingenioso Mr. Burton, quien parecía dispuesto a presentarse a todas horas, no se mostraba reacio a tomar un trago y le ofrecía sus sabias orientaciones ante los complejos problemas de la vida. Sus visitas aterraban y al mismo tiempo encantaban a Dyson, quien ya nunca estaba a salvo de una interrupción cuando se sentaba al escritorio para dedicarse a sus labores literarias, cada una de las cuales debía ser una obra maestra. De otra parte, escuchaba con vivo placer opiniones tan originales, si bien los razonamientos de Mr. Burton eran por momentos ligeramente falaces. Dyson cedía de buena gana a su gusto por la novedad y nunca dejó de ofrecer a su visitante una franca y cordial bienvenida. Mr. Burton comenzaba siempre preguntando por el desaprensivo Robbins y sufría una profunda decepción cada vez que Dyson le aseguraba no haberse encontrado con este ultraje a toda moralidad, como lo designaba Burton, quien juraba vengarse tarde o temprano de su desvergonzado abuso de confianza.

Una tarde pasaron un buen rato discutiendo la posibilidad de establecer para la generación presente, y para nuestro orden social moderno tan intensamente complicado, unas reglas de diplomacia social como las que dictó Lord Bacon a los cortesanos de Jacobo I.

—Es un libro que habría que escribir —decía Mr. Burton—, ¿pero quién será capaz de escribirlo? Le aseguro que la gente espera con ansia un libro como éste, que haría la fortuna del editor. Los *Ensayos* de Bacon son magníficos pero no tienen ya aplicación práctica; tampoco saca mucho provecho el estratega moderno del tratado *De Re Militrin*, escrito por un florentino del siglo XV. Las condiciones sociales de la época de Bacon y las de la nuestra no son menos distintas; las normas que fija de modo tan exquisito para el cortesano y el diplomático de los tiempos de Jacobo I nos servirían de muy poco hoy, en nuestras luchas desordenadas. Me temo que la vida se ha deteriorado, no quedan ya ocasiones para las finas agudezas con que hacía su carrera un hombre de estado. Salvo en negocios como el mío, en los que a veces se presenta una oportunidad, la sociedad se ha convertido, como tengo dicho, en un gran desorden; todos quieren prosperar, es cierto, pero, ¿cuál es el *myjen de parvenir*? Una mera imitación, y no muy elegante, de las artes del vendedor de jabones y el dueño de la fábrica de harina. Cuando pienso en estas cosas, mi querido Dyson, le confieso que me siento tentado a desesperar del siglo en que me ha tocado vivir.

—Es usted demasiado pesimista, mi estimado amigo —respondió Dyson—, y su criterio demasiado exigente. Estoy de acuerdo, por supuesto, en que vivimos tiempos con muchos aspectos de decadencia. Admito que, en general, nuestra apariencia es miserable; mucha filosofía haría falta para extraer lo noble y lo hermoso de Cromwell Road o de la

conciencia de un sectario no conformista. Los vinos australianos de tipo borgoña, las novelas escritas por señoras de la generación pasada y de la presente, los periódicos de gran tirada: todos estos factores contribuyen, qué duda cabe, a la depresión. No obstante disponemos de algunas ventajas: ante nosotros se desarrolla el más grande de los espectáculos que el mundo haya visto nunca: el misterio de las calles innumerables e interminables, las extrañas aventuras que por fuerza deben surgir de una acumulación tan compleja de intereses. Diré más: quien se ha detenido en la encrucijada de un suburbio, y ha visto extenderse ante sí las calles relucientes, vacías y desoladas, no ha vivido en vano. Este cuadro es, en realidad, más maravilloso que cualquier perspectiva de Bagdad o el Gran Cairo. Usted mismo, aparte de la interesante historia de la piedra preciosa que me contó el otro día, debe haber tenido muchas singulares aventuras en su propia carrera.

—Quizá no tantas como usted cree —respondió Mr. Burton—; buena parte, la mayor parte de mi negocio, es cosa tan rutinaria como vender artículos de lencería. Algo sucede de cuando en cuando, por supuesto. Hace diez años que monté mi oficina y supongo que también un corredor de fincas que ha practicado su profesión durante el mismo tiempo podría contarle unas cuantas historias curiosas. Una de estas noches le daré una muestra de mis experiencias.

—¿Y por qué no ahora mismo? Me parece que la hora conviene admirablemente a una historia extraordinaria. Mire usted la calle: inclinándose un poco puede usted verla sin dejar su asiento. ¿No es algo fascinante? La doble hilera de faroles que van a juntarse a lo lejos, el borroso perfil de los plátanos en la plaza, y las luces de los cabriolés que navegan de un lado a otro, se acercan y luego desaparecen; sobre todo el cielo tan despejado y azul y luminoso. Vamos, hombre, cuente usted una de sus *cent nouvelles nouvelles*.

—Mi querido Dyson, encantado de entretenerlo.

Con estas palabras Mr. Burton prologó la

Novela de la Doncella de Hierro

Creo que el hecho más extraordinario que recuerdo ocurrió hace unos cinco años. Todavía me estaba orientando; había decidido dedicarme a los negocios e iba todos los días a mi oficina, pero aún no contaba con relaciones verdaderamente lucrativas y, por consiguiente, disponía de mucho tiempo libre. No he pensado nunca en molestarlo con detalles de mi vida privada, que serían para usted enteramente desprovistos de interés. Debo decirle, no obstante, que tenía un amplio círculo de amigos y que al acabar la jornada no me faltaba nunca compañía. Por suerte, mis amigos pertenecían a casi todos los medios sociales: nada más lamentable, a mi juicio, que un círculo especializado en el cual se discuten y vuelven a discutir constantemente las mismas ideas. Siempre he tratado de encontrar tipos y personas que tengan en la cabeza algo que sea para mí una novedad; es posible adquirir conocimientos hasta en una

conversación entre empleados de la *city* escuchada por azar en un ómnibus. Entre mis amistades figuraba un joven médico, que vivía en un suburbio muy alejado del centro, y a menudo emprendí un viaje de tren intolerablemente largo por el placer de oírlo hablar. Una noche estábamos tan embebidos en la conversación, fumando nuestras pipas y bebiendo whisky, que se pasó la hora sin que nos diéramos cuenta; de pronto, comprobé con sorpresa que sólo me quedaban cinco minutos para alcanzar el último tren. Eché mano del bastón y el sombrero, bajé de un salto los escalones de la entrada y me lancé a la carrera calle abajo. En vano: oí el pitido de la locomotora y desde la puerta de la estación, al fondo de la vía larga y oscura, divisé una luz roja que brillaba un instante y desaparecía. En ese momento se acercaba el portero a cerrar la reja.

—¿Qué distancia hay a Londres? —le pregunté.

—Unas buenas nueve millas hasta el puente de Waterloo —me contestó antes de irse.

Ante mí comenzaba la larguísima calle suburbana, lóbregas distancias marcadas sólo por hileras de faroles parpadeantes, cuyo aire estaba envenenado por el olor ligeramente repugnante de las ladrilleras; la perspectiva no era, por cierto, muy alentadora y debía recorrer nueve millas a través de esas calles, tan desiertas como las de Pompeya. Sabía hacia dónde dirigirme, de modo que emprendí el camino con muy poco entusiasmo, mirando la sucesión de luces que se perdían a lo lejos; mientras andaba se abrían a mis lados calles tras calles, unas muy profundas y casi interminables que iban a dar a otras redes de tráfico, unas cuantas callejuelas protoplásmicas que empezaban ordenadamente con apretadas casas de dos pisos y acababan de repente en terrenos baldíos o grandes fosos, en muladares o campos de los que toda magia había desaparecido. He hablado de redes de tráfico y le aseguro que, caminando por esos lugares silenciosos, la fantasía se apoderó de mí y creí sentir el encanto del infinito. Me encontraba en medio de una inmensidad que me hacía pensar en las tinieblas exteriores del universo; pasaba de lo desconocido a lo desconocido por un camino señalado por faroles como por estrellas, y a ambos lados se extendía una región misteriosa, en que habitaban y dormían miríadas de seres humanos y en que las calles sucedían a las calles, como hasta el final del espacio. En un comienzo pasé ante casas de indecible monotonía, una sola muralla desnuda de ladrillos grises al borde de la acera, interrumpida por dos pisos de ventanas; luego noté poco a poco ciertas mejoras: las casas tenían jardines que se iban haciendo más grandes; el constructor de los arrabales se permitía algunas libertades; durante cierta distancia las escalinatas se hallaban defendidas por un par de leones de yeso y el perfume de las flores prevalecía sobre la emanación de los ladrillos recalentados. La calle subía una colina, al fondo de una transversal se elevaba la media luna sobre los árboles y, más allá, el horizonte parecía cubierto de una nube que difundía olor a incienso: un gran espinillo blanco recién florecido. Seguí adelante tercamente, aguzando el oído por si escuchaba el ruido de algún simón extraviado por esos parajes, pero los coches de plaza no suelen llegar al territorio de las gentes que van al

centro por la mañana y vuelven al caer la tarde, y ya me había resignado a andar todo el camino cuando, de pronto, me di cuenta de que alguien venía en sentido contrario por la misma acera. Parecía un hombre salido a dar un paseo, y aunque la hora y el lugar hubiesen justificado una manera de vestir poco convencional, llevaba la levita, la corbata negra y el sombrero de copa de la civilización. Nos encontramos bajo un farol y, como muchas veces sucede en esta gran ciudad, resultó que los dos transeúntes que se cruzaban por azar se conocían.

—¿Mr. Mathias, si no me equivoco? —le dije.

—Sí señor, y usted es Frank Burton. No le pediré disculpas por la confianza, puesto que ése es su nombre. ¿Puedo preguntarle dónde va?

Le expliqué mi situación y agregué que había atravesado una región tan desconocida para mí como el más oscuro rincón del África.

—Creo que me quedan aún otras cinco millas —terminé diciendo.

—¡Qué tontería! Se viene usted a casa conmigo. Vivo cerca de aquí, estoy dando una vuelta antes de acostarme. Venga usted: más le valdrá pasar la noche en una cama, aunque sea improvisada, que caminando cinco millas.

Dejé que, tomándome del brazo, me llevara con él, aunque mucho me sorprendía tanta cordialidad en alguien que, después de todo, no pasaba de ser un simple conocido del club. No creo haberle dirigido la palabra media docena de veces hasta esa ocasión; Mr. Mathias era hombre de estarse horas enteras en su sillón sin decir esta boca es mía, sin leer y sin fumar, aunque de cuando en cuando se humedecía los labios con la lengua y sonreía de una manera extraña. Confieso que nunca me había atraído y que, a fin de cuentas, hubiese preferido seguir andando, pero me llevó agarrado del brazo por una calle lateral hasta que nos detuvimos ante un muro muy alto. Pasamos luego a través de un jardín silencioso e iluminado por la luna, bajo la sombra de un viejo cedro, y entramos en una antigua casa de ladrillos, con varios tejados. Me sentía muy cansado y, lanzando un suspiro de alivio, me dejé caer en un sillón de cuero. Usted conoce ese cascajo infernal que echan en las aceras de los suburbios; andar resulta una penitencia y mi caminata de cuatro millas me había fatigado más que diez millas por una vereda de campo. Miré con cierta curiosidad en torno mío: una lámpara de pantalla arrojaba un círculo de luz sobre unos papeles desperdigados en un escritorio con incrustaciones de bronce, de esos del siglo pasado, pero lo demás se encontraba en la penumbra y sólo me di cuenta de hallarme en una sala baja y alargada, llena de objetos que no distinguía y que podían ser muebles. Mr. Mathias tomó asiento en un segundo sillón y miró alrededor con esa peregrina sonrisa suya. Era hombre de cincuenta a sesenta años y de aspecto muy particular: siempre bien afeitado y tan pálido que hasta los labios los tenía blancos.

—Ya está usted aquí —comenzó diciendo—. Ahora debo infligirle mi colección. ¿No sabía usted que soy coleccionista? He dedicado muchos años a reunir curiosidades y en mi caso creo que se trata de algo que de verdad es curioso. Pero necesitamos más luz.

Fue al centro de la sala y encendió una lámpara que colgaba del techo; no bien se prendió el círculo de la mecha cuando de todas partes de la habitación surgieron imágenes de horror. Apoyados contra la pared se veían grandes marcos de madera provistos de complicados aparatos de sogas y poleas; una rueda de apariencia siniestra se levantaba al lado de lo que parecía una parrilla gigantesca; sobre varias mesitas relucían instrumentos de acero, dispuestos como al azar y listos para ser utilizados; una máquina de tornillo y tuerca arrojaba sombras inquietantes y del fondo de un nicho asomaban los dientes crueles y filosos de una sierra.

—Sí —dijo Mr. Mathias—, como usted ve son instrumentos de tortura, de tortura y de muerte. Algunos, muchos podría decir, han sido utilizados; unos cuantos son reproducciones de modelos antiguos. Esos cuchillos han servido para desollar; ese bastidor, excelente ejemplar, por cierto, es un potro de tortura. Mire esto: viene de Venecia. ¿Ve usted esa especie de collar en forma de herradura? Pues el paciente, por llamarlo así, se sentaba con toda comodidad y se le ajustaba la herradura en torno al cuello. Luego se unían ambos extremos con un cordón de seda y el verdugo daba vueltas a la manivela que acciona el cordón; la herradura se contraía poco a poco, a medida que el cordón se iba poniendo tirante, y no había sino que seguir dando vueltas a la manivela hasta que el hombre moría estrangulado. La ejecución se hacía en silencio, en una de las mazmorras que están bajo los Plomos. Todas estas cosas son, claro está, europeas; los orientales son mucho más ingeniosos. Vea usted mis máquinas chinas: ¿ha oído hablar de la «Muerte Lenta»? Estos objetos, sabe usted, son mi manía. A veces estoy aquí sentado hora tras hora, pensando en mi colección. Me imagino que veo aparecer en la oscuridad las caras de los hombres que han sufrido, caras perfiladas por la agonía, empapadas en el sudor de la muerte, y los oigo que piden piedad a gritos. Pero quiero enseñarle mi última adquisición. Venga conmigo a la otra sala.

Fui tras Mr. Mathias. El cansancio de la caminata, lo tardío de la hora y lo inverosímil de toda la escena me hacían sentirme como en un sueño; nada hubiera podido sorprenderme mucho. La segunda sala, al igual que la primera, estaba repleta de instrumentos atroces; bajo una lámpara había una plataforma de madera y sobre ella una figura. Era una estatua, en bronce verde, de una mujer desnuda, con los brazos abiertos y una sonrisa en los labios; podía pasar por una Venus y, sin embargo, algo tenía en su aspecto de mortal y perverso.

Mr. Mathias la miró con aire de satisfacción.

—¡Una verdadera obra de arte! —exclamó—. ¿No le parece? Está hecha de bronce, como usted ve, aunque hace mucho tiempo que se llama la Doncella de Hierro. Me acaba de llegar de Alemania; esta misma tarde la sacamos de la caja y ni siquiera he tenido tiempo de leer la carta con las instrucciones. ¿Ve usted ese botón entre los senos? Pues se ataba a la víctima contra la Doncella, se apretaba el botón y los brazos se cerraban lentamente, apretando el cuello. Ya se imagina usted el resultado.

Mientras hablaba, Mr. Mathias daba a la estatua unos golpecitos cariñosos. Me aparté y volví la cara hacia otro lado, pues me repugnaban tanto el hombre como su tesoro abominable. Sentí un ligero ruido, apenas más fuerte que el tictac de un reloj, al que no presté atención, y luego, de pronto, un zumbido, el ruido de una máquina en marcha. Me di media vuelta. No he olvidado nunca la horrible agonía que vi en la cara de Mathias cuando los brazos implacables le apretaron el cuello; hubo una breve lucha, como de fiera que cae en la trampa, y después un grito que acabó en un quejido ahogado. El zumbido se convirtió en un pesado traqueteo. Traté con todas mis fuerzas de separar los brazos de bronce pero nada pude hacer. La cabeza se había inclinado levemente y los labios verdes estaban sobre los labios de Mathias.

Naturalmente, tuve que asistir a la audiencia. La carta que llegó con la estatua se encontró sin abrir sobre la mesa del estudio. La empresa de comerciantes alemanes advertía a su cliente que tuviese mucho cuidado al tocar la Doncella de Hierro, pues el mecanismo estaba listo para ser utilizado.

Durante varias semanas Mr. Burton deleitó a Dyson con su agradable conversación, adornada de anécdotas y entremezclada con el relato de singulares aventuras. Por último, se desvaneció tan súbitamente como había aparecido y, en su última visita, consiguió llevarse consigo un ejemplar de la *Anatomía* que es obra de su tocayo. Dyson, habida cuenta de este violento ataque al derecho de propiedad, así como de algunas incoherencias manifiestas en la conversación de su ex amigo, llegó a la conclusión de que sus historias eran simples fábulas y de que la Doncella de Hierro sólo existía en el ámbito de una imaginación decorativa.

Capítulo VI

El recluso de Bayswater

Entre los muchos amigos a los que Mr. Dyson favorecía ocasionalmente con el placer de su compañía se hallaba Mr. Edgar Russell, oscuro y abnegado escritor realista que vivía en un pequeño cuarto, sin vista a la calle, en un segundo piso de Abingdon Grove, en Notting Hill. Bastaba alejarse unos pasos de la calle principal para advertir la atmósfera propia de Abingdon Grove: cierta calma, una paz soñolienta en la cual los pies tendían a moverse más despacio. Las casas estaban separadas de la acera por jardines en los que, según la estación, florecían alegremente lilas, laburnos y mayas de color rojo sangre. En una esquina, una antigua mansión, cuya fachada principal daba a otra calle, había logrado mantener en la parte de atrás un verdadero pardín amurallado de gran tamaño, que despedía un delicioso olor a hierba con las lluvias de comienzos del verano, en el que unos viejos olmos guardaban memorias del campo abierto y por el cual era grato caminar sobre el césped. Las casas de Abingdon Grove, pertenecientes en su mayoría al mediocre período estuco de hace unos treinta y cinco años, se hallaban pasablemente construidas y ofrecían un alojamiento tolerable a familias de modestos recursos; casi todas se habían convertido en viviendas de alquiler y no era raro ver sobre sus puertas letreros que anunciaban «Apartamento amueblado». En este lugar, en una casa de suficiente buen aspecto, se había establecido Mr. Russell, para quien la pobreza y la suciedad de la bohemia literaria no pasaban de ser una convención falsa y anticuada, y que prefería, según decía él mismo, vivir donde pudiese ver hojas verdes. En efecto, desde su habitación disfrutaba de una vista magnífica sobre una larga fila de jardines y una hilera de álamos ocultaba durante el verano el melancólico paisaje de las construcciones de Wilton Street. Mr. Russell, hombre de exiguos ingresos, se alimentaba sobre todo de pan y té, pero cuando Dyson venía de visita enviaba al chico de la casa por un cuarto de cerveza y dejaba a su amigo entera libertad para fumar todo lo que quisiese del propio tabaco. La dueña había tenido la desgracia de quedarse durante varios meses sin inquilino para el primer piso y durante todo ese tiempo un letrero había proclamado en la puerta de la casa el vacío del interior. Una noche de comienzos de otoño, al subir Dyson los escalones de la entrada, sintió que algo faltaba y al mirar al tragaluz se dio cuenta de que había desaparecido el anuncio.

—¿Han alquilado el primer piso? —preguntó, tras saludar a Mr. Russell.

—Así es; lo alquiló una señora hace quince días.

—No me diga —respondió Dyson y, siempre curioso—: ¿Una señora joven?

—Sí, creo que sí. Es viuda y lleva un velo de crespón. Me he encontrado con ella un par de veces, en la entrada y en la calle, pero no le

he visto la cara.

—Bueno —dijo Dyson, cuando tuvieron ante sí la cerveza y las pipas encendidas—. ¿Qué ha estado usted haciendo? ¿Cómo va ese trabajo?

—¡Ay de mí! —contestó el joven, con expresión de gran tristeza—. La vida es un purgatorio y poco menos que un infierno. Escribo eligiendo cada una de mis palabras, pesando y equilibrando la fuerza de cada sílaba, calculando los más sutiles efectos que puede producir el idioma, borrando y escribiendo otra vez, pasándome la noche entera en una sola página. A la mañana siguiente, cuando leo lo que he escrito, lo único que puedo hacer es arrojar el papel al canasto, si está escrito por ambos lados, o guardarlo en el cajón si el reverso está en blanco. Cuando escribo una frase en la que digo algo original o ingenioso, la expresión es vulgar; cuando el estilo es bueno, sólo sirve para esconder la trivialidad de una fantasía trasnochada. Escribir me cuesta un trabajo horrible, Dyson, cada línea es una verdadera agonía. Envidio la suerte del carpintero de la esquina porque comprende su oficio. Cuando le piden una mesa no se retuerce de angustia; en cambio, si yo tuviese la mala suerte de que me encargasen un libro, creo que me volvería loco.

—Mi querido amigo, toma usted las cosas demasiado en serio —dijo Dyson—. Deje usted correr la pluma sobre el papel. Sobre todo, cada vez que se siente a escribir, crea firmemente que es usted un artista y que se trae entre manos una obra maestra. Suponga que le faltan las ideas; diga, como lo oí decir a uno de nuestros artistas más finos: «Qué más da, las ideas están todas allí, en el fondo de la caja de cigarrillos». Usted fuma pipa pero la receta es la misma. Además, no le han faltado momentos felices, que deben ser consuelo suficiente.

—Quizá tenga usted razón. Pero esos momentos son muy escasos, y en cambio sufro la tortura de una concepción estupenda arruinada por una ejecución que sería indigna de la hoja parroquial. Hace una o dos noches, por ejemplo, me sentí feliz durante un par de horas; estaba despierto y veía visiones. ¡Y luego, por la mañana!

—¿Qué idea era esa?

—Me parecía algo espléndido: pensaba en Balzac y su *Comedia Humana*, en Zola y la familia Rougon Macquart. De pronto se me ocurrió escribir la historia de una calle. Cada casa sería un volumen. Elegí la calle, veía las casas una a una y leía como en un libro su fisiología y psicología; la calle se extendía ante mis ojos en la forma que de verdad tiene: una callecita que conozco, por la que he pasado cien veces, en que hay unas veinte casas, ricas y pobres, y jardines con lilas en flor. Al mismo tiempo era un símbolo, una vía dolorosa de esperanzas acariciadas y defraudadas, años y años de una existencia monótona sin mayores alegrías o tristezas, nada más que penas y tragedias oscuras; en la puerta de una de las casas vi la mancha roja de la sangre, y detrás de una ventana, dos sombras ennegrecidas y borrosas sobre las persianas, meciéndose al extremo de una cuerda, las sombras de un hombre y de su mujer, ahorcados en un salón vulgar alumbrado con gas. Estas fueron mis fantasías pero, en cuanto la pluma tocó el papel, se marchitaron y

desvanecieron.

—Sí, hay mucho de eso —respondió Dyson—. Le envidio a usted el trabajo de transmutar la visión en realidad y, aún más, le envidio el día en que al mirar sus estanterías verá en ellas una colección de veinte volúmenes, la serie completa y terminada para siempre. Permítame rogarle que los haga encuadernar en un buen pergamino con letras de oro: es la única encuademación posible para un libro de valor. Cuando paso ante una tienda de lujo y veo en los escaparates los volúmenes en tafilete, llenos de guarniciones y adornos, en lindos contrastes de rojo y verde, digo para mí: «Esos no son libros, sino *bibelots*». Un libro así encuadernado, hablo de un verdadero libro, claro está, es como una estatua gótica cubierta de brocado de Lyon.

—¡Ay! —exclamó Rusell—. No hace falta que discutamos la encuademación, los libros no están comenzados.

Siguieron conversando, como siempre, hasta las once, hora en que Dyson dio a su amigo las buenas noches. Conocía el camino y bajó solo las escaleras, pero cuál no sería su sorpresa cuando, al cruzar el descansillo del primer piso, se entreabrió una puerta y apareció una mano que lo llamaba.

Dyson no era hombre de titubear en esas circunstancias. En un abrir y cerrar de ojos se precipitó a la aventura, diciendo para sus adentros que nunca un Dyson desoyó el llamado de una dama. Hubiera entrado a la habitación en silencio y con los cuidados que exigía el honor de la señora, pero oyó que le decían, en voz baja aunque con toda claridad:

—Vaya hasta abajo, abra la puerta de calle y vuélvala a cerrar, para que lo oigan en la casa. Luego suba a verme y, por amor de Dios, no haga ruido.

Dyson obedeció las órdenes, no sin dudar un poco, pues temía encontrarse a su regreso con la dueña de casa o la criada. Bajó y volvió a subir caminando como un gato, y aunque hizo ruido en cada uno de los escalones, prefirió creer que nadie lo había oído. Al llegar otra vez al primer piso vio abrirse de par en par la puerta y se encontró en medio de un salón, haciendo una reverencia algo desmañada.

—Tome usted asiento, señor. Tal vez esta silla sea la mejor: era la que prefería el difunto esposo de la dueña. Le pediría que fumase, pero el olor puede denunciarme. Mi manera de actuar debe parecerle poco convencional, pero lo vi llegar esta tarde y creo que no negará usted su ayuda a una mujer tan desgraciada como yo.

Mr. Dyson miró tímidamente a la joven que tenía ante sí. Vestía de luto, pero el encanto de los ojos castaños y la expresión de sonriente picardía no se acordaban muy bien con las ropas negras ni con el gastado crespón.

—Señora —contestó con galantería—, su intuición no la ha engañado. No nos preocuparemos, si le parece bien, de la cuestión de las convenciones sociales: un hombre caballeroso no repara en esas cosas. Espero tener el privilegio de servirla.

—Es usted muy amable conmigo, y estaba segura de que así sería —dijo la joven—. Ah, señor, tengo experiencia de la vida y rara vez me equivoco. Sin embargo los hombres suelen ser tan viles y ciegos que temblé antes de dar este paso, que puede resultar tan fatal como desesperado.

—Conmigo nada tiene usted que temer —respondió Dyson—. He sido criado en la fe del caballero y trato de no olvidar nunca la orgullosa tradición de mi familia. Confíe usted en mí, cuente con mi discreción y, de ser posible, con mi ayuda.

—Señor, no le haré perder su tiempo, sin duda muy valioso, con charlas inútiles. Sepa usted, entonces, que soy una fugitiva, escondida en esta casa; me pongo en su poder; no tiene más que describirme y caigo en manos de un enemigo implacable.

Mr. Dyson se preguntó durante un segundo cómo podía ser posible esto, pero no hizo sino renovar su promesa de discreción y repitió que sería el espíritu encarnado del silencio.

—Muy bien —dijo la señora—. El fervor oriental de su estilo es delicioso. Para comenzar debo corregir la impresión equivocada de que soy viuda. Me he visto obligada a vestir estas ropas tan tristes por una serie de extrañas circunstancias; en otras palabras, me ha parecido conveniente disfrazarme. Creo que tiene usted un amigo en la casa, Mr. Russell. Parece hombre de carácter tímido y reservado.

—Perdone usted, señora —dijo Dyson—: no es tímido, sino realista; tal vez sepa usted que no hay cartujo que compita con el encierro claustral al que se retira el novelista realista. Es su manera de observar la naturaleza humana.

—Bueno, bueno —dijo la señora—. Todo esto es de lo más interesante, pero no tiene relación con nuestro asunto. Debo contarle a usted mi historia.

Y con estas palabras la joven empezó a contar la

Novela del polvo blanco

Me llamo Leicester. Mi padre, el general de división Wyn Leicester, distinguido oficial de artillería, sucumbió hace cinco años a una complicada enfermedad al hígado contraída en el clima mortal de la India. Un año más tarde, mi único hermano, Francis, volvió a casa tras terminar estudios excepcionalmente brillantes en la Universidad y se dedicó, con la resolución de un ermitaño, a dominar lo que alguien ha llamado con acierto la gran leyenda de la ley. Era un hombre que parecía vivir en completa indiferencia a todo lo que se llama placer, y aunque mejor plantado que la mayoría de los jóvenes, y capaz de hablar con el ingenio y la vivacidad de un simple vagabundo, se retiró de la sociedad y se recluyó en una gran habitación que hay en los altos de la casa, decidido a convertirse en un jurista. Al comienzo se fijó como tarea diaria diez horas de intensa lectura; desde que aparecía la primera luz en el horizonte hasta que caía la tarde estaba encerrado con sus libros, almorzaba

conmigo en media hora y con muchas prisas, como si escatimase esos momentos, y por las tardes salía a dar un breve paseo cuando empezaba a oscurecer. Estos estudios incesantes tienen que ser malos para la salud, me decía yo, y trataba de atraerlo para que dejase un poco sus arduas lecturas, pero su fervor aumentó en vez de disminuir y dedicó al trabajo más y no menos horas. Hablé con él seriamente, proponiéndole que se tomase de cuando en cuando un descanso y, por lo menos, consintiese en pasarse una tarde de ocio con una novela entretenida, pero me respondió echándose a reír, que para distraerse repasaba títulos feudales y se burló de mi idea de salir al teatro o de irnos un mes al campo. Tuve que admitir que su aspecto era bueno, y que el mucho trabajo no parecía afectarlo, pero estaba segura de que sus esfuerzos tan poco naturales acabarían por hacerle daño y no me equivocaba. Primero fue una expresión de ansiedad en la mirada, luego pareció que languidecía y, por último, me confesó que su salud ya no era perfecta; lo aquejaba, dijo, una sensación de mareo y solía tener pesadillas horribles que lo despertaban a mitad de la noche, despavorido y empapado en sudores fríos.

—Me estoy cuidando —añadió—, de modo que no te preocupes. Ayer me pasé toda la tarde sin hacer nada, descansando en esa butaca tan cómoda que me diste y escribiendo tonterías en un papel. No, no trabajaré demasiado. Puedes estar convencida de que en una o dos semanas estaré bueno y sano.

Sin embargo, por más que intentase tranquilizarme, yo veía que no mejoraba, sino que se ponía peor; entraba al salón con cara de estar alicaído y frunciendo el ceño, aunque trataba de adoptar un aire alegre cuando yo le ponía los ojos encima. Los síntomas me parecían de mal agüero y a veces me asustaban la irritación nerviosa de sus movimientos y unas miradas que no lograba descifrar. Muy en contra de su voluntad lo obligué a consultar a un doctor y, por fin, fue a ver, de mala gana, al viejo médico de la familia.

El doctor Haberdon calmó mis temores después de examinar a su paciente.

—La verdad es que no hay nada serio —me dijo—. Lee demasiado, come muy rápido y vuelve de inmediato a sus libros. Esto provoca, como es natural, trastornos digestivos y una pequeña irritación del sistema nervioso. Creo, sin embargo, no lo digo por tranquilizarla, Miss Leicester, que podemos curarlo del todo. Le he recetado una medicina que le sentará de maravilla. No tiene usted ninguna razón para inquietarse.

Mi hermano insistió en hacer preparar la receta en la botica del barrio; era una tienda pintoresca y pasada de moda, sin los oropeles ni la estudiada coquetería que adornan con tanto brillo los mostradores y anaqueles de las farmacias modernas, pero Francis sentía simpatía por el viejo boticario y tenía confianza en la escrupulosa pureza de sus materiales. El remedio llegó a su tiempo y vi que mi hermano lo tomaba regularmente después de las comidas. Era un polvo blanco, de aspecto inocente; había que disolver un poco en un vaso de agua fría y desaparecía por completo al revolver el agua, que quedaba clara y sin

color alguno. Al comienzo, Francis mejoró mucho; se le borró el cansancio de la cara y recobró el buen humor que había perdido desde que dejara la Universidad; hablaba alegremente de reformarse y me confesó que había perdido el tiempo.

—Le he dedicado demasiadas horas al Derecho —me dijo riéndose—. Creo que me has salvado justo a tiempo. Todavía llegaré a Presidente de la Cámara de los Lores, pero no debo olvidarme de la vida. Dentro de poco, tú y yo nos tomaremos unas vacaciones; iremos a París, a divertirnos, y ni siquiera pasaremos cerca de la *Bibliothèque Nationale*.

Le contesté que me encantaba la idea.

—¿Cuándo vamos? —pregunté—. Puedo salir mañana, si quieres.

—Ah, eso es quizá demasiado pronto. Después de todo, aún no conozco Londres y supongo que hay que probar primero los placeres de la propia tierra. Pero saldremos dentro de una o dos semanas, de modo que puedes ir puliendo tu francés. Yo sólo conozco el francés jurídico y me temo que no baste.

Estábamos acabando de cenar y bebió el remedio con un gesto festivo, saboreándolo como si fuese un vino escogido.

—¿Tiene algún gusto especial? —quise saber.

—No; no sabría que no es agua lo que bebo —contestó y, levantándose de la silla, se puso a caminar de un lado a otro por el comedor, como si no hubiera decidido lo que iba a hacer.

—¿Quieres que tomemos café en el salón? —le pregunté—. ¿O prefieres fumar?

—No. Creo que saldré a dar una vuelta; parece que tendremos una noche agradable. Mira el cielo del atardecer: es como una gran ciudad que se incendia mientras abajo, entre las casas oscuras, cae reciamente una espesa lluvia de sangre. Sí, voy a salir; es posible que vuelva pronto pero, en todo caso, tengo mi llave; buenas noches, querida mía, por si no te veo otra vez.

La puerta se cerró detrás suyo y lo vi alejarse por la calle, caminando a buen paso y agitando el bastón. Me sentí agradecida al doctor Haberdon por una mejoría tan notable.

Creo que esa noche mi hermano volvió muy tarde de la calle, pero a la mañana siguiente se levantó de excelente humor.

—Anoche salí a dar una vuelta sin pensar adonde iba —me dijo—. Caminaba disfrutando del fresco, contento de mezclarme a la multitud al llegar a los barrios más frecuentados. En medio de la gente me encontré con Orford, un viejo compañero de la Universidad, y luego... bueno, pues nos divertimos. He sentido lo que es ser joven y ser hombre. Tengo sangre en las venas, como los demás. Esta noche me he citado con Orford; nos reuniremos unos cuantos amigos en el restaurante. Sí, me voy a divertir una o dos semanas, pienso echar mi cana al aire y luego nos iremos juntos de viaje.

El carácter de mi hermano se transformó de tal manera que, en unos pocos días quedó convertido en un hombre amante del placer, un bohemio alegre y despreocupado de los barrios del Oeste, cazador de restaurantes de lujo, crítico enterado de los bailes más fantásticos; engordaba a ojos vista y no volvió a hablar de París, pues era claro que había hallado su paraíso en Londres. Todo me parecía muy bien aunque, a decir verdad, empecé a preocuparme, porque en su alegría creía distinguir algo que, por alguna razón, me disgustaba, si bien no hubiese sido capaz de precisar mi sentimiento. Pero luego, poco a poco, se produjo un cambio. Mi hermano seguía regresando a la madrugada, pero no volví a oír hablar de sus placeres, y una mañana, mientras tomábamos el desayuno, lo miré de pronto a los ojos y vi ante mí a un extraño.

—¡Oh, Francis! —exclamé—. ¡Francis, Francis! ¿Qué has hecho? —y no pude seguir porque me ahogaban mis propios sollozos.

Salí llorando del comedor, y aunque no sabía nada, todo lo sabía; en ese momento, por una curiosa asociación de ideas, me acordé de la tarde en que mi hermano salió por primera vez a probar su hombría, y resplandeció ante mí la imagen de la puesta de sol, las nubes ardiendo como una ciudad en llamas y la lluvia de sangre. Sin embargo luché contra estas ideas y me dije que no sería mucho el daño; esa noche, terminada la cena, decidí insistir para que Francis fijase la fecha de nuestras vacaciones en París. Habíamos estado conversando tranquilamente y mi hermano acababa de tomar la medicina como todos los días; estaba a punto de hablarle cuando las palabras que formaba mentalmente desaparecieron, y durante un segundo sentí un peso helado e intolerable que me oprimía el corazón y me sofocaba con el terror indecible de quien, estando vivo, siente cerrarse sobre él la tapa del ataúd.

Habíamos cenado sin encender las velas. El comedor pasó de la luz dudosa del atardecer a la penumbra y las paredes y rincones se perdían en la sombra. Desde mi asiento divisaba la calle y pensaba en lo que le diría a Francis, cuando el cielo comenzó a brillar y a enrojecerse, como en otra tarde memorable, y en el espacio entre dos bloques oscuros de casas surgió un tremendo escenario de llamas: torbellinos incandescentes de nubes retorcidas, profundidades ardiendo, masas grises exhaladas por una ciudad humeante, mientras aparecía una gloria perversa y deslumbrante, atravesada en lo alto por lenguas de un fuego aún más ardiente y hundiéndose por debajo en un profundo lago de sangre. Bajé la vista para mirar a mi hermano, que estaba sentado frente a mí, y cuando iba a hablarle vi la mano que tenía puesta sobre la mesa. Entre el pulgar y el índice de la mano cerrada había una marca, una pequeña mancha del tamaño de una moneda de seis peniques y del color que deja un mal golpe. No podía decir por qué, advertida seguramente por un instinto que no alcanzo a definir, supe en el acto que no estaba viendo un simple cardenal. ¡Ay!, si la carne humana ardiera como la llama, y la llama fuese negra como el alquitrán, quedaría la marca que vi entonces con estos ojos. Sin pensamiento, sin palabras, creció en mí un oscuro horror ante lo que veía, que una célula reconoció en mi interior como un estigma.

Durante un instante el cielo iluminado se volvió negro como el de medianoche y cuando la luz volvió a mí me encontré sola en el comedor silencioso. Poco después oí a mi hermano que salía de casa.

Aunque era tarde me puse el sombrero y fui a ver al doctor Haberdén. En la gran sala de su consultorio, mal alumbrada por una vela que el doctor trajo consigo, le conté con labios temblorosos y una voz que se me quebraba a pesar de mi resolución, todo lo ocurrido desde el día en que mi hermano empezó a tomar la medicina hasta la mancha aterradora vista sólo media hora antes.

Cuando terminé el doctor quedó mirándome un minuto con expresión de piedad.

—Mi querida Miss Leicester —dijo—, veo muy bien que está usted inquieta por su hermano. Estoy seguro de que se preocupa usted por él. Dígame la verdad, ¿no es así, acaso?

—Sí que estoy inquieta —le contesté—. Hace una o dos semanas que no me siento tranquila.

—Precisamente. ¿Sabe usted, por supuesto, qué cosa tan rara es el cerebro?

—Comprendo lo que quiere usted decir, pero no me he engañado. He visto lo que le conté con mis propios ojos.

—Claro que sí. Pero antes había fijado los ojos en la extraordinaria puesta de sol que tuvimos esta tarde. Esa es la única explicación. Mañana verá las cosas de otra manera, no lo dude usted. Recuerde, sin embargo, que siempre estaré dispuesto a ayudarla en lo que pueda; no dude en venir a verme o en mandarme llamar si algo la preocupa.

Me fui sin haber recobrado la serenidad, sintiéndome perpleja, dolorida y aterrada, sin saber dónde volverme. A la mañana siguiente, en cuanto vi a mi hermano, el corazón me dio un vuelco al advertir que llevaba envuelta en un pañuelo la mano derecha, la mano en que yo había visto claramente una mancha como de fuego negro.

—¿Qué tienes en la mano, Francis? —le pregunté, sin que me temblara la voz.

—Nada grave. Anoche me corté el dedo y sangró un poco. Me he vendado como he podido.

—Te pondré una venda mejor, si quieres.

—No, muchas gracias, así está muy bien. ¿Y si tomáramos desayuno? Estoy muerto de hambre.

Nos sentamos a la mesa y no dejé de observarlo. Casi no comió ni bebió nada, y le arrojó al perro la carne que le sirvieron cuando creyó que yo no me daba cuenta. Entonces vi en sus ojos una mirada que no le había visto nunca, y me pasó por la cabeza la idea de que era una mirada apenas humana. Estaba convencido de que, por increíble y espantoso que fuese lo que había visto la noche anterior, no era ninguna ilusión, ningún engaño de mis sentidos extraviados, y esa misma mañana regresé a casa

de médico.

El doctor Haberden sacudió la cabeza con aire desconcertado e incrédulo y pareció reflexionar unos minutos.

—¿Y dice usted que sigue tomando el remedio? Pero, ¿por qué? Entiendo que todos los síntomas de que se quejaba han desaparecido; ¿para qué tomarlo si se siente bien? Y, a propósito, ¿dónde hizo preparar la receta? ¿En la farmacia de Sayce? El viejo se está volviendo descuidado y hace tiempo que no le mando a nadie. Vamos juntos a verlo, me gustaría hablar con él.

Acompañé al doctor a la botica. El viejo Sayce conocía al doctor Haberden y estaba dispuesto a contestar a sus preguntas.

—Le ha estado usted enviando esto a Mr. Leicester desde hace varias semanas, por receta mía —dijo el doctor, dándole un papel en que había algo escrito.

El boticario se puso unos grandes anteojos y levantó el papel con manos temblorosas.

—Ah, sí —respondió—. Me queda muy poco. Es un fármaco más bien raro y lo he tenido almacenado algún tiempo. Tendré que pedir más si Mr. Leicester lo sigue tomando.

—Permítame echarle una mirada —dijo Haberden y, al recibir el frasco de vidrio, retiró el tapón, olió el contenido y miró con severidad al boticario.

—¿Dónde ha conseguido usted esto? —le preguntó—. ¿Y qué cosa es? Para empezar, Mr. Sayce, no es lo que he recetado. Sí, sí, ya veo lo que dice la etiqueta, pero le aseguro que éste no es el medicamento.

—Lo tengo desde hace mucho —respondió el viejo, asustado—. Lo compré en Burbage, como siempre. No se receta a menudo y ha estado varios años en el anaquel. Ya ve usted que queda muy poco.

—Más vale que me lo lleve —dijo el médico—. Me temo que ha ocurrido algo malo.

Salimos en silencio de la tienda. El doctor llevaba bajo el brazo un paquete con el frasco.

—Doctor Haberden —le dije, una vez que dimos unos pasos—. Doctor Haberden.

—Sí —me respondió, con aire preocupado.

—Quisiera que me dijese lo que ha estado tomando mi hermano dos veces al día desde hace un mes.

—Francamente, Miss Leicester, no lo sé. Hablaremos de eso cuando lleguemos a mi casa.

No dijimos una palabra más hasta entrar al consultorio. El doctor me invitó a sentarme y se puso a caminar de arriba abajo por la sala, poseído —lo notaba en su expresión sombría— por las más graves inquietudes.

—Bueno —dijo al fin—, todo esto es muy insólito y es natural que se

sienta usted alarmada. Debo confesarle que yo mismo no las tengo todas conmigo. Dejemos de lado, si me lo permite, lo que me contó usted anoche y esta mañana; el hecho es que durante las últimas semanas, Mr. Leicester se ha estado impregnando el organismo con un fármaco que me es completamente desconocido. Le aseguro que no es lo que yo receté; lo que de verdad contiene el frasco está por verse.

Deshizo el paquete, derramó con cuidado unos cuantos granos en un pedazo de papel y los miró de cerca.

—Sí, parece sulfato de quinina, como usted dice; es una sustancia escamosa... pero sienta el olor.

Me tendió el frasco y me incliné sobre él. Era un olor extraño y nauseabundo, vaporoso e irresistible, como de un fuerte anestésico.

—Haré que lo analicen —dijo Haberden—. Un amigo mío ha dedicado toda su vida a la ciencia química. Entonces sabremos qué pensar. No, no me diga nada más sobre lo otro; no puedo escucharla; siga mi consejo y ya no piense en el asunto.

Esa noche mi hermano no salió a la calle después de cenar, como solía.

—Ya me he divertido bastante —dijo con uaí risa hueca—, y tengo que volver a mis viejas costumbres. Un poco de Derecho será un descanso después de una dosis tan extrema de placeres— y sonriendo para sí se fue a su cuarto. Seguía con la mano vendada.

El doctor Haberden vino unos días más tarde.

—No tengo ninguna noticia que darle —me anunció—. Chambers ha salido de Londres, de modo que no sé más que usted de la sustancia. Pero me gustaría ver a Mr. Leicester, si se encuentra en casa.

—Está en su habitación —le respondí—. Le diré que ha venido usted a verlo.

—No, no, subiré yo, así podremos conversar tranquilamente. Supongo que nos hemos agitado mucho por algo que no vale la pena puesto que, a fin de cuentas, sea lo que fuere el polvo blanco, parece que le ha hecho bien.

El doctor subió a los altos y desde el salón de la planta baja lo escuché llamar y luego oí el ruido de la puerta que se abría y se cerraba. Esperé una hora en la casa en silencio; la quietud en torno mío se hizo más y más intensa a medida que el minutero giraba en la esfera del reloj. Por fin una puerta se cerró bruscamente y sentí al médico que bajaba la escalera. Los pasos cruzaron el vestíbulo y se detuvieron ante la entrada de la casa. Me faltaba el aliento y traté de respirar profundamente: me vi muy pálida en un pequeño espejo y en ese momento el doctor apareció en la puerta del salón. Fue hasta una silla y se sujetó poniendo una mano en el respaldo. Brillaba en sus ojos un horror indecible, el labio inferior le temblaba con violencia y antes de hablar tragó saliva y tartamudeó unos sonidos inarticulados.

—He visto a ese hombre —comenzó diciendo en un susurro ahogado

—. He estado frente a él una hora. ¡Dios mío! ¡Y estoy vivo y no he perdido la razón! Mi oficio ha sido enfrentarme a la muerte y muchas veces he visto en ruinas el tabernáculo terrestre. ¡Pero no esto! ¡No esto! —y se cubrió la cara con las manos como para no ver lo que tenía ante sí —. No vuelva usted a llamarme, Miss Leicester —me dijo, un poco más calmado—. Nada puedo hacer en esta casa. Adiós.

Lo vi bajar tambaleándose los escalones de la entrada y alejarse en dirección a su casa: me pareció que desde esa mañana había envejecido diez años.

Mi hermano no salió más de su cuarto. Con una voz que apenas le reconocí anunció que estaba muy ocupado y me pidió que le dejaran las comidas junto a la puerta; di órdenes para que se hiciera lo que quería. A partir de ese día desapareció para mí la concepción arbitraria que llamamos el tiempo. Vivía en una perpetua sensación de temor, ocupándome mecánicamente de la rutina de la casa y apenas si cambiando unas palabras con los sirvientes. De vez en cuando salía a recorrer las calles durante una o dos horas, pero estuviese dentro o fuera de la casa, mi espíritu se quedaba ante la puerta cerrada de la habitación de los altos y aguardaba temblando que se abriese. He dicho que casi no me daba cuenta del curso del tiempo, pero supongo que habían pasado unos quince días de la visita del doctor Haberdon cuando, una tarde, regresé de mi paseo un poco más tranquila y descansada que de costumbre. El aire suave y agradable, las hojas verdes que flotaban como una nube sobre la plaza, el olor de las flores, todo halagaba mis sentidos y me sentía casi contenta mientras avanzaba rápidamente. Me detuve al borde de la acera para dejar pasar un coche y, sin pensar lo que hacía, levanté la vista a las ventanas de la casa; en el acto me ensordeció un furioso remolino de aguas heladas y profundas, el corazón me dio un salto en el pecho y se desplomó hundiéndose en el fondo de un pozo, un terror sin nombre y sin forma me dejó atónita. Extendí a ciegas una mano a través de la oscuridad, desde el valle de sombras en que me hallaba, y logré sostenerme y no caer por tierra, aunque el suelo se agitaba en bruscas ondulaciones y todo lo que era firme huía bajo mis pies. Durante un instante había visto la ventana de mi hermano: descorrían la cortina y algo viviente se asomaba a la calle. No, no puedo decir que fue un rostro lo que vi, ni nada que tuviese apariencia humana: vi algo vivo, me miraron a los ojos dos llamas que ardían en medio de algo tan informe como mi miedo, vi el símbolo y la presencia de toda malignidad, de la más aborrecible podredumbre. Me quedé clavada en el sitio, temblando y estremeciéndome como si me poseyese la fiebre, enferma con las agonías execrables del pavor y el asco, y pasaron cinco minutos antes de que encontrara fuerzas para moverme. Entré a la casa y subí corriendo a golpear la puerta del cuarto de mi hermano.

—¡Francis, Francis! —llamé a gritos—. ¡Contéstame, por amor de Dios! ¿Qué es esa cosa tan horrible que está en tu cuarto? Échala fuera, Francis, no la tengas junto a ti.

Oí un ruido de pies que se arrastraban lenta y torpemente y luego un sordo gorgoteo, como quien trata de hablar; por fin una voz confusa y

sofocada dijo unas palabras que entendí a duras penas.

—No hay nada aquí —dijo la voz—. Por favor, no me molestes. No me siento muy bien hoy.

Me retiré aterrada y sin defensa. Nada podía hacer sino preguntarme por qué mentía Francis, puesto que aunque sólo divisé un instante la aparición de la ventana, la vi con demasiada claridad como para engañarme. Traté de concentrarme, segura de que había otra cosa, algo que había visto en el primer destello de terror, hasta que los ojos ardientes se fijaron en los míos. De pronto, recordé: al levantar la vista, estaban descorriendo la cortina y alcancé a distinguir lo que la movía. La imagen horrenda me quedará grabada para siempre en el cerebro. No era una mano; lo que sostenía la cortina no eran dedos, sino un muñón negro, con el aspecto consumido y el movimiento torpe de la pata de una fiera, que brilló un instante ante mis ojos: luego me abrumaron las ondas oscuras del terror y me precipité al abismo. Pensar en la atroz presencia en la habitación de mi hermano me llenaba de espanto; volví a su puerta y otra vez lo llamé a gritos pero no contestó. Esa noche una de las sirvientas vino a decirme, en un susurro, que hacía muchos días que la comida depositada ante la puerta quedaba intacta; la criada tocaba la puerta y no le abrían; como yo, había escuchado a alguien que arrastraba los pies. Así pasaron los días. Las comidas de mi hermano fueron hasta su puerta sin que las recogiese, y no me contestó aunque seguí llamándolo. Las sirvientas empezaron a hablarme y estaban tan inquietas como yo. La cocinera dijo que, cuando mi hermano se encerró, lo oía salir por las noches de su cuarto y andar por la casa; una vez, añadió, la puerta del salón se abrió y se cerró otra vez, pero ahora habían pasado varias noches sin que oyera ningún ruido. Por último, llegó la crisis final. Una tarde, al anochecer, me hallaba en el salón cuando un grito desgarrador rompió el silencio y alguien bajó corriendo de los altos. Un momento después llegó hasta mí la criada, muy pálida y temblando como una hoja.

—¡Ay, Miss Helen! —me dijo, con un hilo de voz—. ¡Por Dios santo, Miss Helen! ¿Qué ha pasado? ¡Míreme la mano, señorita, mire esta mano!

La llevé junto a la ventana y vi que tenía en la mano una mancha negra y húmeda.

—No lo entiendo —dije—. Dígame lo que ha pasado.

—Subí a arreglar su dormitorio —me respondió—. Ahora mismo estaba aireando la ropa de cama y, de repente, me cayó en la mano algo húmedo. Levanté la vista y vi el techo todo negro y goteando.

La miré a los ojos, mordiéndome los labios.

—Venga usted conmigo —le dije—. Traiga una vela.

Mi dormitorio se hallaba debajo de la habitación de mi hermano. Al entrar sentí que me estaba temblando todo el cuerpo. Miré al techo y vi una mancha negra y húmeda: las gotas negras de un licor horrible caían sobre mi cama y formaban un charco en medio de las sábanas blancas.

Subí corriendo a golpear su puerta.

—¡Francis, Francis, hermano querido! —grité—. ¿Qué te ha pasado?

Oí un ruido ahogado, un gorgoteo como de agua que hierve y nada más; llamé más fuerte pero no tuve respuesta.

A pesar de lo que me había dicho el doctor Haberden, recurrí a él. Las lágrimas me corrían por la cara mientras le contaba lo ocurrido y me escuchó con expresión grave y apesadumbrada.

—Lo hago por su padre —dijo al fin—. Iré con usted, aunque no puedo hacer nada.

Salimos juntos. Las calles estaban oscuras y desiertas y se sentía un calor pesado después de varias semanas sin lluvia. A la luz de los faroles veía al doctor blanco como el papel: cuando llegamos a casa le temblaban las manos.

Subimos sin dudar un momento. Yo sostenía en alto una lámpara y él llamó levantando la voz, en tono decidido.

—Mr. Leicester, ¿me oye usted? Insisto en verlo. Contésteme en el acto.

Pero no respondió, y oímos detrás de la puerta el ruido ahogado que ya he dicho.

—Mr. Leicester, lo estoy esperando. Abra la puerta ahora mismo o la abriré yo por la fuerza.

Y llamó una tercera vez, con voz resonante que retumbaba en las paredes.

—¡Mr. Leicester! Por última vez le ordeno que abra usted la puerta.

—Estamos perdiendo el tiempo —me dijo, tras aguardar un momento, en un silencio opresivo—. Tenga la bondad de buscarme una vara de metal o algo por el estilo.

Corrí al desván del fondo de la casa, donde guardábamos toda clase de cosas, y encontré una herramienta pesada, una especie de azuela que podía servir.

—Muy bien, creo que esto bastará —me dijo, y se inclinó para gritar junto al hueco de la cerradura—: Le advierto, Mr. Leicester, que voy a entrar por la fuerza en su habitación.

Golpeó la puerta con la azuela, la madera se partió con un crujido y la entrada quedó libre. Entonces llegó a nosotros del fondo de la oscuridad un grito aterrador, no una voz humana sino el rugido inarticulado de un monstruo, que nos obligó a dar un paso atrás.

—Levante la lámpara —dijo el médico, y entramos al cuarto.

—Aquí está —dijo el doctor Haberden, acezante—. Mire en ese rincón.

Miré, y el horror me apretó el corazón con un hierro candente. Sobre el piso borboteaba en su corrupción abominable una masa oscura y putrefacta, ni líquida ni sólida, que cambiaba y se derretía ante nuestros propios ojos despidiendo gruesas burbujas untuosas como pez hirviendo. En medio de la carroña brillaban dos puntos de fuego que eran dos ojos,

vi la masa agitarse y retorcerse como si tuviese miembros, vi algo que se movió y se levantó en ella, algo que podía ser un brazo. El doctor dio un paso adelante, levantó la herramienta de hierro y golpeó sobre los puntos ardientes; hincó el arma y golpeó una y otra vez, con la furia que da el asco. Por fin la cosa quedó en silencio.

Una o dos semanas más tarde, cuando me hube recobrado hasta cierto punto de la terrible impresión, el doctor Haberdén vino a verme.

—He vendido mi consultorio —comenzó diciendo—, y mañana me embarco en un largo viaje. No sé si volveré alguna vez a Inglaterra; probablemente compre tierras en California y pase en ellas lo que me queda de vida. Le he traído este sobre, que puede usted abrir cuando se sienta con fuerzas para hacerlo: es el informe del doctor Chambers sobre la sustancia que le entregué. Adiós, Miss Leicester, adiós.

Abrí el sobre en cuanto me quedé sola: no podía esperar ni un momento para leer lo que contenía. Aquí está el manuscrito y, si usted me lo permite, le leeré la asombrosa historia.

«Mi querido Haberdén —empezaba la carta—, me he demorado de manera imperdonable en responder a sus preguntas sobre la sustancia blanca que me hizo llegar. A decir verdad, he dudado un tiempo sobre lo que debía hacer, pues en las ciencias naturales existe intolerancia y ortodoxia, tanto como en la teología, y estaba persuadido de que, al decirle la verdad, ofendería prejuicios arraigados que una vez yo mismo compartía. Al fin he decidido hablarle con franqueza y para ello debo comenzar por una breve explicación personal.

»Hace muchos años que usted me conoce, Haberdén, en mi calidad de hombre de ciencia. Usted y yo hemos conversado a menudo acerca de nuestra profesión y del abismo sin esperanza que se abre a los pies de quienes sueñan con llegar a la verdad por cualquier vía ajena al camino real de la experimentación científica y la observación de hechos materiales. Recuerdo el desprecio con que me habló usted de los hombres de ciencia que, tras ocuparse un poco de lo invisible, han sugerido tímidamente que tal vez, a fin de cuentas, los sentidos no sean las fronteras perpetuas e infranqueables de todo conocimiento, los muros eternos que el ser humano no ha superado nunca. Nos hemos reído juntos de buena gana, creo que con razón, de las locuras del «ocultismo» de nuestra época, que se disfraza con los nombres más diversos —mesmerismo, espiritismo, materializaciones, teosofías— y de todos los vulgares desvarios de la impostura, la maquinaria de engaños groseros y prestidigitación lamentable, la magia de salón practicada en algunas sórdidas calles de Londres. Y sin embargo, dicho todo esto, debo confesarle que no soy un materialista, entendiendo la palabra, por supuesto, en su sentido usual. Hace muchos años que me he convencido —y no olvide usted que yo era un escéptico— de que la antigua e inflexible teoría es del todo falsa. Quizá esta confesión no lo ofenda tan gravemente como hubiese sido el caso hace veinte años, pues supongo que estará usted al corriente de las hipótesis propuestas hace un tiempo por hombres de ciencia intachables, hipótesis que no hay más remedio

que calificar de trascendentales. Sospecho, por lo demás, que la mayoría de los químicos y biólogos de renombre harían suyo el *dictum* del escolástico, *Omnia execunt in mysterium* que significa, si no ando descaminado, que todas las ramas del saber humano, una vez rastreadas hasta sus fuentes y principios finales, se desvanecen en el misterio. No he de molestarlo ahora con una relación detallada de los pasos tan arduos que me llevaron a mis conclusiones; unos cuantos experimentos sencillos me hicieron dudar de los puntos de vista que entonces defendía, y las ideas surgidas de circunstancias relativamente insignificantes me condujeron muy lejos; mi antigua concepción del mundo ha desaparecido y ahora me encuentro en un mundo para mí tan extraño y maravilloso como las olas incesantes del océano vistas por primera vez, llenas de luz, desde lo alto de un pico, en Darién. Ahora sé que las murallas impenetrables de los sentidos, que se elevaban hasta el cielo y hundían sus cimientos bajo las más hondas profundidades, aislándonos para siempre, no son las barreras perpetuas e impasables que imaginábamos, sino velos transparentes y finísimos, que se apartan ante el hombre que busca y se disuelven de pronto como la bruma mañanera en las márgenes del arroyo. Sé que usted nunca hizo suya la posición materialista extrema; no es usted de los que tratan de probar una negativa universal, pues su sentido de la lógica lo ha retenido ante este último absurdo, pero estoy seguro de que todo lo que vengo diciendo le parecerá increíble y contrario a sus hábitos mentales. No obstante, Haberdén, lo que digo es la verdad y, aún más, para usar el lenguaje que nos es común, la única verdad científica comprobada por la experiencia. El universo es más espléndido y terrible de lo que soñábamos. El universo entero, amigo mío, es un sacramento tremendo; una fuerza y una energía místicas e inefables, veladas por la forma exterior de la materia; y el hombre, y el sol y las demás estrellas, y la flor entre la hierba y el cristal en la probeta del laboratorio son, todo y cada uno de ellos, igualmente espirituales y materiales, y están sujetos a una acción interior.

»Tal vez se pregunta usted, Haberdén, adonde nos lleva todo esto, pero creo que si lo piensa un poco le será claro. Comprenderá usted que, con esta perspectiva, cambia toda visión de las cosas, y lo que nos parecía increíble y absurdo puede resultar muy posible. En suma, debemos mirar los mitos y leyendas con otros ojos, y estar dispuestos a aceptar historias que creíamos meras fábulas. A fin de cuentas, la ciencia moderna no hace menos concesiones, aunque de manera hipócrita; es cierto que no debe usted creer en la hechicería, pero puede admitir el hipnotismo; los fantasmas están pasados de moda, pero no faltan razones para justificar la telepatía. Casi podría ser un refrán moderno: dale a la superstición un nombre griego y podrás creer en ella.

»Hasta aquí mi explicación personal. Usted me hizo llegar, Haberdén, un frasco taponado y sellado que contenía una pequeña cantidad de un polvo blanco y escamoso que un farmacéutico había estado administrando a uno de sus pacientes. No me sorprende saber que no consiguiera usted ningún resultado en sus análisis del polvo. Se trata de una sustancia que unas cuantas personas conocían hace muchos siglos, pero nunca creí que llegase a mi laboratorio proveniente de una farmacia moderna. No hay

razón alguna para dudar de la historia que cuenta el boticario; sin duda le compró a un mayorista, como dice, el frasco con las sales —más bien poco comunes— que usted recetó a su paciente, y es probable que el frasco permaneciera en sus anaqueles veinte años o quizá más. Entonces se puso en marcha lo que llamamos el azar y la coincidencia; durante todo ese tiempo las sales del frasco estuvieron expuestas a determinadas variaciones recurrentes de temperatura, que debían oscilar entre cuarenta y ochenta grados. Estos cambios, que ocurrían año tras año a intervalos irregulares, con diversas intensidades y duraciones, han constituido un proceso, y un proceso tan complejo y delicado que dudo que un aparato científico moderno, dirigido con la mayor precisión, sea capaz de producir el mismo resultado. El polvo blanco que usted me mandó es algo muy distinto al fármaco que figuraba en su receta; es el mismo polvo con que se preparaba el vino de los aquelarres, el *Vinum Sabbati*. Sin duda ha leído usted algo sobre los aquelarres de brujas y se ha reído de los cuentos que asustaban a nuestros antepasados: gatos negros, escobas y maldiciones proferidas contra la vaca de una vieja. Desde que supe la verdad he pensado muchas veces que, en resumidas cuentas, es una suerte que la gente crea en estas fábulas, que ocultan cosas que más le vale no conocer. Pero si se da usted el trabajo de leer el apéndice a la monografía de Payne Knight, encontrará que el verdadero aquelarre era algo muy distinto, aunque el autor ha tenido buen cuidado de no publicar todo lo que sabía. Los secretos del aquelarre vienen de tiempos remotos y sobrevivieron hasta la Edad Media: son los secretos de una ciencia maligna que existió mucho antes de que los arios llegasen a Europa. Se atraía con engaños a hombres y mujeres para que dejaran sus casas, y luego venían a su encuentro seres capaces de asumir, como, en efecto, asumían, el papel de demonios. Estos seres los conducían hasta un lugar desolado y solitario, que los iniciados conocían en virtud de una larga tradición, aunque fuese desconocido para todos los demás. Quizá era una cueva en un monte árido y agostado por los vientos, quizá un claro en lo más profundo de un gran bosque, y allí se celebraba el aquelarre. Allí, al sonar la hora más negra de la noche, se preparaba el *Vinum Sabbati*, se vertía el licor maldito en el cáliz ofrecido a los neófitos, que recibían el sacramento infernal; *sumentes calicem principis inferorum*, como bien dice un viejo autor. Y de pronto, cada uno de los que había bebía veía a su lado una pareja, una figura seductora de encanto más que terrenal, que lo invitaba con una seña a compartir placeres más intensos y exquisitos que el estremecimiento de los sueños y a consumir la boda del aquelarre. Es difícil escribir acerca de esto, sobre todo porque la figura de incitante belleza no era una alucinación, sino, por más terrible que sea decirlo, el propio hombre. Merced al poder del vino embrujado, a unos cuantos granos de polvo blanco en un vaso de agua, la casa de la vida se partía en dos, se deshacía la trinidad humana, y el gusano que no muere, sino que aguarda dormido en cada uno de nosotros, se convertía en algo tangible y exterior, recubierto de una vestidura de carne. A la medianoche se repetía y representaba la caída original, y volvía a manifestarse el misterio velado en el mito del árbol del paraíso. Así se llevaban a cabo las *nuptiae Sabbaii*.

»Prefiero no decir más; usted, Haberden, sabe tan bien como yo, que ni siquiera las leyes más triviales de la vida pueden transgredirse impunemente; un acto tan nefando como éste, en el que se profanaba la parte más recóndita del templo, exigía una venganza implacable. Lo que empezó en la corrupción acababa también en la corrupción».

Debajo, el doctor Haberden ha escrito de su puño y letra lo siguiente:

«Todo lo que antecede es, por desgracia, entera y rigurosamente cierto. Su hermano me lo confesó la mañana que lo visité en su habitación. En un primer momento me llamó la atención la mano que tenía vendada y le obligué a que me la mostrara. Lo que vi hizo que, aunque soy un médico con muchos años de experiencia, me sintiese enfermo de asco, y la historia que escuché fue infinitamente más aterradora de lo que creía posible. Me he sentido tentado a dudar de la Bondad Eterna que permite a la naturaleza ofrecer posibilidades tan abominables; si usted no hubiese visto el final con sus propios ojos, le diría ahora: no crea ni una palabra. Siento que no me quedan sino unas pocas semanas de vida, pero usted es joven y puede olvidar todo esto.

Joseph Haberden».

Al cabo de dos o tres meses supe que el doctor Haberden había muerto a bordo, poco después de que su barco dejara Inglaterra.

Miss Leicester dejó de hablar y miró con expresión patética a Dyson, quien no pudo evitar ciertos síntomas de inquietud. Dijo, tartamudeando, dos o tres frases entrecortadas acerca de su profundo interés por la historia extraordinaria que había escuchado, y luego, de mejor talante:

—Pero discúlpeme, Miss Leicester, entiendo que se encuentra en dificultades. Tuvo usted la amabilidad de pedirme que le prestase ayuda.

—¡Ah, lo había olvidado! —respondió la joven—. Lo que ahora me sucede parece de poca importancia comparado a lo que acabo de contarle. Como es usted tan atento se lo diré. Aunque le parezca increíble, hay personas que sospechan, o fingen que sospechan, que he asesinado a mi hermano. Estas personas son parientes míos y sus motivos de lo más sórdido; lo cierto es que me encuentro sometida a la vergonzosa humillación de estar vigilada. Sí, señor, no contentos con seguir mis pasos cuando viajé al extranjero, me impusieron en mi propia casa una observación disimulada pero constante. Para una persona de mi carácter esto resulta insoportable, y decidí valirme de mi ingenio a fin de burlar a mis perseguidores. Por suerte, tuve éxito; me disfracé, como usted ve, y durante un tiempo he vivido tranquilamente, sin que conozcan mi paradero. Sin embargo, tengo razones para creer que mis enemigos han dado conmigo: o mucho me engaño, o ayer vi al detective que se encarga de la odiosa tarea de espiarme. Usted, señor, es hombre alerta y de buena vista: ¿no ha visto a nadie rondando por aquí esta noche?

—No lo creo —contestó Dyson—, pero tal vez podría usted decirme cómo es ese detective.

—Por supuesto. Es un hombre más bien joven, moreno, de bigotes oscuros. Se ha puesto unos grandes anteojos, con idea de que no lo

conozca, pero no alcanza a ocultar su nerviosismo, lo denuncian las miradas rápidas e inquietas que lanza a un lado y a otro.

La descripción fue ya demasiado para el desdichado Dyson, que ardía de impaciencia por salir de la casa, y hubiese preferido unos cuantos juramentos del siglo XVIII si no se lo prohibiera la buena educación.

—Perdone usted, Miss Leicester —dijo, con fría cortesía—. No me es posible ayudarla.

—¡Ah!, lo he ofendido en algo —respondió ella—. Dígame lo que he hecho y le rogaré que me perdone.

—Se equivoca usted —dijo Dyson, echando mano del sombrero y hablando con una cierta dificultad—. No ha hecho usted nada, pero, como le digo, no me es posible ayudarla. Quizá —añadió, con un leve matiz de sarcasmo—, quizá mi amigo Russell pueda serle de alguna utilidad.

—Muchas gracias —contestó Miss Leicester—, haré la prueba con él —y acto seguido lanzó una aguda carcajada, que llenó hasta los bordes la copa de escándalo y confusión de Mr. Dyson.

Dyson dejó la casa poco después y saboreó la delicia de una caminata de cinco millas, a través de calles que fueron pasando poco a poco del negro al gris y del gris a luminosos pasajes de gloria donde resplandecía el sol. Aquí y allá se cruzó con noctámbulos extraviados, y le hicieron pensar que nadie había pasado la noche de manera más inútil que él. Al llegar a su casa había formulado sus propósitos de enmienda. Decidió renunciar a todos los métodos milesios y árabes de entretenimiento, y en adelante suscribirse a la biblioteca Mudie para disponer de un suministro regular de novelas sencillas e inofensivas.

Capítulo VII

Extraño suceso en Clerkenwell

Mr. Dyson ocupaba desde años atrás un par de habitaciones en una calle pasablemente silenciosa de Bloomsbury, en la cual, como él mismo decía con cierta solemnidad, tenía puesto el dedo sobre el pulso de la vida sin que lo ensordecieran los mil rumores de las principales arterias de Londres. Para él era de particular, aunque esotérica, satisfacción saber que al lado de su casa, por la esquina de Tottenham Court Road, pasaban un centenar de omnibuses hacia los cuatro extremos de la ciudad; le complacía explayarse sobre las posibilidades de visitar Dalston y celebraba la línea admirable que llega a los últimos rincones de Ealing y más allá de Whitechapel. Sus habitaciones, que fueran en un principio un «apartamento amueblado», habían sido purgadas gradualmente de los elementos más ofensivos y, aunque no se encontrarían en ellas las esplendideces de su anterior alojamiento, en una transversal del Strand, no faltaba en los muebles cierta gracia severa que acreditaba el buen gusto del dueño de casa. Las alfombras eran antiguas, de una auténtica belleza desvaída; los grabados, casi todos ellos pruebas de artista, estaban bien presentados, con anchas márgenes blancas y marcos negros; la madera negra de roble, material espurio, había quedado rigurosamente excluida. A decir verdad, el mobiliario era escaso: en una esquina una mesa pobre pero honrada, sencilla y resistente; una larga banca del XVIII frente a la chimenea; dos poltronas, una estantería estilo Imperio y nada más, con una sola excepción digna de nota. Dyson no estimaba ninguna de esas cosas y, por lo general, pasaba hora tras hora ante su escritorio, una pieza curiosa y antigua de madera laqueada, vuelto de espaldas a la habitación, y dedicado a la desesperada empresa de la literatura o, como él llamaba a su profesión, a la caza de la frase. Los cajones y casilleros, dispuestos en hileras simétricas, se hallaban repletos y desbordantes de manuscritos y cuadernos, los experimentos y esfuerzos de muchos años, y la cavidad interior, receptáculo vasto y cavernoso, henchida de ideas acumuladas. Dyson era un artesano enamorado de todos los detalles y técnicas de su oficio y si bien, como ya se ha insinuado, se engañaba un poco a sí mismo dándose el nombre de artista, sus entretenimientos resultaban, hasta donde es posible saberlo, eminentemente inocuos, puesto que, con muy buen tino, prefería (o preferían las editoriales) no fatigar al mundo con más papel impreso.

En este lugar se encerraba Dyson con sus fantasías, experimentando con las palabras y luchando, al igual que su amigo, el recluso de Bayswater, con el problema casi invencible del estilo, aunque sostenido siempre por una espléndida confianza, en extremo distinta a la depresión crónica del realista. Desde la noche de su aventura con la ingeniosa inquilina del primer piso de Abingdon Grove, Dyson había venido trabajando en una idea, que se le antojaba de posibilidades casi mágicas; sólo al dejar la pluma, en la agitación del triunfo, reparó en que se le habían pasado cinco días sin ver la calle. El entusiasmo de la labor

cumplida le duraba aún en el cerebro cuando guardó sus papeles y salió a caminar, al comienzo con la extraña exaltación de quien descubre posibilidades de una obra maestra en cada piedra del camino. Se estaba haciendo tarde, empezaba a caer la noche de otoño entre velos de neblina y, en el aire quieto, las voces y los pasos incesantes de los transeúntes, y el rugido del tráfico, le recordaban a Dyson el escenario luminoso y sonoro que, al levantarse el telón, aparece frente al teatro en silencio. En la plaza caían las hojas, densas como una lluvia de verano, y más allá la calle comenzaba a brillar al encenderse las luces de la carnicería y las tiendas de verduras. Era sábado por la noche y los tugurios populosos bajaban en enjambres hacia el centro; las mujeronas vestidas de negro manoseaban los montones de carne sobre los mostradores o se extasiaban ante repollos no muy frescos; había en las tabernas una gran demanda de cerveza. Dyson dejó atrás, no sin cierto alivio, esos fuegos nocturnos. Le gustaba meditar mientras paseaba, pero sus reflexiones no eran las de De Quincey después de absorber su dosis; le daba absolutamente igual que las cebollas estuviesen caras o baratas y se habría enterado sin entusiasmo de que el precio de la carne había bajado dos peniques por libras. Absortos en la extravagancia del cuento que había escrito, repasando minuciosamente los recursos del argumento y la construcción, saboreando en el recuerdo algún acierto expresivo, temeroso de haber fracasado en alguna parte, pasó a través del ruido y la agitación de las calles iluminadas y se puso a recorrer otras más desiertas.

Se había desviado sin darse cuenta hacia el norte y ahora pasaba por una calle antigua y venida a menos, en la que se veían muchos letreros anunciando apartamentos y oficinas por alquilar, pero donde subsistía algo de la gracia y la tiesura de la Edad de las Pelucas: ancha calzada, ancha acera y, a cada lado, una grave línea de casas con ventanas largas y estrechas que se abrían en las viejas fachadas de ladrillo. Dyson caminaba con paso ligero mientras decidía si suprimir determinado episodio; como se sentía en la feliz disposición de inventar, no tardó en surgir un nuevo capítulo en la cámara más íntima de su cerebro y se demoró gustosamente en los incidentes que escribía. Era muy agradable recorrer las calles silenciosas; en su fuero interno hizo de todo el barrio su gabinete de estudio y se prometió regresar. Sin atender por dónde lo llevaban sus pasos, volvió otra vez hacia el este y pronto se encontró sumido en una red miserable de casas grises de dos pisos, de donde, pasando ante terrenos baldíos y muros de ladrillo a medio construir, fue a dar a unos callejones y senderos cubiertos de desperdicios, detrás de una enorme fábrica, que lo llevaron a otros parajes, cada vez más ruines, siniestros y mal alumbrados. De pronto, al dar vuelta a una esquina, surgió ante él lo que menos se esperaba: en medio de los terrenos llanos se levantaba una empinada colina, con la subida iluminada por faroles encendidos. Dyson llegó hasta ella sintiendo la alegría del explorador y preguntándose dónde lo habían traído sus tortuosos caminos. Aquí todo volvía a ser otra vez decoroso, aunque de una extrema fealdad. El constructor, hundido en las profundas tinieblas, allá por 1820, había concebido la idea de villas gemelas de ladrillos grises cuyo trazo evocase el Partenon, y en cada una había reproducido la forma clásica en altos

listones de estuco. El nombre de la calle era por completo desconocido para Dyson, a quien aguardaba una nueva sorpresa al llegar arriba: la colina estaba coronada por un cuadro irregular de césped y unos cuantos árboles melancólicos; el conjunto llevaba el nombre de plaza y en él subsistía el tema del Partenón. Más allá las calles eran pintorescas, de un arbitrario desorden: aquí una hilera de viviendas estrechas y sórdidas, de aspecto sucio y equívoco, y poco más allá, sin que nada la hubiese anunciado, una mansión muy pulida y peripuesta, con persianas y aldaba de bronce, limpia y estirada como la casa del médico en una aldea perdida. Tantas sorpresas y descubrimientos fatigaban, ya a Dyson quien, al divisar las luces de una taberna, fue hacia ella de buena gana, con intención de probar lo que bebían los habitantes de estas regiones, tan remotas como Libia y Panfilia o partes de la Mesopotamia. El rumor de voces que venía del interior le advirtió que estaba a punto de asistir al verdadero parlamento del trabajador londinense, y dio unos pasos más, hasta llegar a la puerta de la sección reservada. Una vez dentro, tras tomar asiento en una estrecha banca y pedir una cerveza, se dedicó a escuchar la gritería que le llegaba de la sección pública, un poco más lejos. Era una discusión sin sentido, por momentos furiosa o sensiblera, con invocaciones a Bill y a Tom, y supervivencias del inglés medieval, palabras que Chaucer dejara caer paladeándolas una a una, a las que servía de acompañamiento el fragor de las jarras y el tintineo de las monedas contra el cinc del mostrador. Dyson estaba fumando su pipa con entera tranquilidad, entre trago y trago de cerveza, cuando una figura de apariencia indefinida se deslizó —no hay otra palabra— en el compartimiento. El recién llegado dio un salto al verlo plácidamente sentado en su rincón y luego miró con ansiedad en torno suyo. Parecía movido por alambres, como si estuviese regido por una máquina eléctrica, y casi se arroja de un salto a través de la puerta cuando el tabernero vino a preguntarle qué le servía. Le temblaba la mano al tomar el vaso. Dyson lo miró con cierta curiosidad. El hombre se mantenía embozado hasta la boca y el ala del sombrero de fieltro le cubría los ojos: estaba claro que quería sustraerse a las miradas. De pronto, en el estruendo que llegaba al compartimiento, una voz más ronca cubrió a las demás y, al oírla, el hombre se echó a temblar como una masa de gelatina. Da lástima ver a alguien tan poseído por el nerviosismo, y Dyson se hallaba a punto de dirigirle una observación trivial, preguntándole cualquier cosa, cuando entró al compartimiento otra persona, que puso la mano sobre el brazo del hombre embozado, masculló algo entre dientes y desapareció como había venido. Dyson tuvo tiempo de reconocer a Burton, su ex amigo, tan bien afeitado como suelto de lengua, que demostrara el más suntuoso talento para la mentira, y, sin embargo, no le dio importancia, pues toda su facultad de observación estaba absorbida por el espectáculo grotesco y lamentable que tenía ante sí. Al sentir la mano que le tocaba el brazo, el pobre desgraciado se dio vuelta, girando sobre su eje, y se retrajo con el grito sordo y lastimero de un animal caído en la trampa. Palideció de golpe y la piel de la cara se volvió de color gris, como si la sombra de la muerte pasara por el aire y cayese sobre ella. Dyson alcanzó a oír un murmullo ahogado:

«¡Mr. Davies! ¡Por amor de Dios, tenga piedad de mí, Mr. Davies! Le juro que...», y la voz se hundió en el silencio y se mordía los labios, tratando en vano de llamar en su ayuda algún asomo de hombría. Todavía se quedó un instante más en la taberna, temblando como la hoja de un álamo, y luego se echó a la calle. A encontrarse con su destino, pensó Dyson, y no había pasado ni un minuto cuando cayó en la cuenta de que lo conocía: era, sin duda alguna, el joven de anteojos, en cuya búsqueda andaban empeñadas tantas personas de ingenio; es cierto que hoy no llevaba anteojos, pero bastaban para identificarlo la palidez, el bigote oscuro y las miradas tímidas. Dyson comprendió en el acto que se había tropezado sin quererlo con la pista de una desesperada conspiración, sinuosa como la huella de una serpiente detestable, que entraba y salía por las calles y senderos del cosmos de Londres; en un abrir y cerrar de ojos se dibujó ante él la verdad y supo que, aunque indiferente e inconsciente, le había correspondido el privilegio de ver las sombras de formas ocultas corriendo y persiguiéndose, atacando y desvaneciéndose sobre el telón reluciente de la vida diaria, sin una palabra ni un sonido, o bien contando gárrulamente fábulas y engaños. En ese momento, las voces estridentes, el esplendor chillón, el tumulto vulgar de la taberna se convirtieron para él en parte de la magia; aquí, ante sus propios ojos, acababa de transcurrir una escena de misterio y había visto la carne humana volverse del color de la ceniza en la parálisis del miedo; el mero infierno de la cobardía y el terror había bostezado junto a él y le hubiera bastado estirar el brazo para tocarlo. En medio de estas reflexiones, volvió a entrar el tabernero y se lo quedó mirando de hito en hito, para darle a entender, que había agotado su derecho a que no lo molestasen. Dyson renovó el arriendo de su sitio pidiéndole más cerveza y, al repasar en la memoria su breve atisbo de la tragedia, recordó que, con el primer respingo que le hizo dar el terror de la persecución, el joven de anteojos se había sacado bruscamente la mano del bolsillo, dejando caer algo al suelo. Dyson fingió que había perdido la pipa y se puso a buscar en el rincón, rozando el suelo con los dedos. Sintió algo, lo atrajo hacia sí, y una ojeada que le dio al echárselo al bolsillo le hizo saber que era un pequeño libro de anotaciones, encuadernado en marroquí verde pálido.

Bebió la cerveza de un trago y dejó la taberna, feliz con su afortunado descubrimiento y haciendo conjeturas sobre la posible importancia del hallazgo. Por momentos temía encontrarse un volumen de hojas en blanco, o los meticulosos disparates de un cuaderno de apuestas, pero la desvaída encuademación de marroquí prometía cosas mejores y apuntaba a nuevos misterios. Logró salir, no sin dificultad, del barrio al que entrara de tan buen humor, se encontró, por fin, en Gray's Inn Road, siguió por Guilford Street abajo, y apretó el paso para llegar a casa, sin más deseo que una lámpara encendida y la soledad.

Dyson se sentó a su escritorio y puso ante sí el pequeño volumen: le costaba salir de dudas y correr el riesgo de un desengaño. Por fin, con un gesto de desesperación, metió el dedo al azar entre las páginas y abrió el libro. Se alegró de ver una escritura compacta y con margen, y sucedió que, al primer golpe de vista, puso los ojos en cuatro palabras que parecieron separarse de las demás. Leyó:

«el Tiberio de oro»

y la pasión y la buena fortuna del cazador lo hicieron sonrojarse.
Volvió en el acto a la primera página y empezó a leer, absorto, la

Historia del joven de anteojos

En un oscuro e inmundo alojamiento situado en lo que creo uno de los más sórdidos tugurios de Clerkenwell, escribo esta historia de una vida que, amenazada día a día, no puede durar mucho tiempo más. Cada día —no, cada hora— mis enemigos aprietan sus redes a mi alrededor; en este mismo instante estoy condenado a la prisión de mi cuarto miserable y sé que, cuando salga, estaré yendo a la muerte. Mi historia, si tengo la suerte de que caiga en buenas manos, servirá quizá para advertir a los jóvenes de los peligros y asechanza a que inevitablemente nos expone cualquier desviación del camino recto.

Me llamo Joseph Walters. Al llegar a la mayoría de edad me encontré en posesión de una renta pequeña pero suficiente y decidí dedicar mi vida al estudio de las humanidades. No empleo el término en el sentido que prevalece en nuestro días; no abrigaba la menor intención de asociarme a esas personas que pasan la existencia en la degradante ocupación de «editar» a los clásicos, ensuciando los anchos márgenes de los libros más hermosos con anotaciones vanas y superfinas, y haciendo lo que está a su alcance para inspirar una perpetua repugnancia por toda belleza. Una abadía entregada a los bajos usos de un establo o una panadería es triste cosa de ver, pero aún más digna de lástima una obra maestra desfigurada por la pluma del comentador y por su marca abominable: «cf.».

Por mi parte, elegí la gloriosa carrera de humanista en el antiguo sentido de la palabra; deseaba poseer conocimientos enciclopédicos, envejecer entre libros, destilando, día tras día y año tras año, la íntima dulzura de todas las obras de valor. No era lo bastante rico para formarme una biblioteca, y por ello tuve que recurrir a la sala de lectura del Museo Británico.

¡Oh sombría, elevada y poderosa cúpula, Meca de muchas inteligencias, mausoleo de muchas esperanzas, triste mansión donde todos los deseos desfallecen! Aquí acuden los hombres con corazones levantados y mentes soñadoras; para ellos tus nobles gradas son la escalera a la fama, tu pórtico solemne la puerta del conocimiento, y al entrar no encuentran sino vanidad de vanidades y todo es en vano. Aquí, mientras las calles profundas retumban, sólo hay silencio y un crepúsculo eterno y el olor de la gravedad. Aquí la sangre se vuelve más tenue y fría, el cerebro se reseca y consume; aquí es la caza de sombras, el asedio de fantasmas desplegados, la pugna con espectros, la guerra en que no hay victoria. ¡Oh cúpula, tumba de los ardientes! Por tus galerías, donde no se escucha ninguna voz resonante, corren suspiros susurrantes, murmullos de esperanzas muertas; las almas de los hombres ascienden como mariposas atraídas por la llama y caen quemadas y ennegrecidas a tu

suelo, ioh sombría, elevada y poderosa cúpula!

Lamento amargamente el día en que me senté por primera vez a mi pupitre y di comienzo a mis estudios. No llevaba muchos meses de *habitué* del sitio cuando trabé relación con un caballero sereno y bondadoso, de edad algo más que madura, que ocupaba siempre el pupitre vecino al mío. Poca cosa hace falta para conocer a alguien en la sala de lectura, apenas si ofrecerle ayuda, una simple indicación al revisar el catálogo, la cortesía normal entre gentes que se sientan lado a lado; así fue como conocí al hombre que se llama a sí mismo el doctor Lipsius. Me acostumbré a buscar su presencia y a echarlo de menos cuando no venía, como ocurría a veces, y acabamos por hacernos amigos. Su inmensa erudición se hallaba, sin límite alguno, a mi servicio; muchas veces me asombró esbozando en unos minutos la bibliografía de un determinado tema y, por mi parte, no tardé en confiarle mis ambiciones.

—Ah, tendría que haber nacido usted alemán —me decía—. Yo también era así, de muchacho. ¡Qué vocación maravillosa, qué carrera infinita! «*Lo sabré todo*»: sí, es un proyecto extraordinario. Pero esto es lo que significa: una vida de trabajos sin fin y, para terminar, el deseo insatisfecho. El estudioso debe morir, y morir diciendo: «*¡Qué poco sé!*»

Poco a poco, con palabras como éstas, Lipsius me fue seduciendo: elogiaba mi empresa y, al mismo tiempo, dejaba entender que era tan desesperada como la búsqueda de la piedra filosofal y así, valiéndose de arteras sugerencias insinuadas con la más extrema habilidad, fue minando paulatinamente todos mis principios. «A fin de cuentas, la mayor de las ciencias, la llave de todo conocimiento, es la ciencia y el arte del placer —solía decirme—. Rabelais fue quizá el más grande de los humanistas enciclopédicos y, como usted sabe, escribió el libro más notable que se haya escrito nunca. ¿Y qué nos enseña su libro? Sin duda alguna, la alegría de vivir. No es preciso que le recuerde las palabras suprimidas en la mayoría de las ediciones, la clave de toda la mitología rabelaisiana, de todos los enigmas de su gran filosofía: *Vivez joyeux*. Aquí tiene usted su entera sabiduría; su obra es la institución del placer como una de las bellas artes, la más bella de todas, el arte de las artes. Rabelais poseía toda la ciencia pero también la vida. Mucho hemos avanzado desde entonces. Es usted, creo, una persona ilustrada; poco le importan las mezquinas reglas y disposiciones que una sociedad corrompida dicta para defender sus propios intereses egoístas y nos presenta como decretos inmutables de lo eterno».

Estas eran las doctrinas que predicaba el doctor Lipsius y, con tan insidiosos argumentos —avanzando paso a paso, aquí un poco y otro más allá— acabó por hacer de mí un hombre en guerra con todo el sistema social. Anhelaba una oportunidad de romper mis cadenas, para vivir en adelante una vida de libertad en la que yo mismo fuese mi propia norma y medida. Miraba la existencia con ojos de pagano y Lipsius conocía a la perfección el arte de fomentar mis inclinaciones, naturales en un joven que hasta entonces viviera como un ermitaño. Al levantar la vista se me aparecía la gran cúpula iluminada por las llamas y colores de un mundo de tentación que me era desconocido; la imaginación me pintaba mil engaños

licenciosos y lo prohibido me atraía tan seguramente como la piedra imán llama al hierro. Tomé al fin una decisión y tuve la audacia de pedirle a Lipsius que fuese mi guía.

Me dijo que saliera del Museo a la hora de siempre, las cuatro y media, que fuese caminando despacio por la acera norte de Great Russell Street y esperase en la esquina; alguien se acercaría a mí y me daría unas instrucciones que debía obedecer en todo. Hice como me lo ordenaba y, al detenerme en la esquina, mirando en torno mío ansiosamente, respiraba con dificultad y el corazón se me salía del pecho. Esperé un buen rato, y ya temía que me hubiesen gastado una broma, cuando me di cuenta de que, en la acera opuesta, un caballero tenía puestos en mí los ojos, con aire de divertirse muchísimo. Atravesó la calzada y, al llegar a mi lado, se levantó el sombrero y me pidió educadamente que lo siguiera; así lo hice sin decir palabra, preguntándome para mis adentros adonde íbamos y qué ocurriría. Me llevó ante una casa de aspecto tranquilo y respetable, en una calle al oeste de la calle de Oxford, y llamó a la puerta. Un servidor nos hizo pasar a una gran sala discretamente amueblada de la planta baja. Nos sentamos un rato en silencio y me di cuenta de que los muebles, aunque nada llamativos, eran de mucho valor. Vi unos armarios de roble, dos estanterías muy elegantes y, en una esquina, un arcón tallado que debía ser medieval. Por fin entró el doctor Lipsius. me saludó como siempre y, tras cambiar con él unas frases sin importancia, mi guía dejó la habitación. Apareció entonces un señor entrado en años que se puso a charlar con Lipsius y, por lo que dijeron, entendí que mi amigo comerciaba en antigüedades; hablaron del sello hitita y de las perspectivas de nuevos descubrimientos. Luego se nos juntaron otras dos o tres personas y la conversación giró en torno a la posibilidad de explorar de manera sistemática los monumentos pre-célticos de Inglaterra. En suma, asistía a una recepción no oficial de arqueólogos y, a las nueve de la noche, una vez que se retiraron los anticuarios, Lipsius debió entender por mis miradas que me sentía desconcertado y aguardaba una explicación.

—Ahora —dijo— vamos a los altos.

Mientras subíamos las escaleras —Lipsius iba delante, alumbrando el camino con una lámpara— oí ruidos de cerraduras, trancas y cerrojos en la entrada principal. Mi guía abrió una puerta cubierta de bayeta, pasamos por un corredor y escuché unos ruidos raros, como de gente que se ríe; luego me empujó a través de una segunda puerta y comenzó mi iniciación. No soy capaz de escribir las cosas de que fui testigo esa noche; me resulta intolerable acordarme de lo ocurrido en esas habitaciones secretas, en que las gruesas persianas y cortinas no dejaban escapar ni un rayo de luz a la calle silenciosa; me dieron a beber vino tinto y, mientras lo probaba, una mujer me dijo que era el vino del Jarro Rojo que hiciera Avellanus. Otra me preguntó si me gustaba el vino de los faunos, y escuché una docena de nombres fantásticos, mientras el licor me ardía en las venas y, creo yo, despertaba en mí algo que dormía desde el día en que nací. Me pareció que mi timidez me abandonaba; no era un ser pensante, sino, a un tiempo, sujeto y objeto; participé en horribles juegos y asistí al misterio de los bosques y fuentes de Grecia que se desenvolvía

ante mis ojos; vi la danza tambaleante y escuché el llamado de la música junto a mi compañera y, sin embargo, todo lo veía desde fuera, observaba como un espectador ocioso la parte que me tocaba en la representación. Me dieron a beber el cáliz en medio de ritos extraños y a la mañana siguiente, al despertarme, era uno de ellos y había jurado serles fiel. En un comienzo me mostraron el lado halagador de las cosas, ordenándome que disfrutara y me dedicase tan sólo al placer; el propio Lipsius me dijo que el mayor de los goces era ver los terrores de los desdichados que, de cuando en cuando, eran atraídos a la casa del mal. Pasado un tiempo me hicieron saber que también a mí me tocaba una parte del trabajo y me vi obligado a actuar, a mi vez, de seductor: me pesa sobre la conciencia haber conducido a más de uno a lo profundo del abismo.

Un día Lipsius me mandó llamar a su estudio y me anunció que debía encargarme una tarea difícil. Abrió un cajón, sacó una hoja escrita a máquina y me pidió que la leyera.

Era una nota sin firma, y sin indicación de lugar o fecha, que decía lo siguiente:

El 12 del presente, Mr. James Headley, F.S.A., recibirá de su agente en Alemania una moneda única, el Tiberio de oro. La moneda lleva en el reverso un fauno y la leyenda VICTORIA. Se trata, al parecer, de una pieza de valor inestimable. Mr. Headley vendrá a la ciudad para mostrar la moneda a su amigo, el profesor Memys, de Cheyies Street, calle de Oxford, entre el 13 y el 18.

El doctor Lipsius rió entre dientes al ver mi cara de sorpresa cuando acabé de leer la singular comunicación.

—Tendrá usted ocasión de mostrar su buen criterio —me dijo—. No se trata de un caso corriente; exige mucha prudencia y un tacto infinito. Bien quisiera disponer ahora de un Panurgo, pero veremos lo que es usted capaz de hacer.

—¿No es una broma, entonces? —le pregunté—. ¿Cómo sabe usted, o mejor dicho, cómo puede saber este corresponsal suyo, que le han despachado de Alemania una moneda a Mr. Headley? ¿Y cómo es posible prever con exactitud el momento en que se le ocurrirá a Mr. Headley venir a la ciudad? Mucho suponer me parece.

—Mi querido Mr. Walters —me contestó—, aquí no nos dedicamos a suponer. Lo aburriría si entrase en detalles y le mostrara, por así decirlo, las ruedecillas que mueven la máquina. ¿No le parece más entretenido estar sentado en el patio de butacas y admirarse, que no pasar detrás de la escena y descubrir el mecanismo? Más vale que lo hagan temblar los truenos, créame usted, y no ver al tramoyista que hace rodar una bala de cañón. En fin, no tiene usted que preocuparse del cómo y el porqué: más le vale encargarse de la propia tarea. Naturalmente, le daré instrucciones detalladas, pero mucho depende del tino con que se lleven las cosas. A menudo oigo a gente muy joven sostener que el estilo lo es todo en literatura, y puedo asegurarle que en nuestra profesión, actividad mucho más delicada, se aplica la misma máxima. Para nosotros el estilo lo es absolutamente todo y por eso tenemos amigos como usted.

Salí de allí más bien inquieto: Lipsius dejaba las cosas rodeadas de misterio, sin duda a propósito, y yo ignoraba el papel que me había asignado. Aunque había asistido a escenas de odioso esparcimiento, no era todavía insensible a un sentimiento de humanidad y temblaba pensando que tal vez recibiera la orden de convertirme en el verdugo de Mr. Headley.

Una semana más tarde, el 16 del mes, Mr. Lipsius me pidió que fuese a verlo.

—Es para esta noche —comenzó diciendo—. Por favor, Mr. Walters, atienda usted con mucho cuidado a lo que voy a decirle porque le va la vida en ello. Es un asunto peligroso, le repito que se juega usted la vida y que debe seguir al pie de la letra mis instrucciones. ¿Me entiende usted? Pues bien, esta noche a eso de las siete y media, vaya usted a pie tranquilamente por Hampstead Road hasta llegar a Vincent Street. Aquí doble la esquina y siga hasta la tercera calle a la derecha, que será Lambert Terrace. Siga usted por ella, cruce la avenida y tome Herford Street hasta la plaza Lillington. La segunda esquina que encontrará en la plaza se llama Sheen Street, pero es en realidad menos una calle que un pasaje entre dos muros. Pase lo que pasare, tenga usted la seguridad de hallarse en esa esquina a las ocho en punto. Entre usted a la calle y en el recodo, cuando pierda de vista la *plaza*, encontrará usted a un caballero de barba y bigote blancos. Es probable que esté protestando porque el coche de plaza lo ha traído a Sheen Street en vez de llevarlo a Chenies Street. Acerquese a él cortésmente y póngase a su disposición; él le dirá adónde quiere ir y usted se ofrecerá a indicarle el camino. Debo añadir que el profesor Memys se mudó a Chenies Street hace un mes; Mr. Headley todavía no lo ha visitado en su nueva casa y, por lo demás, es muy corto de vista y conoce muy mal la topografía de Londres. Más aún, ha llevado siempre una vida solitaria y estudiosa en Audley Hall. ¿Hace falta que le diga algo más a una persona de su inteligencia? —prosiguió Lipsius—. Lo traerá usted a esta casa, él llamará a la puerta y vendrá a abrirle un mayordomo de librea. Su labor habrá terminado en ese momento, estoy seguro de que con éxito. Deje a Mr. Headley en la puerta, siga usted su camino y espero verlo mañana. Creo que no hay nada más que pueda decirle.

Cumplí las minuciosas instrucciones hasta el último detalle. Confieso que no caminé hasta Tottenham Court Road ciegamente, sino con la inquietud de quien llega a un punto decisivo de su vida. Los ruidos y rumores de las calles llenas de gente no eran para mí sino un espectáculo mudo; le daba vueltas una y otra vez a la misión que me había sido encomendada y me interrogaba sobre sus posibles resultados. Acercándome ya al sitio donde debía doblar, pensé que acaso corría peligro; me vino a la cabeza la idea de que se sospechaba de mí y se me vigilaba, y en cada transeúnte que ponía en mí los ojos veía un oficial de policía. Se me acababa el tiempo, el cielo se había oscurecido y dudé, casi decidido a no seguir adelante y a abandonar a Lipsius y a los suyos para siempre. Estaba por hacerlo cuando, de pronto, sentí la convicción de que todo no pasaba de ser una broma gigantesca, una invención

completamente disparatada. ¿Quién puede haber comunicado la información sobre el agente armenio?, me pregunté. ¿Por qué medios se ha enterado Lipsius del día y hasta del tren en que viajaría Mr. Headley? ¿Cómo lograr que tome un determinado coche de plaza cuando hay varias docenas que esperan clientes en Paddington? Concluí que todo no era sino una patraña y seguí la ruta que con tanto detalle me había trazado Lipsius. Muchas de las calles eran silenciosas y de una pobreza vergonzante; estaba oscuro y me sentí solo en las viejas plazas por las que no pasa nadie. Las sombras se hacían más negras cuando entré a Sheen Street que, como Lipsius me había dicho, era más un pasaje que una calle; de un lado se veía un muro bajo, jardines descuidados y la parte trasera de una hilera de casas; del otro, un almacén de maderas. Di vuelta a la esquina, perdí de vista la plaza y me encontré, para mi asombro, con la escena anunciada. Había un simón detenido junto a la acera y un anciano, que llevaba un maletín en la mano, insultaba con violencia al cochero quien, sentado en el pescante, era la imagen misma del desconcierto.

—Sí, señor, pero estoy seguro de que dijo usted Sheen Street y aquí lo he traído —decía cuando me acerqué, mientras el caballero de barba blanca ardía de cólera y lo amenazaba con llamar a la policía y llevarlo ante los tribunales.

Ver esto fue para mí una gran sorpresa y decidí, en un abrir y cerrar de ojos, hacer lo que me habían mandado. Di unos pasos y, sin hacer caso del cochero, me quité el sombrero para saludar educadamente al anciano Mr. Headley.

—Perdone usted, señor —le dije—, ¿hay algún problema? Veo que está usted de viaje; tal vez el cochero se ha equivocado. ¿Puedo serle útil en algo?

El viejo se volvió hacia mí y noté que gruñía al hablar, mostrando los dientes como un perro furioso.

—Este idiota, este borracho, me ha traído aquí —me contestó—. Le dije que me llevara a Chenies Street y me trae a este rincón infernal. Pensaba pagarle espléndidamente, pero ahora no verá ni un cuarto de penique. Voy a buscar un policía, haré que lo metan preso.

La amenaza pareció asustar al cochero, quien miró en torno suyo como para asegurarse de que no había ningún policía en las inmediaciones, y acabó por marcharse, protestando airadamente, mientras Mr. Headley, con una feroz sonrisa de satisfacción por haberse ahorrado la carrera, se echaba al bolsillo un chelín y seis peniques, la espléndida suma que el cochero había perdido.

—Mi querido señor —le dije—, temo que esta tontería haya sido para usted una verdadera molestia. Estamos lejos de Chenies Street, y tendrá cierta dificultad en dar con ella a menos que conozca muy bien Londres.

—Casi no lo conozco —respondió—. No vengo nunca, como no sea por asuntos muy importantes, y en mi vida he estado en Chenies Street.

—¿De veras? Le enseñaré yo el camino, con mucho gusto. He salido a

dar una vuelta y para mí no será ninguna molestia acompañarlo.

—Quiero ir acasa del profesor Memys, que vive en el número quince. Me resulta muy molesto, pues soy corto de vista y ni siquiera alcanzo a distinguir los números de las casas.

—Venga usted por aquí —le dije, y emprendimos la marcha.

Mr. Headley no me dio la impresión de ser una persona simpática; a decir verdad, no hizo sino regañar durante todo el camino. Cuando me dijo su nombre tuve buen cuidado en responder: «¿El conocido anticuario?», y a partir de ese momento no me quedó más remedio que escuchar la historia de sus complicadas pependencias con los editores que, según me aseguró, se habían portado con él como unos miserables. El hombre era un capítulo del Mal Humor de los Autores. Me explicó que había estado a punto de ganar una fortuna para varias casas editoriales, pero que debió abandonarlas ante la negra ingratitud de que fue víctima. Además de estas antiguas ofensas, y del más reciente percance con el cochero, guardaba aún otra grave queja por presentar. Esa tarde venía en el tren sacándole punta al lápiz y, al llegar a la estación, una brusca sacudida lo hizo herirse en la cara con la navaja: me mostró, en efecto, una pequeña herida triangular en la mejilla. Acusó a la empresa de ferrocarriles, lanzó imprecaciones sobre la cabeza del conductor y habló de una demanda por daños y perjuicios. Maldecía todo el tiempo, sin advertir en absoluto por dónde íbamos; tan poco amable me pareció su conducta que empecé a alegrarme de la broma que le estaba gastando.

No obstante, el corazón me latía un poco más fuerte cuando llegamos a la calle en que esperaba Lipsius. Pueden ocurrir mil accidentes, pensé, podemos encontrarnos con un amigo de Headley; quizá aunque no haya estado nunca en Chenies Street, conoce la calle adonde lo llevo; es corto de vista pero bien puede distinguir el número de la casa o, si de pronto sospecha algo, dirigirse al policía de la esquina. Cada paso que dábamos por la acera, acercándonos a la meta, era para mí una punzada y un susto, cada transeúnte que cruzábamos una amenaza y un peligro. Tragué saliva con gran esfuerzo, conseguí tranquilizarme y dije despreocupadamente:

—¿Me parece que dijo usted el número quince? Es la tercera puerta. Con su permiso, lo dejaré aquí. Llevo un poco de retraso y debo ir al otro lado de Tottenham Court Road.

Gruñó algo así como un agradecimiento y, dando media vuelta, me fui por donde había venido. Al cabo de uno o dos minutos volví la cabeza y vi a Mister Headley esperando ante la casa; luego se abrió la puerta y entró. Por mi parte, di un suspiro de alivio, me apresuré a dejar el barrio y esa noche traté de divertirme en grata compañía.

A la mañana siguiente no fui a ver a Lipsius. Me sentía ansioso, pero ignoraba lo que había ocurrido o estaba ocurriendo, y una solicitud razonable por mi propia seguridad me aconsejaba quedarme quieto en mi casa. Sin embargo, pudo más la curiosidad y, al caer la noche, decidí enterarme de cómo había terminado el pequeño drama en el que me tocara una parte. Al verme llegar, Lipsius me saludó inclinando la cabeza y

dijo que quería hablar conmigo cinco minutos. Fuimos a su estudio y se puso a caminar de arriba para abajo mientras yo esperaba.

—Mi querido Mr. Walters —dijo por fin—, lo felicito muy sinceramente: hizo usted el trabajo que le había encargado de la manera más cumplida y artística. Usted llegará lejos. Mire esto.

Fue a su escritorio y apretó un resorte secreto; se abrió un cajón, del cual retiró algo que puso sobre la mesa. Era una moneda de oro; la examiné con el más vivo interés y leí la inscripción en torno a la figura del fauno.

—Victoria —dije sonriendo.

—Sí: una presa magnífica y a usted se la debemos. Tuve muchas dificultades para convencer a Mr. Headley de que se había cometido un pequeño error: así presenté las cosas. Se portó de una manera desagradable y hasta, diría yo, poco caballeresca. ¿A usted no le pareció que se trataba de una persona muy irritable?

Levanté la moneda para admirar el diseño raro y escogido, tan nítido como si acabara de salir del troquel. El oro fino ardía y resplandecía como una lámpara.

—¿Y qué ocurrió al fin con Mr. Headley? —pregunté.

Lipsius sonrió y se encogió de hombros.

—¿Qué más da? Podría estar aquí, allá o en cualquier parte, pero ¿qué importancia puede tener? Por lo demás, su pregunta me sorprende. Usted, Mr. Walters, es un hombre inteligente. Piénselo bien y estoy seguro de que no repetirá la pregunta.

—Mi querido señor —le contesté—, creo que no me trata usted con justicia. Acaba usted de dirigirme unos elogios muy amables por la parte que me tocó en la captura, y es natural que me interese saber cómo terminó el asunto. Aunque conozco muy poco a Mr. Headley, me imagino que tendría usted con él ciertas dificultades.

No me respondió por el momento, sino que se puso a caminar otra vez por la habitación, al parecer absorto en sus pensamientos.

—Bueno, supongo que no le falta razón —dijo al fin—. No hay duda de que estamos en deuda con usted. Ya le he dicho que tengo una alta opinión de su inteligencia, Mr. Walters. Venga usted por aquí, por favor.

Abrió una puerta que daba a otra habitación y señaló algo. Sobre el suelo había una gran caja en forma de ataúd. Al acercarme me di cuenta que era el féretro de una momia, como los que se ven en el Museo Británico, pintado vivamente con brillantes colores egipcios y no sé qué proclamación de honores o de esperanzas en la vida inmortal. Dentro había una momia amortajada, envuelta en vendas y con la cara descubierta.

—¿Va usted a despachar esto? —dije, olvidándome de la pregunta que acababa de hacer.

—Sí, es un pedido de un museo de provincias. Mire usted más de

cerca, Mr. Walters.

Me llamó la atención su tono de voz y, mientras Lipsius levantaba la lámpara, me incliné a mirar la cara. La piel estaba ennegrecida por el paso de los siglos pero de pronto vi en la mejilla derecha una pequeña cicatriz triangular y comprendí el secreto de la momia: lo que veía ante mí era el cadáver del hombre que yo mismo trajera con engaños a la casa.

No me pasó por la cabeza ninguna idea, ningún propósito de hacer algo. Guardaba aún en la mano la maldita moneda, quemándome con un anuncio del infierno, y súbitamente huí, como hubiese huido de la peste y la muerte, y me lancé a la calle ciego de terror, sin saber por dónde iba. Sentí la moneda que llevaba apretada en el puño, la arrojé no sé dónde y seguí corriendo por oscuros pasajes y callejuelas, hasta que fui a parar a una avenida llena de gente y logré serenarme. Entonces, al volver en mí, advertí el gravísimo peligro que corría y lo que me sucedería de caer en poder de Lipsius. Había alzado la mano no tanto contra un hombre como contra un mecanismo implacable. Mi reciente aventura con el desventurado Mr. Headley bastaba para convencerme de que Lipsius disponía de agentes en todas partes; preveía que, si llegaba a apoderarse de mí, se mantendría fiel a su doctrina del estilo y me haría morir en medio de horribles e ingeniosas torturas. Tendría que dedicar toda mi inteligencia a esconderme de él y de sus emisarios, tres de los cuales habían demostrado su habilidad para averiguar el paradero de gentes que, por diversas razones, preferían ocultarse. Estos servidores de Lipsius eran dos hombres y una mujer: esta última, sin comparación, la más sutil y peligrosa. Sin embargo, tampoco yo me creía desprovisto de astucia y tomé mi decisión en el acto. A partir de entonces he luchado día a día y hora a hora contra la sagacidad de Lipsius y sus secuaces. Durante un tiempo, tuve éxito; aunque me buscaron furiosamente por todo Londres, me mantuve oculto y hasta observé divertido sus frenéticos esfuerzos por recobrar la pista que habían perdido en dos o tres minutos. Recurrieron a toda clase de engaños y celadas para hacerme dejar mi escondite; leí avisos en los periódicos anunciándome que habían recobrado lo que llevé conmigo y proponiéndome reuniones en las que tendría mucho que ganar sin el menor de los riesgos. Sus tretas me hacían reír, empecé a despreciar un poco a la organización que había temido y me aventuré a salir un poco más. No una ni dos, sino varias veces, reconocí a los dos hombres encargados de apoderarse de mí y, aunque los tuve cerca, conseguí eludirlos fácilmente; llegué a la conclusión, un poco apresurada, de que nada había que temer y de que mi inteligencia era superior a la suya. Entre tanto, mientras me felicitaba de mis ardides, el tercer emisario de Lipsius, la mujer, estaba tejiendo sus redes. En mal hora se me ocurrió visitar a un viejo amigo, un escritor llamado Russell que vive en una calle tranquila de Bayswater. La mujer, lo supe sólo hace uno o dos días, demasiado tarde, ocupa unas habitaciones en la misma casa: me hizo seguir y descubrió mi refugio. Demasiado tarde me di cuenta, ya lo he dicho, de que había cometido un error fatal y me hallaba rodeado. Tarde o temprano caeré en poder de un enemigo sin piedad; no me queda otro remedio que salir de esta casa y será para perderme. Apenas si me atrevo a suponer la suerte que me está reservada; mi imaginación,

siempre muy vivaz, me pinta imágenes espantosas de las indecibles torturas a que seré sometido; sé que cuando muera Lipsius estará a mi lado, gozando con los refinamientos de mi dolor y mi vergüenza.

Las horas y hasta los minutos se han vuelto preciosos para mí. A veces estoy imaginando mis torturas y me detengo a preguntarme si aún ahora no podré dar con una jugada maestra, un plan de infinita sutileza que me libre de sus lazos. Pero descubro que he perdido la facultad de combinar; soy como el sabio del viejo mito, abandonado por el poder que hasta ahora me ayudara. No sé cuándo vendrá el momento supremo, si tarde o temprano, pero es inevitable; dentro de poco seré sentenciado y entre la sentencia y la ejecución no mediará mucho tiempo.

No puedo seguir más tiempo prisionero en este lugar. Saldré esta noche, cuando las calles están llenas de gentes y de clamores, y haré un último esfuerzo por escapar.

Dyson cerró el libro lleno de profundo asombro y pensó en la extraña serie de incidentes que lo había puesto en contacto con las intrigas y conjuras urdidas en torno al Tiberio de oro. Había guardado la moneda en lugar seguro y tembló ante la sola posibilidad de que llegasen a saberlo los miembros de la maligna asociación, que parecían disponer de fuentes de información tan extraordinarias.

Se había hecho tarde mientras leía y guardó el libro, esperando de todo corazón que, aun en la hora undécima, el desgraciado Walters hubiera logrado burlar el destino que tanto temía.

Capítulo VIII

Aventura de la residencia abandonada

—Maravillosa historia, en efecto, extraordinaria serie y concatenación de coincidencias. Admito que no había ninguna exageración en lo que me decía usted cuando me mostró el Tiberio de oro. ¿Cree usted que Walters tenía razón en temer un final atroz?

—No lo sé. ¿Quién puede predecir lo que sucederá cuando la vida misma se viste el manto de la coincidencia y monta una representación? Tal vez no hemos llegado aún al último capítulo de esta extraña historia. Pero mire usted, nos estamos acercando a los extremos de Londres, ya se ven vacíos en las apretadas hileras de ladrillo, ya se distingue a lo lejos el campo verde.

Dyson había convencido al ingenioso Mr. Phillips de que lo acompañase en una de las largas caminatas sin rumbo a que era tan aficionado. En el corazón mismo de Londres subieron a un ómnibus que los llevó al oeste por avenidas adoquinadas y bajaron al final de la línea, en uno de los últimos suburbios; un momento después, terminada la calzada a medio construir, siguieron por un camino tranquilo, a la sombra de los olmos. La luz amarilla de otoño que antes encendiera la calle humilde de los arrabales se filtraba ahora entre las ramas para hundirse en las espesas alfombras de hojas caídas o destellar en los charcos relucientes. Era el interludio feliz del otoño antes de que empiecen a soplar los vientos. Más allá flotaba sobre los pastos una sensación de paz y del otro lado, a lo lejos, se divisaba Londres, la ciudad vaga e inmensa entre los velos de niebla; aquí y allá el sol golpeaba una ventana y la iluminaba; la aguja de una iglesia resplandecía en alto, encima de las calles en sombra y la agitación de la vida. Dyson y Phillips pasaron en silencio entre los vallados y, al doblar un recodo del camino, se encontraron ante una reja antigua y herrumbrosa, abierta de par en par, y al fondo una casa a la que se llegaba por un sendero cubierto de musgo.

—Esto se llama sobrevivir —dijo Dyson—, aunque me imagino que para este sitio ha sonado la última hora. Mire usted esos pobres laureles raquítricos, que parecen hierbas negras y desnudas; mire la pintura amarilla que se ha corrido sobre la fachada, las manchas verdosas de humedad. Hasta el letrero, que anuncia a quien quiera leerlo que se alquila la casa, está roto y medio caído.

—¿Por qué no entramos a echar una mirada? —propuso Phillips—. No creo que haya nadie.

Fueron paso a paso por el sendero hacia la reliquia de otros tiempos. Era una casa grande y desordenada, con alas en curva a ambos extremos, rematadas en una especie de cúpula, y detrás un conjunto de tejados y proyecciones irregulares que indicaban las fases sucesivas de la construcción, en distintas épocas. Al acercarse, descubrieron a un lado una caballeriza, una torrecilla con un reloj y masas oscuras de cedros. Una sola cosa contrastaba con tantos indicios de deterioro: el sol se hundía

tras de los olmos y todo el oeste y el sur estaban en llamas; las ventanas de los altos reflejaban el esplendor del cielo, y en ellas parecían mezclarse la sangre y el fuego. Ante la fachada amarilla, llena de manchas gangrenosas verdes y negruzcas, como había observado Dyson, se extendía lo que fue sin duda un jardín bien cuidado y ahora crecía librado a su suerte; en vez de flores se veían grandes bardanas, ortigas y toda clase de malas hierbas. Las urnas, que debieron estar dispuestas en pilares junto al paseo, se habían partido al caer y los trozos quedaron esparcidos por el suelo; en todas partes, sobre los arriates y los caminos, había surgido y proliferado una vegetación fangosa que se propagaba como una supuración húmeda e infecta de la tierra. En medio de las hierbas frondosas había una fuente destruida, con el borde del tazón casi pulverizado y el agua, en que florecieran los nenúfares, cubierta de una escoria verde; en el centro se alzaba todavía un tritón, las carnes de bronce enmohecidas y una caracola rota en la mano.

—Aquí podríamos moralizar sobre la ruina y la muerte —dijo Dyson—. El teatro está lleno de símbolos de corrupción; la sombra de los cedros y la penumbra del atardecer nos rodea y se asienta en la humedad enfermiza del sitio: hasta el aire parece transformado y de acuerdo con la escena. Confieso que, para mí, esta casa desierta es tan moral como un cementerio, y encuentro algo de sublime en el tritón solitario en medio del estanque. Es el último de los dioses; lo han abandonado y recuerda el ruido del agua que cae sobre el agua, y los días que fueron felices.

—Sus reflexiones me gustan mucho —dijo Phillips—, pero me permito hacerle notar que la puerta de la casa está abierta.

—Entremos, entonces.

La puerta de la casa estaba, en efecto, entreabierta y, pasando por un zaguán que olía a moho, se asomaron a la habitación vecina. Era una gran sala que llegaba hasta el fondo de la casa; el papel —un viejo papel rojo y aterciopelado, con manchas negras— se desprendía de las paredes en largas tiras; la arcilla primordial, la tierra húmeda y poderosa, se erguía otra vez, tras una derrota de muchos años, para deshacer la obra de los hombres. El piso estaba cubierto de una gruesa capa de polvo; en el techo se desvanecían los vívidos colores y unas manchas rezumantes deformaban las amables figuras mitológicas: toda la pintura se había convertido en algo enteramente distinto. Los amercillos ya no se perseguían alegremente, con miembros que no avanzaban y manos que sólo fingían apretar las guirnaldas; ahora se veía una sátira feroz del viejo mundo despreocupado y sus convenciones más queridas, la ronda de los amores se había transformado en la Danza de la Muerte; negras pústulas y llagas purulentas ofendían con su podredumbre las caras sonrientes e infectaban la sangre mágica con gérmenes de una enfermedad inmunda; el cuadro era una parábola de la fermentación, de los gusanos que devoran el corazón de la rosa.

Curiosamente, bajo el techo pintado y contra las paredes desmedradas, se veían, único mobiliario de la sala vacía, dos sillones de espaldares altos, con brazos curvos y patas retorcidas, cubiertos de pan

de oro descolorido y tapizados de viejo damasco. Los sillones formaban también parte del simbolismo y Dyson exclamó sorprendido:

—¿Qué es esto? ¿Quién se ha sentado aquí? ¿Quién, vestido de raso amarillo, con volantes de encaje y hebillas de diamantes, qué personaje dorado *a conté fleurette* a su pareja? Phillips, estamos en otra época. Quisiera tener rapé para ofrecerle pero, como no lo tengo, lo invito a tomar asiento y fumaremos tabaco. Horrible costumbre, por supuesto, pero no soy pedante.

Se sentaron en los viejos y extraños sillones, mirando a través de los sucios cristales opacos el jardín en ruinas, las urnas caídas y el tritón abandonado.

Pasó un momento y Dyson interrumpió su imitación del siglo XVIII, dejó de arreglarse volantes imaginarios y de dar golpecitos en una caja fantasmal de rapé.

—Es una idea absurda —dijo—, pero tengo la impresión de oír un ruido, como de alguien que se queja. Escuche: no, ya no se oye. ¡Ahí está, otra vez! ¿Oyó usted, Phillips?

—No, no puedo decir que haya oído nada. Pero creo que las construcciones tan viejas como ésta son como las caracolas de la playa, en las que siempre se escuchan ecos. Con los muchos años las vigas se están deshaciendo y gimen cada vez que ceden un poco. Me imagino que esta casa resuena toda la noche con cien voces, las voces de la materia que asume lenta y seguramente otras formas, la voz del gusano que roe al fin el corazón mismo del roble, la voz de la piedra que tritura la piedra, y la voz de la conquista del Tiempo.

Estuvieron un rato sentados en silencio en los viejos sillones y fueron poniéndose graves en el aire rancio y antiguo, el aire de hace cien años.

—No me gusta este lugar —dijo Phillips tras una larga pausa—. Me parece sentir un olor desagradable, malsano, como de algo que se quema.

—Tiene usted razón; hay aquí un olor maligno. ¡Eh! ¿Oyó usted eso?

Un sonido profundo, un ruido de infinita tristeza e infinito dolor rompió el silencio, y los dos hombres se miraron temerosamente: el horror y la sensación de lo desconocido brillaban en sus ojos.

—Vamos, tenemos que saber lo que es esto —dijo Dyson, y ambos fueron al zaguán y se detuvieron a escuchar en el silencio.

—¿Sabe usted? —dijo Phillips—. Es absurdo, pero me parece que siento olor a carne quemada.

Subieron por la escalera, que resonaba a cada paso, y el olor se volvió denso e inaguantable, un aire nauseabundo como el olor de la cámara de la muerte les cortó el aliento. La puerta estaba abierta y entraron a una amplia habitación: lo que vieron los hizo estremecerse y acercarse instintivamente el uno al otro.

Había un hombre desnudo tendido en el suelo, con los brazos y piernas abiertos en cruz y sujetos a cuatro estacas clavadas en el suelo. El

cuerpo, desgarrado y mutilado del modo más atroz, llevaba las marcas de hierros al rojo vivo y era una ruina vergonzosa de la forma humana. En medio del cuerpo ardían en rescoldo unos carbones y la carne se había consumido de parte a parte. El hombre estaba muerto, pero exhalaba aún el humo de su tormento, como un vapor negro.

—El joven de anteojos —dijo Mr. Dyson.